
VICTOR BALAGUER
AL PIE
DE LA
ENCINA

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO



JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



Milton A. Buchanan
Univ. of Chicago 1905

AL PIE DE LA ENCINA

HISTORIAS, TRADICIONES Y RECUERDOS

Est. tip. de El Progreso Editorial, Duque de Osuna, 3.



LA ENCINA DE CASA BLANCH

HSp
B1713a.2

AL PIE DE LA ENCINA

HISTORIAS, TRADICIONES Y RECUERDOS

POR

D. VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA
Y DE LA HISTORIA



MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL
3 — Duque de Osuna — 3
1893

458645

ES PROPIEDAD

ÍNDICE

LA TRAGICOMEDIA

DE

FERNANDUS SERVATUS

CARTAS AL

SR. D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER

LA NOCHEBUENA EN CATALUÑA

CARTAS AL

SR. D. MODESTO SÁNCHEZ ORTIZ

LA TIERRA CATALANA

EL CASTILLO Y LOS CABALLEROS DE EGARA

RECUERDOS HISTÓRICOS

Págs.

Á CONCHITA BLANCH DE FONT

envía estas páginas escritas en su Casa pairal, *al pie de la encina centenaria de Casa Blanch,*

Su amigo

VÍCTOR BALAGUER.

Madrid 30 de Octubre de 1892.

LOS VALLES DEL MONTSENY

I

De Barcelona á Hostalrich.—Recuerdos del Vallés. —Hostalrich.—Profanación de sus muros.—El poeta Federico Soler.—El castillo.—Su gobernador.—Recuerdos históricos.

La vía férrea de Barcelona á Francia me llevó á Hostalrich, término de mi primera jornada. Dos horas y media próximamente emplea el tren correo en salvar la distancia que existe entre Barcelona y Hostalrich.

El viaje es delicioso. Así fuera más lento para gozar de los encantos que van apareciendo ó se adivinan según van ofreciéndose á la vista, ó los presiente el alma, á medida que la línea férrea atraviesa lugares llenos de poesía y de recuerdos históricos.

Á los pocos minutos de abandonar

Barcelona, se llega al pie del Moncada en cuya cumbre se alzan las ruinas del castillo que perteneció á aquellos varones de quienes tan larga mención hacen las crónicas catalanas; y ya en seguida se entra en el llano del risueño y embelesante Vallés.

Cuenta el Vallés setenta y dos pueblos, como otros tantos rebaños extendidos por sus verdes praderas, á la falda de gigantes é históricos montes que lo rodean con ciclópea muralla; ocho ríos le prestan el tributo de sus aguas murmurando sus olas en desconocida rítmica poesía sus glorias pasadas; y guárdanle vigilantes, fija en él constantemente su mirada, Monserrat, el monte santo de Cataluña, con sus dentelladas sierras y sus espadañados riscos: San Lorenzo, el *monte alegre* de los antiguos, que conserva virgen aun la tradición de los portentos todavía ignorados de su misteriosa *Cueva Simanya:* San Miguel Del Fay, que suelta y desprende por sobre la gruta de su san-

tuario la peregrina cabellera de su espumante cascada: Montseny, de cuya cima se amparan las nieves y las nieblas: Moncada, que eleva al cielo, semejante á una mano que protesta contra las injurias del tiempo, la torre varona en que un día flotó como un penacho la señera de sus condes; y toda esa cordillera de montes que por la otra su opuesta vertiente ven tendidas á sus pies las playas del Mediterráneo y en ellas los pueblecitos de blancas casas que viven en la costa de Levante, oreados por dulces *marinadas*, entre perfumes de azahar y bosques de naranjos.

Reducido es el Vallés (valle es), al abrigo de los montes que le rodean y cercan; pero no quita la pequeñez á su grandeza, pues que es uno de los sitios más bellos de Cataluña, y también más históricos. En sus anales abundan las tradiciones y los recuerdos, como en sus campos aquellos pulidos guijarros que el vulgo llama piedras del rayo, por creer

que de él proceden, y que no son sin embargo más que armas y útiles de trabajo de la época llamada de piedra.

Los romanos, como en todas partes, dejaron aquí grandes recuerdos.

Levantaron las ciudades de Laurona y Ganuleya, con toda clase de honores y franquicias á sus municipios; y embellecieron á Egara, la que debía más tarde tomar el nombre de Tarrasa, célebre hoy por su industria, por sus tres iglesias que son monumentos de arte, y por las ruinas de aquel su castillo en el que se refugiaron los *caballeros de Egara* para resistir á la invasión sarracena.

Junto al río lóbrego, el de los lugares umbríos, el Llobregat famoso, erigieron la populosa *Rubricata*, que más adelante hubo de llamarse Olesa, célebre por la virtud de sus aceites, como la vecina Montornés por la riqueza de sus frutales, y como, tras de los montes, la riente Cabrils por la esplendidez y maravilla

de sus rosas, y como Subur, al pie del Garrat, por las mieles de sus vinos.

Un César romano, dándole su nombre, levantó el *castrum* Octavio, que luego, apellidándose San Cucufate del Vallés, debía hacerse memorablemente célebre en los tristes y luctuosos anales del martirologio cristiano, y famoso, como riqueza de monumento, en la historia de las artes ibéricas.

La hoy llamada Caldas de Montbuy vió entonces establecer en su recinto lujosas termas, á que cada día dan más renombre las virtudes de sus aguas milagrosas; y modernos, importantísimos descubrimientos demuestran que fué también La Garriga lugar predilecto de romanas termas, donde aquellos conquistadores del mundo levantaron suntuosos edificios, al mismo tiempo que mandaban abrir la vía que puso en comunicación al Vallés con la opulenta Roma de un lado y la sensualísima Gades del otro.

Junto á estos sitios, históricos por sus

recuerdos, aparecen otros, que no dejan también de tenerlos muy nobles y valiosos, pero á los que el progreso de los tiempos y la civilización moderna dieron nuevo ser y nueva vida. Así es Moncada con sus modernos hoteles y sus lindas casitas de campo, donde van á veranear muchas familias barcelonesas: así la soberbia y opulenta Sabadell con sus grandes palacios industriales, sus celebradas fábricas, sus ateneos, teatros y casinos: así Mollet y Montornés con su menhir y con sus dólmenes; y Riells con sus tradiciones de hadas y de encantamientos; y Serdañola con sus risueños cármenes y perfumadas florestas; y San Feliú á quien los espléndidos pinares que la cercan dieron apodo y renombre; y la Roca, Montmeló, Tagamanent, Senmanat, Montbuy y Bell-lloch con sus castillos roqueros; y, finalmente, entre muchos rientes pueblecitos y pintorescas aldeas, la capital y cabeza del Vallés, la un día almenada Granollers, donde fué á morir

aquel joven monarca de los catalanes llamado *el condestable de Portugal*, que tenía por divisa la melancólica leyenda *peine pour joie*, y donde un día, en más recientes tiempos, se juntaron *los paisanos del Vallés* para retar á Napoleón I, con todas sus huestes, por medio de un notable documento que alcanzó merecidamente la celebridad de la historia.

Tal es el Vallés *hont tot hi es*, según el proverbio catalán, es decir, donde está todo, donde todo existe y se encuentra: montes y valles; bosques seculares y jardines deliciosos; ríos caudalosos y arroyos murmurantes; ciudades populosas con plétora de vida, y pueblos desiertos con la nostalgia del recuerdo; lugares abruptos y sombríos donde vive la leyenda, y florestas embalsamadas donde habita la poesía; alcázares soberbios un día, y hoy con añoranzas de glorias perdidas; castillos en ruinas hadados por los espectros y fantasmas; palacios modernos con todo el lujo y el fausto del siglo; campos

donde se dieron batallas memorables; cerros con ermitas y vírgenes á que se va en piadosas romerías, y miríadas de estrellas en cielos siempre azules, y serrallos de flores en valles siempre espléndidos, donde entona el enamorado, con remedo de antiguos cantares, aquella copla que así dice:

El Vallés, hont tot hi es,
es la horta de las flors;
el Vallés, hont tot hi viu,
es la terra dels amors.

El Vallés, donde está todo,
es la huerta de las flores;
el Vallés, do todo vive,
es patria de los amores.

Después de cruzar toda esta rica comarca del Vallés, se penetra en la región de las montañas por Palau-Tordera, San Celoni, Gualba y Breda, cuyas vastas selvas hubieron de rasgarse un día para abrir paso á la vía férrea.

Así se llega á Hostalrich, y al bajar

del tren, á muy corta distancia de la estación, tropieza ya la mirada con las ennegrecidas murallas de la villa que tiene por simbólico blasón una torre entre dos palmas, como para demostrar que siempre fué Hostalrich, y siempre con gloria, antemural y paladión de las tierras catalanas.

Lo más vistoso, y también lo más importante de este pueblo, por junto al cual corre el río Tordera, está en los grandes lienzos de muralla que hasta hoy consiguieron salvarse de la destrucción moderna. Recios y robustos torreones de clásica y atildada forma aparecen de trecho en trecho como broche, lazo ó vínculo que unía y sujetaba el antiguo cinturón de murallas. La senectud de estos muros y sus grandes y negruzcas masas dieran un aspecto singular y pintoresco á esta villa, si ya por un costado no se hubiese hecho desaparecer el muro para dar ensanche y más holgura á la población, y por otro no se hubiese pro-

cedido á profanar el recinto histórico. En efecto, los dueños ó moradores de las casas que por el interior se adosaron á las murallas, debieron creer que ningún reparo divino ni humano les impedía horadar el muro en demanda de más luz y de más sol, y procedieron á ello campechanamente, ganando terreno en la muralla y abriendo ventanas, balcones y hasta galerías en el muro y en los torreones para disfrutes de luz y goces del campo.

Ignoro si esta violación se hizo con ó sin permiso del Estado; es de creer que fué lo último; pero lo que sé es que da pena ver aquellas gloriosas y monumentales murallas acribilladas de agujeros, algunos gallardamente blanqueados, que vienen á profanar la solemnidad del monumento y á destruir la grandeza del recuerdo.

En la calle mayor del pueblo hay una modesta casa en cuya fachada una lápida de mármol detiene al transeunte

para decirle que allí en aquella morada, y durante el año 1865, escribió el poeta catalán Federico Soler su primera obra dramática *Las joyas de la Roser*, fundamento y base del teatro catalán contemporáneo. Mandó poner esta lápida, previo permiso del municipio, el *Centro Catalán* de Barcelona el día 29 de Mayo de 1887.

La memoria es oportuna, ya que, si no la primera, fué *Las joyas de la Roser* una de las primeras del teatro catalán contemporáneo, y de todos modos la primera que inició el movimiento desde entonces creciente y grandioso que tomó el teatro catalán. El recuerdo es oportuno, y Federico Soler, que es uno de nuestros primeros poetas, lo merecía.

Á poca distancia de la villa se alza el castillo de Hostalrich, al que se sube por una cuesta fácil que salva las asperezas del monte.

Paréceme á mí que en otros tiempos

villa y fortaleza debieron formar un solo recinto. El pueblo, circuído de murallas, venía á ser como una avanzada del castillo, compenetrándose éste con la villa y quizá envolviendo á entrambos el mismo muro.

Subí al castillo acompañado del joven Dr. Sr. Formosa, que es inteligente médico de la villa y también estudioso literato, y en compañía asimismo de mis jóvenes amigos D. Miguel de Font y D. Maximino Blanch.

Es hoy caballero gobernador del castillo el Sr. D. Federico Martínez de Arenzana y Olalde, bravo militar emparentado con familias ilustres y caudillos célebres de nuestra histórica milicia. Estuvo en la guerra de África siendo abanderado de los voluntarios catalanes, mereciendo los elogios de Prim y las palmas de la historia, ya que le cupo á Martínez de Arenzana la gloria de haber formado parte de aquel cuerpo valeroso que, compuesto de 400 hombres,

salió un día de Barcelona para regresar á ella sólo en número de 200, quedando muertos la mitad de ellos en las llanuras africanas.

Patria, per ta honra com bons lluitarem,
forts y valents...
Quatrecents eram quan te dexairem...
¡Torném doscents!

Martínez de Arenzana, con su ayudante D. Esteban Mur y el jefe de la fuerza que guarnece el castillo D. Hipólito González, es el custodio de aquella gloriosa fortaleza, hoy desartillada, y que debió construirse sobre la antigua, que databa de la época de Don Pedro de Aragón *el Grande*, ó mejor *el Épico.*

La plaza de armas, vasta y grandiosa, está en lo más alto, en la meseta del monte, y junto á ella arranca la subida al baluarte *el macho*, corazón de la fortaleza, donde ondea al viento nuestra gloriosa bandera bicolor.

Gran extensión de terreno se descu-

bre desde allí, y es soberbia la vista panorámica.

Debajo del castillo, el pueblo levantándose sobre el río Tordera con sus negruzcas murallas y su agrupamiento de pardas casas junto al campanario, como hato de ganado en torno del pastor: la fortaleza dominándolo todo desde lo alto de su cerro: sobre el azul del cielo, limitando el horizonte, ricas en colores y en siluetas, las sierras, las colinas, las montañas: á lo lejos, tras de las colinas, Gerona, el Ampurdán y Rosas, y más allá el Pirineo: en el vasto circuito que abraza el trayecto de la fortaleza, el Montseny que se yergue como para dominarlo todo, el Montsoliu que avanza como heraldo de los montes agrupados á su espalda, los cerros, cada uno con su eremitorio, su capilla ó su santuario: abajo, en el fondo, los valles con sus colores, los ríos serpenteando por entre alamedas, las carreteras y la vía férrea extendiendo sus cintas, los pueblos y

caseríos esparcidos por el llano ó por la falda de los montes; y, perdido á lo lejos, cerca ya de Breda, el legendario *Gorch del Compte*, donde se cuenta que el conde de Barcelona Berenguer *cap d' estopes* murió asesinado por su hermano Ramón, á quien conoce la historia por *el fratricida.*

Volviendo á la villa, y por lo que á ella toca, basta decir que su historia es la de su castillo.

Comienza éste á figurar en nuestros anales ya muy á últimos del siglo XIII, cuando Don Pedro de Aragón *el Épico* puso allí su campo y su línea de ataque y de defensa para contener y rechazar el avance de los franceses que en són de aventurera cruzada, y con mal consejo para ellos, intentaron subyugar Aragón y Cataluña, consiguiendo sólo la tristeza de su retirada de Gerona y la catástrofe de su jornada de Panissars.

Vuelve otra vez á figurar Hostalrich con gloria á mediados del siglo XV,

cuando Cataluña tuvo su gran empresa contra el rey D. Juan II; tiene también su parte y contingente de honor en los empeños de Cataluña contra Felipe IV, ó mejor, contra su valido, á mediados del siglo XVII; es baluarte inexpugnable para el francés á últimos del mismo siglo; alcázar poderosísimo á comienzos del XVIII, durante la guerra de sucesión, y propugnáculo de honor y de gloria á principios de este mismo siglo en la epopeya de nuestra independencia.

Lo ocurrido en esta última época y también lo referente á la guerra civil de liberales y carlistas, lo refiere con galana pluma y copia de detalles el escritor D. Manuel Urgellés en un curioso libro que se titula *Hostalrich*, muy bien impreso por Jaime Jepús y primorosamente exornado con dibujos del que creo hermano del autor, el excelente artista D. Luis Urgellés.

II

De Hostalrich á Arbucias.—El poeta Francisco Camprodón.—El castillo de Montsoliu.—La torre de la hiedra.—La dama roja del castillo.—La leyenda del gran cazador.—Los moros sitiadores.—El Mas Dolores.—Casa Blanch y sus dueños.—Mi libro de memorias.

El ánimo se levanta, predisponiéndose agradablemente para el viaje, al tomar el camino que conduce de Hostalrich á Arbucias. La carretera es excelente, el aire puro, se reciben de primera mano los efluvios oxigenados que se desprenden de los vecinos montes, y deleitan los paisajes que al paso se divisan. Si mis recuerdos no fallan, la carretera orillada de árboles que ofrecen agradable sombra, y que en determinados puntos forman un verdadero túnel de follaje,

debióla el país á los empeños y gestiones del poeta Francisco Camprodón, cuando fué diputado en Cortes por el distrito de Santa Coloma de Farnés. Pláceme consagrar este recuerdo á quien fué mi amigo y compañero, más olvidado de lo que debiera ser por sus compatricios, y á cuya buena memoria ha de consagrar alguna página este libro. Francisco Camprodón merece ser mejor juzgado de lo que es. Sobre todo, merece ser más estimado.

La carretera tiene constantemente á la vista el castillo de Montsoliu, que es uno de los que existen en Cataluña de más carácter y también de más belleza, á juzgar al menos por el efecto que produce desde el valle. Se halla posado sobre un cerro, es decir, sobre un monte lujoso en vegetación, atrayente y pompeante con su torre del homenaje, y teniendo á sus espaldas, como regio manto de honor y de respeto, el agrio y venerable Montseny que gran parte del año

ostenta su frente ceñida y coronada por la nieve. Según me dijeron, el castillo es una verdadera ruina y está abandonado, desmoronándose poco á poco al empuje de los hombres y al de la pesadumbre de los tiempos, pero desde el valle aparece firme, entero, vivo y vigilante como en sus buenos tiempos.

Desde un sitio de la carretera, que no puedo apreciar con exactitud en este momento, el castillo de Montsoliu aparece en toda su belleza sobre la cumbre cónica del monte, aislado y soledoso, con su agria y pina pendiente, enlazado solamente por el llamado *Coll de Castellar* á las demás estribaciones del Montseny. Todo el monte está poblado de arbustos y de árboles, principalmente encinas, que con su verde oscuro aparecen como un gran manto negro con el que se hubiese rebozado la montaña.

Puede verse que el castillo ocupaba gran extensión en la meseta y que tenía en un extremo de ésta un cuerpo avan-

zado para mayor defensa, para mejor vigilancia y quizá para depósito de armas y pertrechos, desde cuyo punto se dominan los valles y avenidas.

Á más de la torre del homenaje le quedan al castillo otras tres en pie, una de las cuales ha desaparecido por completo bajo un manto de hiedra que totalmente la cubre y oculta, desde abajo arriba, desde el pie hasta la almena, causando el más asombroso efecto. Es una hiedra con un tronco como puede ser el de un árbol corpulento, tronco verdaderamente monumental, y que recuerda otra hiedra parecida que existe en la residencia del príncipe, en Mónaco, citada por los libros y por los viajeros como planta realmente excepcional.

La torre desaparece bajo el manto de esta hiedra protectora que la oculta y guarda. No parece sino que intenta robarla á la indiscreta mirada del viajero por ser en ella donde la dama y señora de Montsoliu recibía el tributo de pleito

homenaje, de que se levantaba escritura pública. Enseñáronme cierta vez uno de estos documentos, que terminaban todos con una fórmula igual, y constantemente con estas palabras: «dando á besar mi fina y blanca mano, yo, la condesa de Montsoliu.»

Existen acerca de este castillo muchas tradiciones, consejas y leyendas de amores y de encantamientos.

Cuentan, entre otras cosas, que todos los años, precisamente el día de San Juan y al ser media noche por filo, asoma por lo alto de la torre de la hiedra *la dama roja del castillo.* Aparece destocada, la frente al aire, suelto el cabello y flotante sobre sus hombros, llevando en su mano izquierda una linterna encendida y en su diestra un cuerno de caza que aplica á sus labios dejando oir tres prolongados toques. Contesta al último otro cuerno de caza que se oye en el *Coll de Castellar*, y á poco rato aparece un caballero vestido de negro, jinete en

un caballo negro también, llega á la torre, monta en grupa á *la dama roja de Montsoliu* y parte con ella á escape, desapareciendo en la doble oscuridad de la noche y de las selvas.

Existe también la leyenda de *El Gran cazador.*

El gran cazador partía para su diversión favorita al nacer el día, cuando se detuvo á oir la misa del alba que se celebraba en una capilla situada en medio del bosque. Como el interior estaba lleno de gente, asistía á la misa desde fuera de la capilla, rodeado de sus perros, y escopeta en mano. Precisamente en el instante de alzar á Dios, cuando todas las cabezas se doblaban y todos caían de rodillas, el gran cazador vió cómo de entre unas vecinas matas saltaba una liebre rastreada por uno de sus perros, y sin tener en cuenta que era el momento más solemne de la misa, echó á correr tras de la liebre, con grande alboroto y seguido de su jauría. Aun

hoy todavía sigue corriendo. Destinado desde aquel día á cazar eternamente en castigo de su impiedad, la gente del país cuenta que á veces, y en días determinados, se oye en los bosques de Montsoliu gran alboroto de perros invisibles, confundiéndose con los alaridos de éstos el *¡Hú! ¡Hú!* del gran cazador al azuzarlos.

Oí referir una de esas leyendas de encantamientos que con ligeras variantes viene á ser siempre la misma, idéntica á otra que en mis mocedades me contaron con relación á la *Torre de los Encantados* de Caldetas, y apunté una tradición que es también exactamente igual á otra que recogí hace ya muchos años, en ocasión de frecuentes visitas que hacía yo entonces al castillo de Egara, situado á orillas del torrente del Paraíso, junto á Tarrasa.

Los moros, que por regla general aparecen siempre en las tradiciones de nuestro pueblo, tenían estrechamente

asediado el castillo de Montsoliu, presidiado por su propio señor. Transcurridos ya muchos meses de cerco, cuando los moros creían que no quedaba recurso á los sitiados y que éstos se hallaban próximos á perecer de hambre y de sed, el señor del castillo invitó á su mesa al jefe de los infieles, aprovechando una tregua, según uso y costumbre de aquellos tiempos caballerescos, en que la cortesía no era merma del valor. Aceptó el moro, y cuando creía encontrar á los cristianos extenuados y desfallecidos, los halló por el contrario rozagantes, gallardos y briosos, y en la mesa del caudillo ricas y sabrosas carnes, peces que todavía conservaban el acre perfume de la mar, y entre verdes hojas frutas recién cogidas del árbol. El moro, entonces, según decir del vulgo, vió en aquello un milagro de la Virgen cristiana, á quien comenzó á tener devoción desde entonces, y se apresuró á levantar el cerco, sin darse cuenta de que el mi-

lagro verdadero consistía en un subterráneo secreto que, penetrando en las profundidades del monte, iba á salir á gran distancia, permitiendo que por él fuese cómoda y abundantemente abastecida la fortaleza.

Un joven catalanista—que así parecen llamarse hoy los que antes nos llamábamos sencillamente catalanes—un joven catalanista, que por lo que de él conozco es hombre de estudio y de ciencia, el Sr. Osona, llama Montsoriu al que siempre conocí por castillo de Montsoliu. Es posible que sea lo que él dice, y así será cuando lo afirma; pero yo creía en la validez y antigüedad de este nombre, confirmado hoy por los documentos oficiales, y parecíame también, por lo tocante á su etimología, que Montsoliu pudiera proceder de monte solo, aislado, solitario, selvático, *Mont soliu;* ó también, por derivación latina, monte de uno solo, ó monte del solitario.

Se llega al pueblo de Arbucias por la carreterra que yo me permito apellidar de Camprodón, pues sé por propia experiencia los trabajos, penas, solicitudes, instancias y porfías que cuesta conseguir una carretera y conducirla, sobre todo, á realización. Es Arbucias una villa que tendrá siempre gratos recuerdos para mí.

Á mi paso por ella en dirección á San Hilario, tuve la buena suerte de hospedarme en el *Mas Dolores*, preciosa casa de campo que, al pie del monte, y junto á deliciosa alameda, poseen los señores marqueses de Alella. Fuí deudor de corteses y cariñosas atenciones á la distinguida dama que lleva este título, de todos estimada por su ilustración y gentileza, y á sus encantadoras hijas; por lo que, como los antiguos romanos, marqué aquel día con piedra blanca.

También, á mi regreso de San Hilario, hube de marcar otro día con piedra blanca por la hospitalidad que recibí en *Casa*

Blanch, grandiosa posesión de los jóvenes esposos D. Miguel de Font y doña Conchita Blanch de Font. Aunque renovada ó reconstruída hace algunos años á causa de un incendio, es esta una casa tradicional é histórica, que cuenta por lo menos seiscientos años de existencia, y que es, á la vez, castillo, granja y palacio, situada en el centro de una vasta hacienda de monte y valle, cruzada por dos rieras, con aguas abundantes, con dilatadas praderas, con espesos bosques, con casas de labor y con producciones que abarcan desde la vid y el olivo de la tierra caliente hasta el haya, el abeto y la encina de los climas fríos.

Es hijo Miguel Font de mi antiguo amigo Font y Ferrés, ha tiempo fallecido, de quien hablo repetidas veces en mis *Recuerdos de Monserrat* y á quien debo consagrar esta memoria como á varón sabio, gran amador de la *Morenita de las montañas* y uno de mis más decididos y eficaces compañeros en la ex-

cursión que hicimos ha luengos años en demanda y busca de las cuevas de Montserrat, entonces perfectamente ignoradas, aun cuando en siglos anteriores conocidas.

Por lo que toca á Conchita Blanch, es una gentil y elegante dama, que así cautiva por su belleza, discreción y trato, como seduce y atrae cuando, amazona en su hermoso caballo blanco, se la ve cruzar por los valles ó trepar por las montañas.

Y aquí, caro lector, amigo ó adversario, creyente ó crítico, me importa consignar una declaración. Si te place seguir leyendo estas páginas, destinadas á unirse con otras ha tiempo escritas para juntas formar lo que se llama un libro de memorias, tendrás que tropezar á cada paso con personas y nombres, algunos de los cuales te serán en absoluto desconocidos, si familiares otros, y con sucesos que tienen carácter esencialmente personal, ya por relacionarse

con determinados sujetos, ya por referirse á mí. Nada hay en esto, supongo, que no sea perfectamente natural y *humano*, como dicen ahora. Ya que en momentos de ocio, y cediendo á instancias ineludibles, escribo mis impresiones y recuerdos para componer lo que tal vez pueda apellidarse el libro de mi vida, me veo precisado á hablar de aquellos, altos ó bajos, hombres públicos ó privados, que conocí y traté en las diversas fases de mi carrera, de aquellos que figuraron en los sucesos de mi vida ó figuré yo en los de la suya. Si no hablase de ellos ¿de quiénes podría hablar? Mis memòrias son las memorias de los otros, ha dicho sentenciosamente mi ilustre amigo el gran pensador filósofo Julio Simón, otro de quien he de hablar extensamente, y la autobiografía de un hombre inferior es sólo una serie de indiscreciones sobre los demás.

Y ahora, volvamos á Casa Blanch.

III

Primera carta al maestro D. Fermín Álvarez.—Antigüedad de la casa Blanch.—La pubilla de Can Blanch.—Mi cuarto dormitorio —El pintor Anglada.—Las veladas en el salón.—El crítico del Acuérdate.—La envidia de los ruiseñores.—El idilio del ruiseñor.

Sr. D. Fermín Álvarez

Casa Blanch en Arbucias, Julio de 1892.

Mal hizo en no acompañarme, á que le brindé en vano, mi querido maestro y amigo; y como justo castigo á su protervia en la indolencia, le condeno á leer mis cartas, que he de remitirle sin sello de correo para obligarle á satisfacción de porte, precisamente como si fuera un simple representante del país. Quiero darle cuenta de mi vida y de mis impre-

siones en esta excursión, ya que no conseguí tenerle por compañero; y larga cuenta será por cierto, que hay mucho de ella que contar.

Ya sabe usted cómo la dolencia me alejó de Madrid sin esperar al término de las tareas parlamentarias, obligado á faltar así á los deberes que tiene todo representante de la patria si ha de cumplir con ésta y con su conciencia. Adelanté por esta causa mi costumbre, raras veces interrumpida, de venir todos los veranos á Cataluña, donde están los míos, costumbre que es en mí tradicional y sagrada, á que deseo ser fiel, pues yo sé bien que quien de los suyos se aleja Dios le deja.

Y asimismo sabe usted por qué serie de felices eventos vine á parar á esta deliciosa morada de Casa Blanch, donde el huésped amigo llega como á la suya propia, y donde existe una hospitalidad que tiene arreboles de amores en un hogar que tiene soles de familia.

La bondad de estos señores patrones míos, me permitirá introducir á usted en esta casa para que pueda formar idea del medio ambiente que me rodea, según fórmula de ahora, y tenerla de dónde y cómo vivo.

Es *Casa Blanch*, si no la más antigua, una de las más antiguas del *rieral* de Arbucias. Conserva en su archivo pergaminos que remontan á 1220, es decir, al siglo tal vez más glorioso de Cataluña por haberlo sido de Jaime *el Conquistador* y Pedro *el Épico.* Eran los Blanch hombres de paraje *(homes de paradge),* que equivale á decir hidalgos de Castilla, y es tradición de la casa que su fundador fué uno de aquellos repobladores de Cataluña que con los llamados *Barones de la fama* emprendieron, y termiron, la reconquista del país.

Siempre subsistió la casa con el mismo nombre, y siempre fué perpetuándose de varón en varón hasta llegar á nuestros días, en que se halla á su cabeza una

joven dama, muy hermosa por cierto y muy gentil, de quien no en vano dicen las coplas que se cantan con ocasión de las *caramellas* de Pascua:

No venim per la mes xica,
ni tampoch per la mes grand,
que venim per la pubilla,
la pubilla de Can Blanch,
que es la estrella de la serra
y es la flor del rieral.

Mi cuarto dormitorio en esta casa es una delicia. Á más de estar rica y lujosamente adornado con todas las delicadezas del gusto moderno, tiene en un ángulo, fronteros, y separados solamente por la esquina, dos maravillosos balcones.

Velado está el de la derecha por una corpulenta acacia que cada mañana, cuando descrencha sus ramas la brisa matinal, llama con el cuento de ellas á los cristales, como para advertir al emperezado huésped que es hora ya de salir á disfrutar los goces del campo.

Desde el de la izquierda el panorama es admirable. Se descubre todo el valle. Al pie del balcón crece un hermoso saúco con sus acopados grupos de armiñadas flores; y junto á él, subiendo desde el patio murado, se yergue y se levanta una frondosa acacia que parece hacerlo solamente para ofrecer sus largas hojas de pirámide, divididas en tremolantes hojuelas, á las personas que al balcón se asomen.

Enfrente, aparece el valle de Arbucias en toda su esplendidez, con su gala de riquezas. Desde el pie del muro arranca la gran huerta de la casa, y luego el extenso campo limitado por la riera que baja despeñándose á saltos, trancos y cascadas, con aguas murmurantes que arrullan el sueño y con frescas alamedas que son morada de dulces ruiseñores. Á la derecha la villa de Arbucias con sus casas en declive, como deseosas de lanzarse al valle con el río. Á la izquierda el cono de Montsoliu con su

castillo como cabeza, y con su holgada y colgante falda de encinas como veste y ropaje que cae hasta sus pies. Y en el fondo, dominando el cuadro, apareciendo por encima de cerros, colinas y montes, el Montseny en toda su majestad, con sus penetrantes *Agudas* y su *Home*, que forman los dos grupos ó cumbres que hicieron dar á esta montaña el nombre de gigante de las dos cabezas *(gegant dels dos caps)*.

Veo desde mi balcón un campo cubierto totalmente de amapolas, de espléndidos colores, parecido á un suntuoso tapiz arrebolado con los más soberbios carmines que pudieran dar jamás los mejores múrices de la mar siria. Una tarde se lo enseñé á Hermenegildo Anglada, joven pintor de verdadera inteligencia, que pasa aquí largas temporadas estudiando con amor y conciencia las hermosuras de esa gran naturaleza montsénica, y se lo propuse para un cuadro.

—No me atrevo, me dijo. Si lo pintara tal como es, lo creerían exagerado, hijo de mi fantasía, y no copia del natural.

Y es así. El joven artista tiene razón. En el monte, en el mar, en el cielo, se ven cosas tan asombrosamente bellas y tan raras y singulares á veces, que si un pintor las traslada al lienzo, los críticos le censuran diciéndole que se aparta de lo natural y le aconsejan que estudie la naturaleza. En la vida, en la sociedad, en el seno de la familia, ocurren á veces cosas tales y tan desacostumbradas (yo conozco algunas), que si un dramaturgo las lleva al teatro ó un novelista las refiere, la crítica se espeluzna y eriza en toda clase de tártagos y cóleras, y flagela sin compasión al pobre autor diciéndole que se aparta de lo humano.

Así como veo desde mi balcón ese hermoso campo de amapolas, asisto también á otros espectáculos, ó, por mejor decir, á uno solo, al del Montseny que

impera sobre todo y se impone á todo, siempre grandioso y solemne, ya sea que aparezca anublado y sombrío como envuelto en fluctuosas gasas y estremeciéndose en sordos y tronitosos rumores, ya sea que, irguiéndose soberano en su inmenso solejar, dibuje su atrevida silueta sobre el ignífero cielo azul de las grandes serenidades.

Mi cuarto dormitorio tiene salida al salón de la casa, majestuoso por sus proporciones y solemne por su altura, arreglado como por mano de hada con cuadros de renombrados pintores y con objetos artísticos y muebles de épocas diversas, ordenado todo estéticamente con deleitosos contrastes y maravilloso conjunto.

Este es el salón donde, después de cenar, pasamos la velada en gratísima tertulia, que se prolonga hasta media noche por lo menos.

Mientras que por su gran balcón, abierto de par en par, entran con el

fresco de la noche los bien olientes perfumes del campo, los murmullos del río y los cantares del ruiseñor; las damas se sientan al piano y á cada momento cantan una de esas bellísimas cancionetas y romanzas en que usted es tan maestro, amigo mío. El recuerdo de usted vive entre nosotros con sus obras. Todas las noches surge usted aquí en espíritu, y todos le aplaudimos cuando las frescas y cristalinas voces de las damas cantatrices nos dan á conocer las bellezas de su *Naná* y de sus *Recuerdos de Aragón*, ó las de aquellas otras canciones bordadas de primores, su *Casita blanca*, su *Virgen de Montserrat*, sus *Albadas* y su *Acuérdate*, á las que acaso tenga yo más cariño por lo que de colaboración pueda tener en ellas.

Y por cierto que siempre que oigo cantar el *Acuérdate* ó *Acuerdaté*, como yo digo, recuerdo aquel acometimiento feroz de un crítico congénere, que desde antiguo me tiene mala voluntad. Por-

que ya usted lo sabe, si buena música le puso á mi *Acuerdaté*, buenos azotes me cuesta.

Dice mi canción, es decir, la de usted, pues que con su música le dió el alma:

Acuerdaté que me juraste amores
junto á la palma que gallarda crece
de tu balcón al pie.
¡Acuérdate!
Acuérdate que me dijiste entonces:
«¡Me doy á ti! ¡Ya tuya soy en vida
y en muerte lo seré!»
¡Acuérdate!
Si un día, muerto yo, tu amor me falta
y en otros brazos, sin pudor, olvidas
tu juramento y fe;
¡acuérdate!,
acuérdate que de mi tumba entonces
tú me verás salir, y tu palabra
á reclamar iré.
¡Acuérdate!

Pues bien, por haber cometido el crimen de acentuar la *e* final de *Acuerdaté*, cediendo á exigencias musicales de rima, de armonía, de pronunciación y de canto, censuróme con aspereza el crítico

consabido. Y mientras él decía y afirmaba que sólo por este crimen merecía yo salir de la Academia Española, pensaba yo que sólo por otro crimen idéntico hubiera merecido entrar en ella el poeta Alonso de Alcaudete, autor de este cantar:

Yo me levantara, madre,
mañanica de Sant Joan:
vide estar una doncella
riberica de la mar.
Sola lava, sola tuerce,
sola tiende en el rosal.
Mientras los paños enjuga,
dice la niña un cantar:
—¿Do los mis amores, dólos,
dólos *andaré á buscar?*

Y nada más. Y ahora, terminado el incidente del crítico, volvamos á nuestro salón de Casa Blanch y á nuestra tertulia en él.

Voy á contar á usted lo que ocurrió una noche, pocos días antes de San Juan, si mal no recuerdo.

Fué singular el suceso, y en verdad que siento no ser estilista para contarlo como se merece y para reproducir la impresión que hubo de causarme.

El balcón estaba abierto de par en par y penetraban por él con los perfumes del campo los rayos de la luna, á tiempo que también por él salían las claras y y agudas notas que con su argentina voz lanzaba á los aires una de las damas. Cantaba ésta precisamente una romanza de usted.

En un momento dado, de repente, como si ello pudiera ser estudiado y hasta ensayado, surgiendo del pie del balcón sonó un coro, un verdadero coro de ruiseñores con sus gorjeos, sus líricas melodías y sus agudas y refinadas notas. El asombro fué tal, y tal la sorpresa, que el piano calló, suspendióse el canto y enmudecimos todos, asombrados y atentos al melódico desfogue de aquellas tiernas avecillas, cofrades y colegas de los poetas, en las que parece ser virtud de al-

ma lírica la de cantar por la noche y la de esperar el silencio y las tinieblas para llenar el espacio de armonías.

Lo ocurrido fué que los ruiseñores de la alameda, situada al otro lado del ancho campo extendido ante la casa, al ver los torrentes de luz que se precipitaban por el balcón abierto, al oir el murmullo de las conversaciones, el piano y las cristalinas voces de las damas, fueron atrevidamente acercándose poco á poco, de árbol en árbol, hasta posarse en el grupo de acacias contiguo al muro del patio, y una vez allí, celosos de que hubiera quien osara competir con ellos, alzaron repentinamente sus gorjeantes melodías como para lucir, y también imponer, su canto sin rival.

Ya sabía yo que los ruiseñores eran sociables, pero ignoraba que fuesen envidiosos.

Con motivo de este suceso una discreta dama de la tertulia me contó la leyenda del ruiseñor.

—¿Sabe usted por qué los ruiseñores cantan principalmente de noche? me preguntó.

—No por cierto, le contesté, y me holgara de saberlo.

—Pues oiga usted.

Y en seguida, yo todo oídos y toda expresión ella, contóme una deliciosa historieta que ya quisiera yo escribir con la pureza de detalles y con la filigrana de estilo con que me fué contada.

La cosa debió ocurrir en tiempos prehistóricos. En cierta calurosa tarde de Mayo ó de Junio, que son los meses de las rosas y de los ruiseñores, se posó uno de éstos en una frondosa madreselva, y con su frescura de voz sin igual y con el prodigio de su garganta, comenzó su florífero canto, que así debiera llamarse el del ruiseñor, pues que sus gorgoritos, notas y gorjeos son en realidad las flores del arte.

La tierna avecilla cantaba, como ellas suelen, para solaz y recreo de su amada

que anidaba con sus hijitos en la rama de un árbol vecino; pero al anochecer, y cuando ya las sombras descendieron del espacio, acabó por dormirse profundamente, fatigada por el calor y el cansancio.

Pertenecía la madreselva en que se había posado á la clase de aquellas que en catalán se llaman *lliga-bosch*, es decir lazo ó atadero del bosque, porque trepan con tal presteza y se enredan con tal profusión, dando tantas vueltas y revueltas, que llegan á formar inextricables muros de verdadera maleza; son, á más, madreselvas que crecen con portentosa y extraordinaria celeridad. Puede decirse que se las ve crecer.

La madreselva en cuyo seno se durmió el ruiseñor debía ser poco aficionada al canto, ó debía tener mala voluntad á los pájaros trovadores. Pertenecía sin duda á la clase de aquel personaje de quien se cuenta que mandó cazar y destruir todos los ruiseñores que existían

en su parque por turbarle el goce de oir el canto de las ranas.

Lo cierto es que, mientras el ruiseñor dormía, la madreselva fué creciendo y extendiéndose con gran rapidez hasta formar una enmallada red que envolvió á la pobre avecilla melománica, quien, al despertarse con el alba, se encontró prisionera, imposibilitada de salir y de lanzarse al espacio. En vano intentó recobrar la libertad. Habíala perdido para siempre el infeliz ruiseñor.

Condenado á eterna prisión el triste, allí murió preso, sin poder forzar la estrecha y punzante reja que la madreselva, madre fiera para él, tejió aquella noche en torno suyo, lejos de su amada que le llamaba, y sin los goces de aquel sol, de aquellos árboles y de aquel espacio, nunca como entonces más ansiados por el mísero cautivo.

Es desde entonces que los ruiseñores pasan la noche cantando, para que no les ocurra lo que al infeliz que por dor-

mirse perdió el amor, la libertad y la vida.

Y así debe de ser, porque varias noches me acosté con el canto de los ruiseñores y con él me desperté á la mañana siguiente, á que hoy remito también la continuación de esta carta.

IV

Segunda carta al maestro Álvarez.—La fuente del almezo.—Mis excursiones.—Mis descubrimientos.—El baño de la mujer de agua.—Cuentos de brujas y de encantamientos.—Excursiones del marqués de Marianao.—El poeta Pedro Antonio Torres.—El gorch negro.—El valle de Santa Fe.—Palabras que faltan en el diccionario.—Las leyendas del monte.

Sr. D. Fermín Álvarez

Casa Blanch, en Arbucias, Julio de 1892.

A estar usted en nuestra compañía, maestro y amigo, ¡qué de excursiones hubiéramos hecho! Ni siquiera teníamos necesidad de abandonar la finca y territorio de Casa Blanch para darnos este gusto.

Escondido en la alameda del río, junto á un grupo de peñas por entre las

cuales el agua se precipita y atropella, hay un vallecito deleitoso que se presta á los coloquios de amor y á las delicias de la lectura, los dos grandes placeres de la vida, al pie de una fuentecita que se llama *Fuente del almezo* por brotar á la sombra de uno de estos árboles.

Desde allí partí cierta mañana en excursión aventurera, siguiendo unas veces, no sin riesgo, la inexplorada orilla del río, atravesando otras el prado que las aguas del riego convierten en ciénaga, y penetrando luego por entre arbustos y malezas, á través de las cuales me abría difícilmente camino con el auxilio de mi acompañante que á varazo limpio iba doblegando espinos y matando zarzas. Así fué como, sugerido por la atrayente virginidad del bosque que solicitaba mis deseos, llegué á un lugar en el que nadie, de seguro, había penetrado, en muchísimos años al menos, desconocido, según pude luego juzgar, hasta para los mismos dueños de la finca.

Ya comprenderá usted que no descubrí ningún nuevo continente, pero sí un sitio que tiene su relativo encanto. Nadie que hoy le visite puede calcular lo que era cuando lo vi y encontré. Gracias á la gentil dueña de esta casa, que ha querido dispensarme el honor de guardar memoria de aquella mi excursion y dar mi pobre nombre á aquellos lugares, elevándome á la categoría de revelador, aquel sitio se halla hoy desbrozado, vencida la braveza del matorral que le dominaba, facilitado el camino, y en descubierto los centenarios sombrosos árboles que ocultos vivían en un verdadero piélago de broza y de maleza.

Así se llega á un altillo, formado por enormes peñascos que avanzan sobre el río y ofrecen una explanada ó rellano en donde crece un grupo de encinas, olmos y alisos que parecen brotar de la misma peña, al borde de una cascada que ahora se descubre por entero y de la que antes sólo se oía el estruendo, por ser casi im-

posible su acceso. Dos escaleras, abiertas hoy en la peña viva, á cada un lado del altillo, permiten descender á la cascada. Á ella se baja directamente por la derecha, pasando por junto á una oscura gruta, antes ignorada, mientras que por la izquierda se desciende á una diminuta playa, pudiendo atravesar el río por un paso ó sendero de piedras á flor de agua, y así llegar á una especie de baño natural abierto en un recodo del monte y á salvo de indiscretas miradas.

Pero la hacienda Blanch tiene en esta clase y en más apartado lugar, cosa de mayor encanto y maravilla.

Cruzando verdes praderas, salvando arroyos y canales de riego, siguiendo estrechas y pintorescas sendas, atravesando extensos platanares, se llega á otro río que he oído apellidar con los distintos nombres de río de Ridecós, *riera chica, y riera de las arenas*, porque se dice que con ellas arrastra partículas de oro. Allí es donde se encuentra una hermosí-

sima cascada de tres saltos, cascada de agua sobre otra verdadera de peñas que se desprenden, caen, se deslizan y arrojan desde grande altura en tropel, confusión y tumulto, pareciendo ser ésta y no aquélla la cascada, y asemejando peña el agua por lo compacta y ceñida, y agua la peña por lo revuelta, abigarrada y suelta. Compite y rivaliza con cualquiera de las cascadas del monasterio de Piedra.

En el seno de este encanto hay un lugar delicioso para bañarse, donde el agua, batida por las piedras, se remansa pura y límpida en una á manera de concha, que parece ser un baño labrado por alguna de las hadas invisibles de estas selvas. Grandes lienzos de rocas y tupidas cortinas de follaje le velan y resguardan.

Dice el vulgo que este era el baño de la mujer de agua *(lo bany de la donna d' aigua)*, y que allí iba á bañarse en las calurosas tardes de estío aquella misteriosa dama, tradición romancesca de esta

casa que trasladaré á continuación de estas cartas.

Aseguran que en los alrededores de esta cascada se crían unos pájaros negros con todo el pecho blanco, á la manera como van vestidas las hermanas de la caridad, pájaros que sólo anidan y viven aquí y que en ningún otro sitio de esta comarca se encuentran. Los llaman mirlos de agua, y dice el vulgo que son almas ó espíritus de mujeres de agua que al caer la noche se transmudan en mujeres, y se bañan á la luz melancólica de la luna. Cuentan que una noche fueron sorprendidas por un atrevido doncel, y entonces una de ellas arrojóle un puñado de agua, convirtiéndole en piedra.

Toda esta comarca del Montseny, amigo mío, está llena de supersticiones y leyendas. Todo son cuentos de brujas, de encantamientos, de maravillas, de aparecidos, de damas blancas y damas rojas, de diablos negros y demonios colorados, de brujas que cabalgan invisibles por los

aires montadas en palos de escoba, conductoras y guías de tempestades que por enojo ó por venganza descargan sobre sitios determinados. Y como para concluir con las brujas, según decir del pueblo, no hay sino el humo del laurel que las ahoga y la bala bendecida que las mata, de ahí que cuando el lejano trueno en el espacio y las nubes aturbonadas en el Montseny anuncian la tempestad, las mujeres acuden presurosas á encender grandes hogueras de lauro que elevan al aire su densa y odorífera humareda, y los hombres no cesan de disparar escopetazos á las nubes, cargada su carabina con balas en que hay la señal de la cruz y están bendecidas por el cura párroco.

Á estar usted con nosotros, hubiéramos efectuado la excursión al Montsoliu, que está aquí á dos pasos, y al Montseny que está á cuatro, debiendo contar por cada paso una legua, como es de suponer.

El Montseny es todo un poema de ro-

mánticas leyendas, y una maravilla, una verdadera maravilla de bellezas. Quien guste de oir contar aquéllas y admirar éstas, debe hacer un viaje al Montseny siguiendo el itinerario trazado por los excursionistas catalanes. El viaje podrá ser agrio y duro, hasta con el riesgo y también con la atracción del peligro; pero es encantador y deja recuerdos toda la vida. Es de aquellos viajes que tanto placen á nuestro amigo el marqués de Marianao, gran amador de excursiones, resistente á la fatiga y arriscado en el peligro. Hubo de efectuarlo un día, no ha mucho tiempo, y le oí luego el relato.

Nuestro buen amigo el marqués destinó cuatro ó cinco jornadas al viaje. Una de ellas la consagró por completo al castillo de Montsoliu donde pasó la noche en compañía de sus amigos y compañeros, recogido en esas magníficas tiendas que consigo lleva para sus excursiones, y que, junto con sus hamacas para colgar de los árboles, su tropel de carruajes,

caballos y mulos para la cabalgata, y su rico ajuar y demás menesteres de expedición, tantas veces tuve ocasión de ver en jornadas de durable recuerdo, cuando íbamos de correría al pinar de Villa Fortuny, tan suntuoso como un templo, á la histórica ermita de Nuestra Señora de la Roca, tan admirablemente descrita por el poeta catalán Pedro Antonio Torres en una de sus excelentes obras dramáticas, ó á las ruinas del un día famoso monasterio de Escornalbou, lugares cercanos todos al espléndido *Mas Samá*, opulenta y señorial morada de los marqueses de Marianao.

Allí pasaron la noche junto á la torre cubierta por la hiedra monumental, al pie de la osamenta del castillo y á la fantástica sombra del mismo, proyectada por la luz melancólica de la luna, improvisando un verdadero hogar de familia en su campamento. Y allí, al amor de la lumbre, al restallar del crepitante leño, entre las asaetadoras chispas desprendi-

das de la humosa tea, oyeron contar las consejas y narraciones de encantamientos, de brujas y de misterios que tanto abundan en estos lugares, con la leyenda de la dama roja de Montsoliu, la condesa aquella de la blanca y fina mano, que todos los años, al promediar la noche de San Juan, aparece en lo alto de la torre de la hiedra, y la otra leyenda del jinete que se presenta en determinadas noches de cada año, cabalgante en un caballo de fuego, despidiendo ígneos resplandores, y que hay quien jura y perjura conocer por haberlo visto y no sé si también por haberle hablado.

Ya al otro día, y en más dura jornada, pasaron nuestros amigos al valle Santa Fe, pero como no aceptaron el hospedaje que les ofrecía el ermitaño, que allí tiene casa de hospitalidad, fueron á levantar sus tiendas junto al mismo *Gorch negre* en terrenos de propiedad de esta familia Blanch.

Una noche pasada junto al mismo

Gorch negre, debe estremecer de espanto al más fiero. Es aquel el *Gorch* de las consejas, el que describió con tanta poesía Pablo Piferrer, el insondable *Gorch*, de aguas negras como tinta, donde se precipitó la mujer de agua el día que se fugó de Casa Blanch, y donde se baña el diablo á la luz de la luna, ínterin las brujas danzan y cabriolean en su aquelarre apellidado *el llano de las brujas;* y al que, malaventuradamente, vino hoy á robar todo el encanto de su misterio cierta naturalista y positiva fábrica de pólvora que sin miedo á hechicerías se estableció recientemente en aquellos lugares.

En cuanto al valle de Santa Fe es uno de los sitios más deliciosos del Montseny. Por allí discurren con placidez las aguas del río Gualba que va derechamente á precipitarse rugiendo en el *Gorch negre*, para luego partir á grandes trancos hasta llegar al prodigioso *Salto de Gualba*, que es uno de los magnos esplendores de la montaña.

En el valle de Santa Fe hay praderas de verdor eterno, senderos que serpentean por debajo de bóvedas de follaje, torrentes que recogen la nieve de las alturas convertida en agua cristalina, sombrosas frondas en que nunca el sol penetra y en que se goza de encantadoras *celistias*, palabra que aún no autoriza la Academia Española y que tendrá que autorizar, como deberá hacerlo con la de *añoranza*, ya tan usual en los escritos de Castelar y de Menéndez Pelayo, y también con la de *riera*, en el sentido de río que recoge las aguas de la montaña, porque son vocablos españoles, de pura raza, que no tienen traducción en castellano, ni hay manera de sustituirlos.

Junto al valle Santa Fe está la cueva que fué morada de *la penitente del Montseny*, singular y misteriosa mujer que ha dado ocasión, no en verdad á una leyenda fantástica con personajes redivivos de siglos remotos, sino á una leyenda perfectamente humana, de nuestra época

misma. He visto y he hablado á varios que conocieron á esa penitente, especie de *Extranjera* de Arlincourt. Todavía vive, y espero que viva aún largos años, la dama que conoció á esa mujer misteriosa y que me contó su historia, la cual reservo para mi tercera carta.

V

Tercera carta al maestro.—La penitente del Montseny.—El cerro del Hombre.—El de las Agudas.—La cruz de Matagalls.—San Marsal.—Las viviendas de Federico Soler y de Pedro Antonio Torres. —La flora del Montseny. —Las bellezas del monte.

Sr. D. Fermín Alvarez

Casa Blanch en Arbucias, Julio de 1892.

La llamada *Penitente del Montseny* apareció repentinamente cierta noche, á tiempo que había estallado una gran tempestad, con lo cual ya ve Usted que la historia tiene todos los comienzos de una leyenda romántica. El ermitaño de Santa Fe regresaba de una de sus frecuentes correrías á los pueblos vecinos, y sorprendido por la tormenta apretaba el paso de su cabalgadura, cuando al cruzar por junto á una peña acertó á di-

visar, bajo el hueco de ella, á una mujer que allí se había refugiado buscando su amparo para guarecerse de la lluvia.

Enteróse el ermitaño de que la desconocida llegaba al Montseny, como San Segismundo un día, en busca de una cueva donde hacer penitencia en cumplimiento de un voto. Llevósela aquella noche el ermitaño á su residencia de Santa Fe, y al día siguiente le señaló una cueva.

Allí estuvo por espacio de cinco ó siete años, en la época del 1834 al 1840 próximamente, durante la tremenda guerra civil que comenzó después de la muerte de Fernando VII hasta terminar con el convenio de Vergara.

Dormía vestida encima de unas tablas, y sólo comía pan, patatas, verduras y frutas. Llevaba siempre consigo, colgante de su cintura, un saquito de seda y en él un cráneo que besaba y abrazaba, postrándose ante él y rezándole. Debería tener sobre treinta años

cuando apareció. Era alta, delgada, de hermosas facciones y de modales finos y aristocráticos. La noche que se presentó en la montaña, llevaba un vestido de seda, que continuó llevando siempre hasta desgarrarse y deslucirse con el uso. Hablaba muy poco, y siempre con gran reserva. Cantaba admirablemente romanzas en lengua italiana, pero sólo cuando se hallaba sola, internándose por las selvas donde permanecía á veces varios días seguidos sin presentarse por su cueva. Los que de lejos la oyeron cantar decían que su voz era fresca y argentina, revelando maestría en el canto. Hablaba regularmente en castellano, pero con dificultad y con acento extranjero. En cuanto al catalán, lo hablaba muy mal, mezclando en su conversación palabras castellanas, catalanas y francesas.

Antes de ir al Montseny, la extranjera estuvo en el pueblo de Palau-Tordera, donde alquiló una casita y aposentó en ella dos mujeres del pueblo, que to-

mó por criadas, dándoles salario sólo para que cuidasen de la casa, conservando los muebles y unos cofres que trajo consigo y en que se dice que guardaba alhajas y ricas prendas de vestir. Algunas veces abandonaba su cueva del monte y aparecía en su casa de Palau-Tordera, pero era sólo por breves instantes, limitándose á ver si las criadas conservaban su ajuar, y regresaba en seguida al Montseny.

Otras veces desaparecía por algún tiempo. Abandonaba el monte y su cueva por temporadas más ó menos largas, sin que nadie supiera su paradero, y cuando menos se creía tornaba á presentarse para continuar su vida ascética y penitente, sus ayunos y vigilias en la cueva, sus adoraciones al cráneo misterioso, su completo apartamiento del mundo, sns vagabundas correrías por las selvas y sus cantos nocturnos en los bosques.

Á comienzos de la guerra civil de los

siete años las tropas liberales, creyéndola espía del bando carlista, se la llevaron presa á Barcelona, donde tuvo una entrevista con el que era entonces capitán general del Principado, quien la trató con mucha consideración y respeto, poniéndola en libertad inmediatamente, y volviéndose ella entonces á su montaña.

Cuentan también que una vez hizo un viaje al Montseny una persona, desconocida en el país, que parecía ser de gran distinción, sólo para hablar con aquella mujer misteriosa, llegando á tiempo en que la penitente se había ausentado y desaparecido por una temporada, como á veces ocurría. No encontrándola en su cueva, el desconocido viajero trazó con un punzón ciertas letras ó cierta palabra en el tronco de un haya que se alzaba vecina á su morada; pero al regresar la penitente, al enterarse por el ermitaño de Santa Fe de lo que había ocurrido, y al leer la palabra en el

tronco, mandó cortar el haya haciendo una hoguera con su tronco y con sus ramas.

Se llamaba aquella mujer, ó se hacía llamar Bernardina Flores, pero evidentemente no era este su nombre, siendo general la opinión de que era una dama extranjera.

Durante toda la época de la guerra civil estuvo en su cueva del Montseny. Más tarde, anunciando que había ya terminado el tiempo de su penitencia, abandonó la cueva, puso albarán en el balcón de su casa de Palau-Tordera, despidió á las criadas que en ella tenía, y dicen que se retiró á San Justo Desvern, donde alquiló, compró ó mandó edificar una casa que tenía algo de señorial y de castillo, en la que vivió recoleta, sola con una criada.

Otra versión me dieron también respecto á su partida del Montseny. Una persona de esta comarca, que trató de averiguar la vida y la historia de aque-

lla extraña mujer, después de reunir ciertos antecedentes, aglomerar datos y consultar fechas, llegó á adquirir la convicción, según me dijo, de que pudiera ser aquella misma misteriosa Lady inglesa de quien habla Lamartine en sus viajes á Oriente, y de quien cuenta que estuvo algunos años en España, retraída en la cueva de un monte.

Es cuanto pude averiguar acerca de *La extranjera ó la mujer misteriosa*, como hubiera dicho en sus tiempos el vizconde de Arlincourt, *la penitente del Montseny*, como la llaman en el país.

Visitado el valle de Santa Fe, hay que hacer la excursión al *cerro del Hombre*, *(turó del Home)*, á las *Agudas* y al pico ó *cerro de Matagalls.*

El *cerro del Hombre* es, según parece, el punto más elevado del Montseny, aunque allá debe irse en altura con sus dos cerros rivales. Tiene mil novecientos diez metros sobre el nivel del mar. No se dirá que el *Hombre* sea de poca talla.

Su verdadero nombre es el de *turó del home mort*, cerro del hombre muerto; pero el pueblo con su maravilloso y certero instinto de abreviatura, ha suprimido el vocablo *muerto*, y ha quedado siendo el *cerro del Hombre.*

Y se llamó del hombre muerto porque, visto desde no se qué punto y no sé á qué luz, aunque siempre con los ojos de la fe, las peñas presentan en su configuración y silueta la apariencia ó representación de un hombre, tendido á lo largo, como muerto, en su sarcófago.

Del *cerro del Hombre* á *las Agudas*, es decir, el cerro de las peñas agudas, parece mediar una inmensa distancia, y hay sólo una hora, pero una hora de camino infernal.

Las *Agudas* son unas peñas limpias y desnudas, viudas de toda vegetación, enhiestas unas como en disposición de escalar el cielo, y de ascensos peligrosamente tentadores, volcadas otras como

caídas ó derribadas de lo alto, abocadas sobre abismos sin fondo, todas revueltas y en tropel como si se empujasen y atropellaran, cubiertas casi constantemente por fluctuosas nieblas y casi siempre vestidas con nieves de antaño.

De las *Agudas* se desciende al valle de San Marsal, donde estuvo el convento de este nombre, edificio que aun sigue de pie. Es el monasterio á cuyas puertas se presentaba á pedir su sustento diario un penitente de estirpe regia que vivía en una cueva próxima, el cual figuró en la línea de los reyes y es hoy venerado como San Segismundo en los altares.

Hay en San Marsal una piedra que sirve de mesa y á la que un día se sentaron á comer en santa paz y compaña los tres obispos de Barcelona, de Vich y de Gerona, sin que ninguno saliera de su jurisdicción respectiva, cada uno en su diócesis, por ser aquel el punto donde van á convergir los tres obispados.

De San Marsal se sube al pico ó *cruz*

de Matagalls, que así se llama porque, en lo más alto, se colocó una gran cruz, señalando el punto que es el centro del triángulo formado por Barcelona, Vich y Gerona. La tradición dice que la primitiva cruz fué colocada allí por el propio Segismundo, penitente del Montseny antes de ser rey y de ser santo.

Cuadrara allí perfectamente también una de esas torrecillas miramares, como llaman en Valencia á las torres ó mirandas desde donde se divisa el mar. Es, en efecto, grandioso el espectáculo que allí se ofrece. Se considera como la mejor vista panorámica del Montseny. Por entre cerros, y picos, y colinas, y montes, que aparecen como olas de una mar aborrascada, se ve todo el territorio que alcanza del Montserrat al Pirineo, con sus ríos, sus villas y sus ciudades, y más allá, limitando el cuadro y el espacio, el mar Mediterráneo con toda su azulada costa desde el Montjuich al Cap de Creus.

Del cerro ó de *la cruz de Matagalls*

se baja por áspero sendero, del que los peligros no borran los encantos, al sitio donde estuvo el convento de San Segismundo y la cueva en que vivió su penitente vida el heredero del trono de Borgoña, y se puede salir del Montseny pasando por Viladrau, no sin saludar á lo lejos el pueblo de Campins, en que labró su nido nuestro poeta Federico Soler y al que se retira todos los veranos para estudiar los argumentos de sus obras dramáticas.

Y por cierto que á este nido hemos de ir usted y yo algún día, como quisiera también que hiciésemos juntos una excursión á otro nido que junto á las ruinas de Poblet se labró Pedro Antonio Torres, morada que conozco ya, pues recibí en ella suntuosa hospitalidad, y donde el autor de *La clau de casa* y del *Full de paper*, que posee el secreto de los resortes dramáticos y el instinto del genio, tiene un hogar que es luz y gloria de familia.

Este es, pues, el Montseny, mi amigo D. Fermín, que comparte con el Montserrat los honores de ser memento y crónica viva de glorias catalanas; este es el Montseny con sus leyendas y sus tradiciones, con sus recuerdos y sus historias, con sus panoramas y sus bellezas, con sus tormentas y sus serenidades, con sus nieblas y sus solanas, con las maravillas de su flora y los misterios de su fauna; este es el Montseny, retiro deleitoso para el pensador, refugio consolante para el doliente, verdadero aperitivo para el excursionista, tesoro de inspiración para el poeta.

Este es el Montseny, donde florece el madroño con sus ramos de purpúreas cerezas, que es el árbol que dió blasón á Madrid, y también á Arbucias: donde abunda el almezo, con su negruzca corteza y su gigantesca talla, que es el árbol de Federico Mistral y de su *Mireya:* donde á cada paso se encuentra el ramoso castaño, portador del fruto que

tiene la virtud de reunir á las familias junto al hogar la noche de Todos los Santos: donde viven el añoso roble de hojas trasovadas y la secular encina de rugoso tronco y abigarradas ramas: donde crece el alcornoque de nombre zafio, pero que con sola su corteza, como si fuera de oro, enriquece al propietario: donde, finalmente, se mezclan y confunden en admirable variedad el avellano de flores en amento con el haya lujosamente copada; el abeto pirenaico, especie de creación apocalíptica que va extendiendo sus ramas como brazos deformes de un monstruo mitológico, con el pino de hoja filiforme que sanea todo cuanto su ambiente abarca; el aliso, que el diablo no quiso, según reza el proverbio castellano, árbol amado de los ríos y torrentes, con la acacia que da su flor antes que su hoja; y todo esto revuelto, mezclado y confundido, con toda aquella numerosidad y abundancia de árboles, matas y arbustos que asom-

bran y admiran en las grandes montañas.

Nada más bello que la soberana majestad y la imponente grandeza de las selvas, que por algo los druidas consideraban como lugares sagrados: nada más hermoso, ni que mejor hable al alma, que esas grandes masas de robledales, avellanares, hayedos, castañares y encinares, con sus nigricias y sus rugosidades, sus misterios y sus esplendores, por entre los que asoma á veces la roca plutónica de ojo de sierpe, característica del Montseny, que no sólo resiste al martillo sino que es rebelde á la misma dinamita, y á cuyos pies brotan la trepadora hiedra y la matizada bizna de flores en umbela, mientras que por todos aquellos accidentados terrenos, vírgenes algunos de humana planta, campean y florecen el trébol y la verbena que van á coger las muchachas *mañanica de San Juan*, el fragante tomillo de virtudes medicinales, el ramoso helecho de bordadas hojas, la retama con sus áureas

flores, la siempre creciente madreselva de tallos emparradores, y el aromático romero de florecitas azules, que es la planta amada de las abejas por libar en ella sus mejores mieles.

Y aquí termino, amigo mío, porque me veo en talle de no acabar nunca.

Todo esto, y mucho más que decir pudiera, hubiese usted oído contar ó visto, por sus propios ojos y oídos, si en mi expedición me hubiese acompañado. Pague usted su culpa y quede condenado á leer esta larguísima carta, donde muy imperfectamente traté de recoger las impresiones de que gozó mi alma en estos días.

VI

La encina centenaria. — La leyenda de la mujer de agua.

La tarde era calurosa, como que estábamos á mediados de Julio, y abandonamos el elegante salón para ir á buscar el fresco del campo y la sombra deliciosa de los árboles, todo lo cual hubimos de encontrar bajo la anchísima copa de una encina verdaderamente monumental que se eleva á pocos pasos de la casa.

Es en efecto una encina corpulenta y centenaria, de esas que se llaman de desmayo porque sus ramas, como si tuvieran naturaleza de sauce, se doblegan é inclinan buscando la tierra, al propio tiempo que su tronco se abalanza y tuerce cual si fuese á desplomarse vencido de su gran pesadumbre. Fué ya necesario un

día levantar una pared para contener el declive de las tierras, que se venían abajo, y la encina tras ellas. Es un árbol que hay que cuidar, y también mimar, primeramente porque así lo exigen su grandeza y venerable senectud, y luego porque, tan antiguo casi como la propia casa, va unido á ésta, á su tradición y á su historia. Es encina que merece una visita de honor por parte de los pintores y de los poetas á quienes la suerte pueda conducir á Arbucias, pues que si en ella encuentran los unos modelo y enseñanza, en ella también hallarán los otros poesía y leyenda.

En efecto, el árbol recuerda la tradición de Casa Blanch que voy á contar, según bajo sus ramas me contaron.

Una tarde, allá en los buenos y lejanos tiempos de las leyendas, sesteaba plácidamente sondormido al pie de la encina el señor de Casa Blanch, que era gallardo mancebo y atrevido cazador, cuando llegó á sus oídos una dulce voz de mu-

jer entonando una canción de amores.
Así cantaba la voz:

Si l' aigua es plata, la mía amor,
la mía amor, menina,
la mía amor,
no pas mon cor, menina,
no pas mon cor,
que tot es or.

El señor de Casa Blanch creyó estar soñando, y como la voz acertara á callarse en aquel momento, volvió á sondormirse para seguir su siesta. Poco hubo de tardar en dejarse oir nuevamente la voz, pura, dulce, argentina, rasgando los aires, como si bajara del cielo.

Si l' ayre gebra, la mía amor,
la mía amor, menina,
la mía amor,
no pas mon cor, menina,
no pas mon cor,
que tot es foch (1).

(1) Si el agua es plata, mi dulce amor,—mi dulce amor, menina,—mi dulce amor,—no así mi

Movido por secreto é irresistible impulso, se levantó el mancebo y acercándose cautelosamente al sitio donde sonaba la voz, vió á una hermosa y garrida joven, de singular y peregrina belleza, perezosamente recostada á la vera del arroyo, que era entonces linde de la hacienda. Poco tardó en entablar conversación con ella requiriéndola de amores; y aún el sol no había desaparecido tras la región montuosa que cierra el valle, cuando ya la enamorada pareja se había jurado amor eterno, aviniéndose la desconocida á ser esposa del señor de Casa Blanch y dueña y señora de su corazón y ricas heredades.

Efectuóse la boda con toda la pompa y todo el estruendo con que se celebraban las bodas en los tiempos legendarios,

corazón, menina,—no así mi corazón,—que todo es oro.

Si el aire hiela, mi dulce amor,—mi dulce amor, menina,—mi dulce amor,—no así mi corazón, menina,—no así mi corazón.—que todo es fuego.

y por espacio de algunos años no hubo en el mundo matrimonio más feliz, más enamorada pareja, ni dicha más constante. Todo sonreía al señor de Casa Blanch. Sus campos daban ópimos frutos, sus cosechas no se conocieron mejores ni más abundosas de memoria de hombre, y, fruto de bendición, un niño como una estrella y una niña como un sol vinieron á ser la alegría de aquella casa bendita, hacia la cual iba cada día extendiendo sus pobladas ramas, en señal de cariño, la encina centenaria bajo la que había ido la voz misteriosa á despertar los sentidos del señor de Casa Blanch en sus momentos de duerme y vela, para llamarle á nuevos destinos y abrirle nuevos horizontes.

Una sola condición impuso la gentil doncella al gallardo mancebo el día que le entregó su corazón y su mano, la de que nunca le preguntase su nombre ni su origen, ni nunca le llamara mujer de agua *(dona d' aigua)*. El día que tal hi-

ciera, sobrevendría una gran catástrofe, terminándose la dicha y la paz del hogar.

Accidentes de la vida, circunstancias internas de familia, hicieron andando el tiempo que surgiera cruel desavenencia entre los esposos. El marido, cediendo á uno de esos raptos de cólera que á veces se desencadenan de repente en el corazón, como la tempestad en los aires, amenazó á su compañera, dirigiéndole entre otras injurias estas palabras:

—¡Anda allá, tú que ignoro de qué vulva naciste. Anda allá, mujer de agua!

Al oir estas frases palideció la esposa, transmudándose repentinamente en sus facciones, en sus modales, en su ser; y saliéndose de la casa, sin decir palabra, emprendió desenfrenada carrera, descompuesta, desemejada, furiosa, insensible á todo, desamorada, flotantes los cabellos y la veste, en dirección al sombrío Montseny que ante ella se alzaba,

y que parecía extender sus negras selvas como brazos abiertos para atraerla y recibirla. Arrepentido el esposo, tremulosa la voz, y remordiente la conciencia, se lanzó tras ella dando voces lastimeras y clamoreando perdón y piedad con acentos del alma que pudieron conmover las peñas, pero no el corazón de su fugitiva. Así llegaron, uno en pos de otro, y en vertiginosa carrera, hasta la orilla del insondable y misterioso *gorch negre*, donde la mujer se arrojó desalada, desapareciendo entre las aguas á la vista del infeliz esposo.

Desde aquel día la paz huyó de Casa Blanch, y con ella la ventura. Todo fué de mal en peor para el dueño de la casa, que parecía caminar á su ruina como antes á su grandeza. Sólo una cosa singular ocurría en el seno de aquella familia. Cada mañana la casa aparecía limpia y aseada sin aderezarla nadie, y los niños peinados y vestidos con esmero y elegancia, sin que nadie cuidara de ellos.

Preguntóles un día su padre que quién aseaba la casa y les vestía, y contestaron que era su madre, la cual se presentaba todas las mañanas con la primera luz del alba, desapareciendo antes que nadie se levantara.

Una mañana, el triste padre, acariciando á su hija, encontró dos perlas en su blonda cabellera. Eran dos lágrimas de su madre.

Quiso varias veces levantarse antes del alba para sorprender á su perdida esposa. Cuantas veces lo intentó fué en vano. Cada mañana un letargo soporífero, un sueño de muerte se apoderaba de él, sin poder vencerlo, y sólo se despertaba cuando, alto el sol, había desaparecido su esposa.

Jamás se volvió á saber de la dama de agua; pero por espacio de mucho tiempo aparecían las lágrimas de la madre convertidas en perlas en la cabellera de la hija. Y así es como la casa volvió á recobrar su bienestar y su riqueza.

Durante mi permanencia en casa Blanch, me hospedé en la estancia en que la dama aparecía, y vi la puertecita de escape por donde entraba.

Excuso decir que la dama no apareció y que la puerta estuvo siempre desapiadadamente cerrada.

VII

Arbucias, la villa del castillo y del madroño.—La calle del poeta Camprodón.—Los edificios públicos.—La iglesia parroquial.—El árbol de la libertad y los carlistas.—La casa de Miláns y los recuerdos del Beato Oriol.—Las danzas de sardanas.—El *fluvioler del Ter*.—La leyenda de los danzantes.—Costumbre patriarcal.—Gente de Arbucias, gente de astucias.—Recuerdo histórico.—El rieral de Arbucias.—El ciprés de la hermandad.—Los relojes de sol.

Arbucias es una deliciosa villa llena de encantos durante el verano, y parece que no desprovista totalmente de ellos en invierno.

Es cabeza de uno de los más fértiles valles de la vertiente septentrional del *Montseny*, y está como escondida entre los repliegues de este célebre monte, patria amante y fecunda de ríos y de arro-

yos emigrantes que abandonan el hogar paterno para esparcirse y retozar por los lugares vecinos. Precisamente estas aguas fugitivas del Montseny constituyen la riqueza de Arbucias, que se ofrece á los ojos del viajero exuberante en vegetación, cercada de frondosos bosques y umbrosas alamedas. Como villa contigua al Montseny, corazón de nuestra región montañesa, tiene Arbucias todo el carácter y color de una villa genuinamente catalana, pero parece estar situada en un valle suizo.

El río, ó como debe decirse con más propiedad (porque no hay aquí otra manera de decirlo, aun cuando la Academia no admita el vocablo), la *riera* que lleva su nombre, pasa á sus pies en sonantes cascadas al precipitarse por entre peñas. El Montseny lleva la villa de Arbucias en su falda con la misma facilidad que una muchacha en su delantal un puñado de flores.

Junto á la villa se alza el Montsoliu

con su castillo, que el pueblo se apresuró á recoger para su blasón y escudo. Si Madrid es la villa del oso y del madroño, Arbucias es la de del madroño y del castillo; que esto tiene en su escudo de armas.

Viene hoy á ser Arbucias como la puerta de esas famosas Guillerías, tan célebres en nuestras historias y leyendas por haber sido hazañoso teatro de bandosidades, y patria de aquellos bandoleros que se llamaron Roque Guinart ó Juan de Serrallonga. La carretera que hoy une á Arbucias con San Hilario, conduce directamente á las Guillerías.

Nada de particular ofrece el pueblo, aunque sí tiene sello especial y característico. Su calle principal, que es la de la carretera, es al mismo tiempo paseo con su doble hilera de grandiosos plátanos. Se denomina *calle de Camprodón* y es muy de loar que se le haya dado este nombre en memoria y recordanza del ilustre poeta.

Tiene dos iglesias, la parroquial, que es la antigua, y otra moderna, denominada de la Piedad, que está de la otra banda del río. Porque Arbucias, á usanza de ciertas grandes capitales, está partida en dos por el río, que tiene á su derecha la villa antigua y á su izquierda la moderna, es decir, el ensanche, con su templo de la Piedad, en donde vi por cierto singulares exvotos; con el edificio de las Escuelas públicas, que no está todavía terminado; y con quintas y casas de recreo como la de Andreu, por ejemplo, que tiene un hermosísimo y bien cuidado parque, y la de los marqueses de Alella, ó sea el *Mas* ó *Manso Dolores*, junto al cual se tiende un verde prado al que da sombra frondoso platanar.

En la población antigua está la casa de la Villa, la iglesia parroquial, los casinos ó círculos, uno de éstos construído expresamente, y las casas más antiguas del pueblo, como son las de Lleonard, Milans, Roquer y Gavella, etc., alguna

con restos de la Edad Media en sus puertas y ventanas.

La iglesia está situada en una plaza que debió ser meseta de un cerro allá en su tiempo, plaza que tiene cierto carácter, porticada en uno de sus frentes con los arcos tradicionales de todas las antiguas plazas. En una de las casas hay una ventana esculturada y una hornacina ó casalicio, del que sin duda hubo de fugarse el santo que lo ocupaba al ver entregadas aquellas labores antiguas y aquella pared de piedra al brazo seglar de los que todo lo condenan al antiestético blanqueo.

Dan acceso á la plaza cuatro calles, dos que bajan del monte y dos que suben del valle, yendo todas á parar y á convergir ante la puerta del templo, como si quisiera esto significar que lo alto y lo bajo, lo levantado y lo humilde, los que viven en las alturas y los que moran en el llano, todos se encuentran y unen, se confunden y se igualan al ir á parar

y al encontrarse junto á la casa de Dios.

Tiene esta plaza dos grandiosos árboles. Uno es el de la libertad, que se plantó en tiempo de la revolución de Septiembre, ha ya veintidós años. Es curiosa la historia de este árbol, que voy á contar como me la contaron.

Cuando estalló la última guerra civil por haberse echado al campo los siempre impenitentes carlistas, llegaron éstos una vez á Arbucias, y promovióse en ellos gran algarada en demanda de que el árbol fuese derribado y reducido á cenizas, atumultuándose todos en torno de aquel infeliz plátano que tenía por crimen el de ser el árbol de la libertad. Iban ya á efectuar su obra de destrucción y todo estaba preparado para ello, cuando algunos vecinos del pueblo y los concejales del mismo intervinieron cerca del jefe carlista, que creo era el cabecilla Huguet, rogándole que fuese respetado el árbol, no por ser el de la libertad, sino porque era principal adorno de la plaza,

sirviendo de solaz y recreo á los vecinos. Dejóse vencer Huguet por los ruegos y accedió á la petición, siempre y cuando se fijase un cartel en el tronco que dijese: *Árbol de recreo.*

Y así se hizo. Y como la tropa murmurase al ver que se les negaba el goce solicitado, Huguet, firme en el cumplimiento de su palabra, mandó colocar allí cuatro centinelas con bayoneta calada y con orden de hacer respetar su mandato; por lo cual vino á suceder que los carlistas dieron guardia de honor al árbol de la libertad. Guardóse luego el cartel, y cada vez que por accidente de la guerra volvían á entrar los carlistas en Arbucias, aparecía en el árbol el protector cartel. Más adelante se acudió al medio de plantar otro árbol á su lado, para que uno y otro se confundieran, salvándose mutuamente, y así es como pudo llegar hasta nuestros tiempos.

En un ángulo de la plaza está la casa de Milans, donde se conservan algunos

muebles y objetos antiguos muy curiosos, con más el breviario que perteneció al beato Oriol y fué de su uso, todo lo cual pude examinar gracias á la amabilidad exquisita del joven dueño de esta casa, gallardo mancebo en quien la cortesía es compañera de la inteligencia y del estudio.

Por lo que toca á la iglesia parroquial, tiene antíquísimo origen. Antes de que existiera, hubo en un cerro vecino llamado de San Clemente una capilla bizantina, fundada bajo la advocación de este santo, de la que aun se ven las ruinas. Abandonóse con el tiempo esta capilla al edificarse la nueva iglesia en el sitio donde hoy se halla, y se trasladó á ésta el altar mayor de aquélla, que fué retirado á una capilla secundaria en que aún existe, contigua al púlpito. Es un altar notable, que tiene verdadero carácter. El retablo está perfectamente conservado, y es una joyita del arte. La estatua de San Clemente, que en el centro

del altar descuella, parecióme buena, aun cuando la falta de luz no me permitió apreciarla. Lástima grande que se hayan adherido á este altar unas capillitas postizas, de muy mal gusto.

Todos los domingos y fiestas de guardar se coloca en la plaza de esta iglesia un tablado para la *cobbla* del pueblo, especie de banda municipal que con alegres toques invita á la danza, acudiendo los *hereus* y las *pubillas*, los mozos y mozas del pueblo y de los caseríos vecinos á bailar las tradicionales *sardanas*. Es la danza favorita del país. Muchas son las mozas que acuden, viniendo de pueblos lejanos como Hostalrich y Breda, y hasta se cuenta que alguna vez, no ciertamente lejana, hubo damas aristocráticas y señoritas que se confundieron con el pueblo para bailar la *sardana*, puesta de moda por el maestro Bretón en su ópera *Garín*.

Nunca se cansan de tocar los músicos de la *cobbla* de Arbucias, á quienes el

pueblo llama con agudeza y gracejo *los serafines del Montseny*, y nunca de bailar los mozos y mozas, siempre infatigables y prontos á la danza, lo propio á las horas en que el sol tiene más ardencia, que á la caída de la tarde con el crepúsculo vespertino, ó por la noche entre las sombras apenas desvanecidas por la humosa luz de las teas.

Viendo bailar la *sardana*, recordaba yo á un poeta catalán, ya fallecido, que ocultaba su nombre bajo el de *Lo fluvioler del Ter*, y á quien me place citar, primero porque guardo de él gratísimos recuerdos, y luego porque tengo á dicha y á honor aprovechar cualquiera ocasión que se me ofrezca para recordar el nombre de un autor amigo ó compañero, contrario en esto al sistema de olvidos, desdenes y pretericiones que tan en uso está hoy generalmente entre la gente de nuestra república. Decía, hablando de la *sardana*, mi amigo el *fluvioler del Ter:*

Al contrapás la sardana
se segueix, com ja sabeu.
Del que está contant, se espera
que á son temps dongue la veu.
Y tot fent ámple rodona,
tots se miran, puntejant,
lo promés ab la promesa,
la pubilla ab son galan.
Ara fan tota la volta,
ara mitja, ara un trosset,
al só grat de la tarota,
del fluviol y 'l tabalet.

Me hallaba una tarde contemplando las danzas, que por cierto, y según mi opinión, han perdido gran parte de su carácter con haber abandonado las payesas su traje especial y típico y con haber sustituído los mozos su gorro catalán por la gorra francesa ó la boina vizcaína. Hallábame, digo, contemplando las danzas, cuando se me acercó un amigo que habitaba en el pueblo y me contó una tradición que tiene todo el sabor de una leyenda alemana.

Parece que un domingo, allá, en tiempos desconocidos, y á hora ya muy avan-

zada de la noche, estaba la plaza de Arbucias llena de gente, y mozos y mozas bailaban la *sardana* al són del tamboril y del caramillo. En lo mejor de la danza, y cuando con más ardor se entregaban á ella, ocurrió que comenzaron á tocar las campanas de la iglesia, y abriéndose las puertas del templo, asomó por ellas el Viático que cruzó en procesión por un extremo de la plaza. Ni músicos ni danzantes y danzarinas repararon en él, y siguieron tocando los unos y bailando los otros, embriagados por el placer de la danza, hasta que de repente se hundió el piso, abrió la tierra sus entrañas, y todos desaparecieron en el abismo para castigo ejemplar de su irreverencia.

Dícese que desde entonces, y hoy todavía, al llegar cada año el domingo aniversario del suceso, los transeuntes que pasan á deshora por la plaza pueden oir el són del caramillo y del tamboril, y al propio tiempo un coro de mujeres,

surgiendo del seno de la tierra que repite este cantar:

Cansada estich, cansada,
cansada de ballar...
Y tinch que ballar sempre
fins que l' mon finará!

(Cansada estoy, cansada, cansada de bailar... Y tengo que bailar siempre, hasta finar el mundo).

Se refiere de Arbucias una costumbre patriarcal, y de que parece que todavía se conservan vestigios.

Las familias poco acomodadas, al abandonar cada mañana su morada para ir á sus faenas de campo, dejaban á la puerta de su hogar, ó en el alfeizar de la ventana, uno ó más platos con un puñadito de frutas de la estación en cada uno, higos, ciruelas, peras, avellanas, etcétera. Era una oferta que se hacía á los transeuntes ó viajeros que acertaran á cruzar por allí, y era también cosa sabida que cada puñado de fruta se aprecia-

ba por valor de un cuarto, según la antigua moneda de cobre; cinco céntimos de la actual. Si el transeunte se llevaba la fruta, dejaba la moneda en el plato. No hay memoria de que jamás desapareciese el plato allí abandonado, y al regresar por la noche los moradores de la casa, encontraban la fruta intacta, ó tantos cuartos como puñados de fruta habían allí dejado.

Gente de Arbucias gente de astucias, dice un refrán del país, que parece tuvo su origen en nuestra famosa guerra de Sucesión. En los últimos de esta guerra, cuando andaba ya decaída la causa del archiduque, que era la del país, las huestes catalanas de esta comarca, viéndose fieramente perseguidas por las tropas de Felipe V, iban retirándose por escalones, abriendo zanjas, cortando troncos y obstruyendo el camino con toda clase de obstáculos, consiguiendo así escapar á la persecución. De aquí el refrán citado.

Y todavía hay más en este punto.

Dícese que cuando los guardas walones de Felipe V, vencidos ya todos los obstáculos, pudieron por fin llegar al pueblo de Arbucias, extrañó el jefe que no saliese á recibirle alguna autoridad. Quedóse á la puerta del pueblo y envió una pareja para que se le trajera preso al Baile ó jurado *en cap*. Como éste no entendía el castellano y tampoco el jefe hablaba catalán, se produjo un altercado que terminó abofeteando el jefe al Baile. La noticia de la afrenta recibida por la primera autoridad local circuló con la rapidez del rayo, de manera que cuando el jefe de la guardia walona se decidió á entrar en la villa para alojar á su gente, oyó gran estruendo de campanas que le pareció que tocaban á fiesta para celebrar su entrada.

No tocaban á fiesta, sino á muerte. Era la campana del somatén que llamaba á los de la villa, y también á los de las vecinas aldeas; y todos acudieron, y todos cayeron á un tiempo sobre la guardia

walona, en que hicieron gran matanza, salvándose sólo de ella cinco ó seis guardias que fueron fusilados al día siguiente. De entonces se dice:

Gent d' Arbucias
gent d' astucias,
mata walons.

En memoria y castigo de ello, el gobierno de Felipe V impuso á la villa una fuerte contribución que vino pagándose hasta comienzos de este siglo, en que fué extinguida.

Pero lo notable, lo particular, lo esencial de Arbucias está en su valle, en los cerros que rodean la villa, en el Montseny que la ampara, en el Montsoliu que la vela, en las aguas que de todas partes brotan formando fuentes frescas y saludables por sus alrededores, en la riera que pasa á sus pies murmurante, en las selvas seculares y en las frondosas alamedas que la cercan llenas de ruiseñores y de aves cantoras, y muy especialmen-

te en los grandes caseríos que en torno suyo existen, restos unos de casas fuertes con sus amuralladas paredes cuya piedra ha tomado el color del tiempo, modernos otros ó renovados, luciendo sus blancas paredes y su ciprés tradicional.

Y por cierto que yo ignoraba, y aquí he sabido, el origen de este ciprés aislado y único que con tanta frecuencia se ve en las masías y casas de campo catalanas. Cuando las órdenes religiosas, Briareo de cien brazos, se extendieron por todas partes dominándolo todo, cuidaron de atraerse las familias más importantes de la comarca y de hacerse suyos los dueños de las granjas, caseríos, quintas ó masías. Conquistado ya el dueño de casa, se le nombraba hermano, y pertenecía desde aquel momento á la *germandat* ó hermandad del convento. Entonces, á la puerta de su casa ó en el sitio más visible de su huerta ó de su patio, allí donde pudiera descollar mejor ó distinguirse más, se plantaba un ciprés. Esta

era la señal de que la casa aquella pertenecía á la hermandad y que sus puertas se abrían siempre de par en par para los frailes y monjes transmigrantes ó viajeros que cruzaban por la comarca. También, en cambio, el dueño tenía posada en el convento.

Se hallan distribuídos estos caseríos por el monte y por el valle, principalmente á lo largo de la riera, de que procede su nombre de *casas del rieral.* Acostumbra á estar cada casa, no en el centro de la finca ó propiedad, sino en su linde, de manera que pueda ver la casa vecina y cruzar señales con ella, en previsión de cualquier accidente. Todas están construídas con sus tejados en declive, y todas con su reloj de sol, en algunas muy pintado y muy hermoso, y á veces con una leyenda al pie, catalana ó latina. Dijéronme que en una masía apartada, y que tiene trazas de haber sido casa fuerte, se leían debajo del reloj estas palabras latinas: *Non sic semper sed.* Esto me

hizo recordar que leí un día esta misma inscripción, divisa de una noble familia catalana, sobre la puerta del castillo de Picalqués, en el pueblo de Esplugas y al pie de San Pedro Mártir, casa hoy perteneciente al poeta catalán señor Duque de Almenara, mi excelente amigo y compañero en Cortes.

En otro reloj de sol se hace esta pregunta, que no pasa quizá de ser una candidez: *¿Quina es la mes xica y quina la mes grand?* ¿Cuál es la menor y cuál la mayor? Pero en el horario del reloj de la llamada *casa nova de Can Blanch*, ya no se pregunta, sino que imperativamente se dicta esta terrible y dantesca sentencia:

Una d' aquestas será l' última pera tu.

(Una de estas será la última para ti.)

Estas son mis impresiones y estos mis recuerdos de Arbucias, la pintoresca villa del castillo y del madroño.

VIII

De Arbucias á San Hilario.—La casa del general Moragas.—El demonio del Montseny.—Rasgo heroico de Moragas.—San Hilario Sacalm.—El poeta Permanyer.—Recuerdos de nuestra guerra civil.—La Casa-Establecimiento.—Los manantiales.—El médico-director y su libro.—En la montaña.—Los dos montes legendarios de Cataluña.

Dicen que de Arbucias á San Hilario sólo hay un paso; pero es un paso de tres horas aproximadamente, siempre cuesta arriba, pesado, duro y hasta peligroso quizá por la carretera antigua, menos pesado, menos peligroso, pero no ciertamente menos duro por la carretera nueva, que acaba de abrirse al público en los momentos de escribir estas líneas.

Á muy poca distancia de Arbucias, camino de San Hilario, señaláronme una

gran casería, renovada en mucha parte por construcciones de distintas épocas, aun cuando guarda diversos trozos y lienzos de pared marcados con el imborrable sello de la antigüedad. Todo el mundo en el país sabe que aquella fué *la casa del general Moragas*, héroe famoso de las libertades catalanas, personaje hoy casi legendario, de renombre y celebridad en la comarca. La heredad pertenece hoy á diferentes propietarios y creo que la misma vasta casería tiene diversos dueños, pero el país sigue llamándolo á todo la finca ó la casa del general Moragas.

Fué Moragas uno de los más famosos caudillos en aquellas porfiadas y sangrientas luchas que contra Felipe V sostuvieron los catalanes, fuertes y decididos en mantener los derechos é intereses de la casa de Austria y con ellos los intereses y derechos de la causa y de las libertades de Cataluña. Moragas era el general de las fuerzas del Montseny. Tenía popularidad en la comarca, de la cual era

uno de los más ricos propietarios; contaba con muchos y poderosos amigos, tenía como lugartenientes á sus órdenes á los *hereus* más principales del país, y llegó á formar una hueste poderosa con la que daba vigorosos rebatos á las tropas borbónicas, llegando á ser uno de los más fuertes y terribles adversarios que tuvieron enfrente los generales de Felipe V. Sobre todo, cuando el célebre sitio de Barcelona en 1714, la gente de Moragas dió tanto que hacer á los sitiadores, y tantas veces, de noche, y por sorpresa, caía sobre el campamento causándoles tan recios trastornos y pérdidas, que el duque de Bervick, general de las huestes de Felipe V, acostumbraba á llamar á Moragas *el demonio del Montseny.*

Las crónicas é historias refieren los principales hechos de este aguerrido caudillo, y cuentan que, caída ya Barcelona después de heroica resistencia y terminada la guerra en el país, Moragas iba

un día á embarcarse secretamente en las playas de Barcelona para pasar al extranjero, cuando, miserablemente vendido, fué preso y encarcelado. Poco se tardó en juzgarle. Sentenciado á muerte, se le paseó casi desnudo por las calles de Barcelona, se le descuartizó en la Rambla, y colocada su cabeza en una jaula de hierro, se expuso sobre uno de los portales de la ciudad con una inscripción latina en que se le acusaba como rebelde, como revoltoso y como traidor al rey.

Esto, y nada más, dice la historia; pero me encontré con que en Arbucias y en el Montseny, donde está vivo su recuerdo, se dice algo más, algo que es todo un poema de honor y de gloria, si resultare cierto, para el buen nombre de aquel bravo é infortunado caudillo á cuya honrada memoria hay que rendir palmas y en cuya loor hay que erigir bronces.

Ignoro si es cierto lo que me contaron ; pero algo de exactitud hay siempre en esas tradiciones que son patrimonio

de los pueblos, y que pasan como fuentes de verdad de padres á hijos para ir luego á enriquecer las páginas de la historia.

Según la tradición de Arbucias, que pude comprobar, por diversos orígenes, en todo el Montseny y en San Hilario, el general Moragas al caer prisionero, comprendiendo que su muerte era segura, quiso cumplir una promesa hecha á sus compañeros de armas, sus capitanes, los *hereus* de la comarca del Montseny y de Arbucias, aquellos á quienes él había comprometido y que por seguirle andaban entonces ocultos y prófugos, perdidos sus intereses y embargados sus bienes. Moragas, al reclamar sus servicios y auxilios para la campaña emprendida, les había ofrecido repartir entre ellos sus haberes, sus propiedades, y cierto tesoro que tenía oculto en sitio sólo de él conocido.

Al caer preso, quiso cumplir su promesa, y entendióse con un amigo que se

prestó á cambiar de traje con él y á quedar prisionero en su lugar. Dió Moragas su palabra de honor de volver á tiempo, antes de que recayera la sentencia de muerte, que no podía retardarse mucho. De acuerdo, pues, con su amigo, y algo también quizá con el carcelero, el general catalán pudo salir de su prisión á favor del disfraz, dejando en su lugar al compañero que tan noblemente se prestó al cambio. Presentóse Moragas en Arbucias, llamó á sus capitanes y hermanos de armas que andaban ocultos por aquellas cercanías, repartió entre ellos su tesoro, sus haberes y sus bienes, y regresó tranquilamente á Barcelona la víspera misma del día en que se dictó su sentencia de muerte y descuartizamiento, en la forma y de la manera que consigna la historia.

La tradición de Arbucias que me contaron, dice más todavía. Asegura que el amigo que había quedado en su lugar, dispuesto al sacrificio, le rogó encareci-

damente que se volviera para seguir luchando en favor de la causa catalana. Y como no se dejó vencer en esta noble resolución y generoso propósito, Moragas entonces se descubrió á sus enemigos, y fué al suplicio.

Tal es la tradición que del general Moragas existe en Arbucias, y tal me la contaron. Pude más tarde ratificarla y comprobarla por otros conductos y orígenes, de manera que no dudo de su veracidad. Tengo la convicción moral de su certidumbre, y la entrego por medio de estas líneas á los que, con más tiempo y con más medios de los que yo dispongo, puedan seguir el hilo hasta llegar á los justificantes que lleven este nobilísimo rasgo de virtud romana á las páginas de la historia.

Al pasar por cerca de la casería Moragas, saludé inclinando mi frente, y también el alma, la morada del hidalgo caudillo y generoso mártir de las libertades patrias, y seguí mi camino.

Sin detenerme en el pueblo de San Hilario Sacalm, que según recuerdo haber leído en el libro de Osona debiera decirse Secalm, seguí el viaje hasta llegar al Establecimiento recientemente edificado por el propietario de las aguas, señor Martorell-Saleta junto á los manantiales y fuente prodigiosa que Francisco Permanyer, el letrado, el poeta y el ministro, celebraba por los años de 1861 con unos versos catalanes que oí recitar alguna vez, y de los cuales Enrique de Gispert me recordaba ayer mismo los dos primeros:

Sant Hilari, Sant Hilari,
font de salud y de vida...

La Casa-Establecimiento es bastante capaz y puede albergar buen número de gente, pero no basta para la infinidad de huéspedes que acuden, resultando de aquí que muchos se quedan á vivir en el pueblo vecino, sufriendo todas las mo-

lestias consiguientes á la distancia, apremio de tiempo, viaje dos veces al día para tomar el agua, carruajes incómodos, cambios atmosféricos y dificultades é inconvenientes de toda clase, que desaparecen viviendo en el Establecimiento, aun cuando éste no se halle á la altura que debiera y que supongo estará muy pronto, á juzgar por las mejoras introducidas.

Antes de levantarse este edificio, que data sólo de ocho ó diez años, las tres fuentes de agua medicinal que brotan á orillas de la riera, estaban poco menos que abandonadas, y sólo podía venirse á estos salutíferos manantiales por arriscados caminos de herradura. Así ocurría en la época, no en verdad lejana, de Francisco Permanyer.

Estos sitios eran entonces infrangibles, y no es de extrañar, por lo mismo, que en nuestras últimas guerras civiles el país ofreciera casi completa seguridad á los carlistas. Al abrigo de estos mon-

tes, tras la continuación de formidables murallas que para su defensa tienen estos valles, en el centro de estos bosques impenetrables por donde se abrían sendas difíciles de encontrar y costosas de seguir, solamente conocidas del cazador montañés, los carlistas podían considerarse como dueños y propietarios de este territorio, avanzada de aquellas famosas Guillerías, cuartel general un día de bandoleros catalanes. En la cercana masía llamada de Soler tenían los carlistas su hospital de sangre ; en la solitaria capilla de Monsolí, vecina al lugar donde escribo estas líneas, enterraban sus muertos ; en las ruinosas capillas y ermitas que coronan estos cerros, colocaban sus atalayas y sus vigías ; eran fosos de sus fortalezas las rieras y los torrentes, y escudo antemural de sus campamentos las oscuras selvas, no violadas aún por el inhumano leñador.

Hoy ya las cosas van cambiando de aspecto. Procedente de Vich por un lado

y de Hostalrich por otro, una cómoda y ancha carretera parte á buscar la cumbre; pero no pudiendo alcanzarla por la derecha vía, va ciñéndose al monte como un cinturón, semejante á monstruosa serpiente que se anilla y enrosca al rededor de un tronco. Hoy, pues, se abre paso hasta estos lugares el camino real, que viene salvando abismos y venciendo alturas por medio de puentes y desmontes; una carretera conduce también á la masía de Soler, que parece encumbrada á mitad de un cerro, como si colgara al aire; se dice y asegura que una vía férrea vendrá pronto desde Vich perforando montes y cruzando ríos; y diversos senderos, ahora ya muy frecuentados, encaminan por entre selvas á lugares pintorescos y á deliciosas soledades convertidas en centro de campestres jiras por muchedumbres y caravanas, á quienes, más de seguro que el disfrute del campo y estudio de la naturaleza, mueven y atraen inmoderados

apetitos de meriendas pantagruélicas.

Es de esperar, por lo mismo, que todo vaya mejorando también, que la Casa-Establecimiento adquiera la belleza exterior y la comodidad interior que aún no tiene, y que no esté lejano el día en que el monte vecino, transformado en grandioso parque, ofrezca gratos paseos á los huéspedes. Supongo que entonces la bajada al manantial número uno, dejará de ser casi un precipicio.

El agua de los manantiales, agua de vida, como me parece que pudiera llamarse, es picante como la gaseosa. Por esto precisamente la llaman *font picant*, fuente picante, los naturales del país. Es sumamente fría, brota burbujeante en la misma peña donde está la fuente, según puede verse, y yo vi, desaguando el depósito. Procedente sin duda de terrenos volcánicos, es una vena del mundo mineral que surge, casi pudiera decirse que estalla, como cansada de correr sumida en tinieblas por entre sendas

ocultas desconocidas y entre peñas, á las que roba al paso las sales y los ácidos salutíferos que la componen.

Cuáles sean los elementos de estas aguas, las sustancias que las constituyen, su análisis científico, las enfermedades que curan, los efectos que causan, no soy yo, lector, quien decírtelo debe. Esto te lo dirá un libro que se titula *Bosquejo climatológico é hidrológico de la estación termal de San Hilario Sacalm*, escrito por el sabio médico-director del Establecimiento, Dr. D. Nicolás Pérez y Jiménez, quien, entre sus excelencias, reune las de ser amigo cariñoso y práctico consejero. Es el suyo ciertamente un libro de consulta y de enseñanza, breviario de los enfermos y manual de los sanos, que por sus prescripciones hijas de la ciencia y por sus consejos fruto del estudio, debieran tener á la vista cuantos vienen á beber estas aguas, verdaderamente prodigiosas, para restablecer su salud quebrantada. Y no sería por demás

también, que leyesen este libro los artistas, los poetas, los amantes de la naturaleza que llegan en romería á estos montes. Algo hay en sus páginas referente á la agrupación de estas muntuosidades, á su rica geología y á su flora y fauna que puede serles útil y debe interesarles.

Prescindiendo, pues, de las aguas medicinales, por creerlo misión de nuestro querido doctor, considero que la mía en estas páginas es sólo la de abocetar algunas de mis impresiones durante mi estancia en estos sitios. Ninguna indicación mía podrá servir para los que aquí vienen á buscar la salud, enfermos de cuerpo; pero acaso encuentren consoladora distracción en la lectura de estos párrafos los que, enfermos del alma, buscan las vastas soledades para elevar sin testigos sus ojos al cielo, ó los sombríos bosques de centenarios árboles, superiores á los mejores templos de la tierra, para levantar su corazón á Dios.

Yo no sé, ni pude inquirir nunca, lo

que me ocurre al hallarme en la montaña. No son sólo mis ojos los que se dirigen al cielo; no es sólo mi corazón el que se levanta á Dios. Es mi sér, mi espíritu, mi alma, algo que hay en mí, para mí desconocido, lo que se exalta y eleva, sobreponiéndose hasta á mi propia voluntad. Me siento mejor, más bueno, más perfecto, perfecto del todo; reconozco en mí una bondad que no tengo en las ciudades; creo que son buenos todos los demás, y, lo que no haría ciertamente en la ciudad, tendería mi mano franca y leal á mi mayor enemigo, si el acaso me llevara á tropezar aquí con él. Aquí se cree en Dios.

El Montserrat y el Montseny son en Cataluña dos montes legendarios, los dos grandes montes de las tradiciones y de las leyendas. En ellos vive la poesía. Mientras existan montes como éstos, habrá en el mundo poesía, y donde hay poesía hay belleza, y donde hay belleza y poesía hay romanticismo, dicho sea

con perdón de esa moderna escuela que por querer ser naturalista deja de ser natural, y cuya misión parece reducida á pintar todo lo que es desapacible, desagradable y feo.

Conozco bien el Montserrat, que va unido á los mejores y más puros recuerdos de mi vida. En él he vivido, en él he trabajado; allí amé, y allí creí. Cronista de esta montaña, que conozco como la casa en que nací, en mis mocedades tomé su nombre como apellido de guerra para mis luchas literarias. No conocía el Montseny, ni puedo decir que le conozca aún, que no es conocerlo el haberlo visitado en rápida excursión y en compañía de atumultuada caravana. Para conocer las montañas, y para sentirlas sobre todo, hay que recorrerlas como yo he recorrido el Montserrat y los Pirineos, con el herrado bastón del peregrino en la mano, con la alforja al hombro, con el libro bajo el brazo, durmiendo á veces en la choza del monta-

ñés y á veces en la granja del labrador, unas en la celda del monje, otras en la quinta del potentado, y así dispuesto á sestear en duerme y vela bajo el roble secular, como pronto á seguir el arroyo murmurante que baja en atropellada carrera por entre peñascos y cruza rápido á nuestra vista, para demostrarnos tal vez lo fugaz de nuestras quimeras y de nuestros días con ellas.

Bien hubo de avenirme que la Providencia, quizás mejor la falta de salud, me trajera esta vez al pie del Montseny para contemplar la belleza de estos sitios encantadores en sus días esplendentes de sol, en sus orgiásticos instantes de tempestad, en sus melancólicas horas de crepúsculo matutino y vespertino y en sus ensoñadoras noches de luna y de celistia, que son las más sorprendentes manifestaciones de la naturaleza para los que estudian, los que meditan, los que aman y los que creen.

Yo, que creo ser de los que poseen

algo de cada una de estas cualidades, tuve aquí medios para disfrutar de estos goces, y, siquier sea al volar de la pluma, he de reunir mis recuerdos para que sirvan de guía á quienes aquí vinieren y leyeren estas líneas, esta vez escritas para descargos de conciencia, no como tantas otras para satisfacción de amor propio ó discreteo de ingenio.

IX

El río Montsolí.—Las Guillerías.—Don Juan de Serrallonga y los bandoleros catalanes.—Proyectos de engrandecer la Casa Establecimiento.—La fábrica-guillotina.—La Masía Soler.—El paseo de la mina.—El paseo de los enamorados.—La aventura de los novios.

Vivimos á orillas del Montsolí, y en plenas Guillerías.

El Montsolí es un pequeño río, ó mejor dicho un gran arroyo, y aun más propiamente una *riera*, según se llama en el país, que no debe en manera alguna confundirse con el Montsoliu que da nombre al castillo, aun cuando pudiera ser su etimología la misma.

En cuanto al nombre de *Guillerías* que lleva esta región, todos están contestes en suponer que procede de lugar ó terre-

no de *guillas*, es decir de zorras ó raposas, por haber existido muchas en lejanos tiempos; pero, si no caigo en error, también pudiera proceder de tierra buena y abundante en cosecha, que esto significa la voz *guilla* en catalán-provenzal, lo mismo que en castellano.

Las Guillerías dan nombre á una vasta región de Cataluña, montuosa comarca poblada de bosques y selvas que fueron un día impenetrables y en donde tenían refugio, guarida y seguridad las partidas de bandoleros que, unas veces con carácter semipolítico, otras por servir á intereses ó pasiones personales, muchas por sólo la codicia del pillaje, tanto dieron que hacer á los virreyes de Cataluña. Fué entre ellas una de las más célebres la de Juan de Serrallonga y el Fadrí de Sau, personajes que están vivos todavía en el país, y á quienes en años juveniles escogí para héroes de un drama que llenó su misión, dando no poco que hablar y mucho que debatir,

con provocaciones al elogio por una parte y á la crítica por otra.

Don Juan de Serrallonga volvió á poner en moda la cuestión de *Narros* y *Cadells*, ya en tiempos más antiguos muy debatida, y se me combatió y se me dirigieron severísimos cargos porque dí á estos bandos cierto color político de época. Estaba yo en lo firme sin embargo, y publiqué para demostrarlo mi obra *Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña*, que aun cuando no hubo de convencer á todos, consignó mi rectitud de conciencia y los fundamentos sólidos que tuve para sostener una idea que, si pudo ser hija de intuición al principio, no tardó en tomar todos los caracteres de un hecho probado y documentado.

Vine hoy, después de tantos años, á estas mismas Guillerías, y aquí encuentro viva no sólo la tradición de los bandoleros, sino también la conciencia de que aquellos bandoleros lo eran de bando y de partido, como se diría ahora,

confirmándose así el interesante documento que debido á las investigaciones del Sr. D. José María Martí, de Puigcerdá, insertó el *Boletín* de la Biblioteca de Villanueva y Geltrú en su número 72.

Pero, dejando esto para mejor ocasión porque *hic non est locus*, y abandonando para otros momentos los estudios históricos por lo que tienen de árido y de intrincado, como tuve que abandonar una expedición que deseaba hacer á la cueva de Serrallonga por lo rudo y áspero del camino, volvamos tranquilamente á la reseña del Establecimiento de San Hilario y de sus alrededores.

La Casa-Establecimiento está situada en el fondo de un valle, que forma estrecha hondonada, y en una meseta defendida y cercada por elevados cerros y colinas que le roban todo horizonte. Á pocos pasos tiene una reducida explanada con árboles, único paseo de que pueden disfrutar los que no se encuentran con ánimo para largas excursiones,

y entre este paseo y los vecinos montes está el barranco por el fondo del cual se desliza el Montsolí.

El sitio se encuentra triste al llegar; pero lo triste y lo sombrío acaba por cautivar y atraer.

Tiene en proyecto el propietario muchas mejoras que fácilmente y sin grandes dispendios pueden realizarse, ya que la naturaleza, pródiga en estos sitios, hizo lo principal. Á ella pertenece en estos lugares todo lo grandioso y todo lo solemne, mientras que es mezquino y raquítico, hasta ahora, lo realizado por el hombre.

Los que no sean aficionados á largas caminatas y á excursiones apartadas, pueden encontrar distracción y recreo sin alejarse mucho del establecimiento, y á los que en este caso se hallen, por encontrarme yo en el suyo, podrán servir de guía estas líneas.

Del pie mismo de la casa arranca un camino carretero que conduce á la masía

llamada de Soler, y á mitad del camino próximamente hay una fábrica de aserrar madera, con cuatro diligentes sierras á las cuales imprime movimiento un gran caudal de agua que baja del monte, y que después de servir para lo que yo me atrevería á llamar su inhumana tarea, se precipita por medio de enorme salto en brazos del Montsolí, como si, pesaroso de lo hecho, quisiera suicidarse para escapar á trances de remordiente conciencia.

El camino que á la fábrica conduce va descubriendo horizontes á cada revuelta del mismo, y sigue las orillas del Montsolí que tienen de vez en cuando lugares de peregrina belleza, conocidos ya por muchos de nuestros artistas catalanes.

Sólo una vez visité la fábrica. No quise entrar, por más que á ello me instaron. Hízome el efecto de un cadalso y de una guillotina. Yo bien sé que los propietarios necesitan hacer cortas de

árboles y que así lo reclaman también las necesidades de la vida, del comercio y de la industria, pero, lo confieso, la corta de un árbol me produce profundo dolor. Se me figura que es arrancar la vida á un sér humano, y la fábrica citada, en medio de estos montes tan exuberantes en vegetación, se me representa una guillotina á la que irán á parar y en ella á perecer esos bosques que son encanto de la vista, recreo del alma y sanidad de la comarca.

El camino de que vengo hablando conduce hasta la casa llamada de Soler, donde, según queda dicho, pusieron los carlistas un hospital de sangre. Existen en esta casa algunas arcas antiguas, un artesonado que tiene cierto carácter, dos o tres camas iguales ó parecidas á las que se hallan aun por las masías catalanas, y varios cuadros de relativa importancia, entre ellos uno que si no la tiene por su mérito, la posee por su recuerdo histórico. Repre-

senta el salón de la casa, cuando era ésta hospital. Allí se ven las camas con los infelices heridos, el capellán rezando en el centro, un altar de campaña en la testera, dos centinelas velando á la puerta. No puede darse cuadro de más plasmante realidad ni de más triste memoria.

El paseo llamado *de la mina*, por conducir á la que es llave de las aguas de que se surte el Establecimiento, arranca de las puertas de éste, y en suave pendiente, venciendo las sinuosidades del monte, penetra en el interior del mismo, descubriendo románticas bellezas á cada recodo.

Otro paseo muy agradable es el que se llama *de los enamorados.*

Siguiendo la carretera que conduce á la fábrica citada, poco antes de llegar á ella, se cruza el río con el auxilio de una *passera* que tiene de poética todo lo que de primitiva, y se entra en el sendero á que se da el nombre de *paseo de los*

enamorados. Va costeando por un lado el monte, por otro el río, sumergiéndose en una cañada de las Guillerías. Los castaños y los avellanos forman bóveda y le dan sombra á trechos.

Al final del *paseo de los enamorados*, y antes de tomar otro que con él empalma y conduce á molinos y á caseríos ya más internados en las Guillerías, se encuentra un peñasco que, al decir del vulgo, posee singular virtud. Todos cuantos se sientan en él se enamoran antes de tres meses y se casan antes de finalizar el año. Hay quien cree en ello á puño cerrado, que la credulidad acepta siempre lo absurdo y lo maravilloso, y no falta quien refiera muchos casos y sucedidos, apoyándose con nombres propios y personas vivas y reales para demostrar la verdad de la conseja. Lo más singular es que á veces se acierta, según patentiza el siguiente caso ocurrido á personas que conozco y trato.

Hace poco más de cinco años, un jo-

ven aragonés, regresando á pie de una excursión á las Guillerías acompañado de su guía, se sentó en esta piedra para descansar unos instantes, y al poco rato aparecieron dos señoras, joven y hermosa la una, que llegaban del Establecimiento por camino encontrado. El joven se levantó cortésmente, brindó asiento á las damas, y después de cruzar con ellas algunas frases de cortesía, continuó su camino para el pueblo de San Hilario, donde debía pernoctar.

Al llegar allí, gratificó pródigamente al guía, y éste, agradecido á la propina y excitado por la jovialidad y franqueza del mancebo, le dijo al despedirse:

—Viva usted muchos años, y que sea muy feliz en su nuevo estado.

—¡En mi nuevo estado! ¿Qué quiere decir esto? preguntó el joven.

—Lo digo por si se casa usted antes de un año.

—¿Estás loco? preguntó el mancebo. ¿Á qué viene esto?

—Señorito, dijo entonces el guía. Los que se sientan en la peña que hay en el *paseo de los enamorados*, se enamoran á los tres meses y se casan antes del año, y como usted se sentó en ella y después de usted hizo lo propio aquella hermosa muchacha... ¡Quién sabe! *De mes verdas se 'n maduran.*

El mozo, que no se acordaba ya de las damas ni conocía la leyenda del peñasco, soltó la carcajada y dobló la propina del guía por la gracia.

Dos meses más tarde se hallaba en Madrid y ocurriósele cierta noche ir á un teatro para ver la producción en moda. Tomó una butaca, y quiso la casualidad que se encontrara al lado de aquella joven misma con quien y con su madre se tropezó en el paseo y peña de los enamorados. Al principio no las conoció, pero no tardaron en cruzar la palabra y en renovar sus relaciones recordando su encuentro del verano.

¿Qué os dire? según tenía por costum-

bre decir el buen cronista Muntaner á cada paso.

No fué aquella la última vez que los jóvenes se vieron. Se enamoraron poéticamente como dos palomos, y se casaron prosaicamente como dos burgueses.

El joven es hoy diputado, la dama muy conocida y estimada en los salones de Madrid, y yo muy complacido de finalizar con esta su historia mi capítulo, que ofrezco enviarles como recuerdo de sincera amistad.

X

Los encantos del Montsolí.—El tocador de Venus. —Interpelación al marqués de Montsolí.—La capilla solitaria.—El cementerio carlista.—La capilla de San Miguel.—La necrópolis de las hormigas.—La leyenda del santo.—La vista desde la cumbre.—La voz que sube del valle.—Conclusión.

La orilla izquierda del Montsolí tiene sitios que pudieran llamarse idílicos. Pocos he visto que mejor se presten y más brinden al recogimiento y á la inspiración. Y no es de extrañar por lo mismo que allí me tropezara siempre con Soler y Rovirosa tomando apuntes para sus creaciones escenográficas, con Coll y Britapaja meditando quizá alguna de sus ingeniosas obras, ó con Manuel María Angelón, su libro bajo el brazo, recordándome á su querido padre, que

tendrá siempre sitial de honor en el conclave de los escritores catalanes.

La orilla izquierda del Montsolí, en los sitios á que me refiero, pertenece al que fué mi compañero en Cortes señor Pallejá, á quien con la indiscreta audacia que da *el oficio* á cuantos somos de la misma ropa, bien puedo interpelar con entera confianza para pedirle que mande arreglar y mejorar aquellos lugares, que con alguna solicitud de su ilustrado y noble dueño serían un sitio de encantamientos y delicias.

Hay allí una gruta peregrina, verdadera mansión de silfos y de hadas, semicueva como la de la Virgen de Lourdes, á la que se llama, según me dijeron, no sé si el baño ó el tocador de Venus.

En lo alto de las rocas unos sauces-desmayos velan la luz que se desliza tímida y respetuosamente para bañar el interior con claridades crepusculares; hilos de plata, que no de agua, serpentean por los estalactitados muros; her-

mosos grupos de filigránicos helechos asoman por entre las peñas; follajes de matices discolores rodean la gruta escondiendo en sus ramajes melománicas aves; un arroyuelo, al que debiera trazarse curso, esparce por el suelo sus díscolas y vagabundas aguas; y á la entrada de la gruta un árbol centenario extiende su copa rozagante y brinda á la meditación, á la poesía y á la lectura, junto á una verdadera y turbonada congerie de peñascos, á través de los cuales se abre paso el Montsolí que se precipita resonante por peligrosos saltaderos y por entre matas de blancos claveles silvestres, en torno de los cuales asoman sus áureas flores y sus purpúreos-colgantes racimos la retama y la grosella.

Pallejá merece ser llamado á la barra si antes de un año no abre caminos y facilita cómodo acceso á estos lugares en que la naturaleza lo hizo todo, y á la que basta sólo ayudar y dirigir con gusto y con arte.

Si así lo hiciere, tómeselo Dios en cuenta y prémieselo. Si no lo hiciere, demandárselo debe esa colonia errante, patria vagabunda de soñadores, de poetas y de artistas que veranean por sitios atrayentes en compaña de opulentas familias y entre nubes de ángeles de la tierra, damas y damiselas de ojos negros ó azules y de negra ó de blonda cabellera.

Siguiendo río arriba por la misma orilla izquierda, y venciendo un monte que costeando se pasa, se llega á la solitaria capilla de Montsolí, situada en la meseta de un valle. Tiene por cerca una pared, que lo es también del cementerio, el cual hay que atravesar para entrar en ella. Es una capilla como muchas que se encuentran en las soledades. No es ni moderna ni antigua, aun cuando parece reedificada sobre otra anterior, cuyo carácter se quiso conservar. En su cementerio fueron enterrados muchos carlistas que murieron en el hospital de sangre

de Casa Soler, triste recuerdo de esas nuestras guerras civiles que tan desastrosas fueron para la patria, por ellas exhausta y desangrada.

No lejos de esta capilla hay un molino típico, y detrás de él un monte, y junto á él un puente que tiene mucho carácter, y á su pie un sitio paradisíaco dominando un infierno de aguas, todo lo cual formaría un cuadro de primer orden trasladado exactamente al lienzo.

Otra de las excursiones que deben hacer los que en San Hilario se encuentran, es la de la ermita conocida en lo antiguo por San Miguel Solterra, cuando era propiedad de esta familia distinguida, y hoy por San Miguel de las hormigas *(Sant Miquel de las formigas)*.

El trayecto es algo largo, pero puede hacerse en caballería hasta llegar á un Mas, vecino de la ermita.

El día que nos tocó en suerte para ir á San Miguel en sendas cabalgaduras montados, fué hermoso y claro, de aque-

llos en que el sol, radiante con toda su belleza, según dice Giambattista Merino:

serena il cielo ed innamora il mondo.

La ermita es una verdadera ruina. Nadie habita en ella. La imagen del santo desapareció, lo propio que el altar; las paredes se desmoronan; el techo se viene abajo. Nada existe. Todo terminó empujado por la mano del hombre, algo más destructora y aleve que los mismos huracanes que á menudo barren y baten la meseta en que se asienta la ruina de San Miguel.

Singularidad de esta ermita es la de ser una verdadera necrópolis de hormigas. Mueren cuantas allí llegan. Se encuentran amontonadas y muertas á millares, de manera tal, que fija la atención y asombra. Parece ser el cementerio de todas las hormigas de la montaña, tantas y en tanto número son las que allí aparecen muertas. La ciencia no da más esplicación sino la de que debe matarlas

el frío ó el hambre. La tradición, naturalmente, lo atribuye á más peregrina y poética causa.

Parece que, antiguamente, cuando las leyendas estaban en flor, en fervor las creencias y en vitalidad los santos, las hormigas eran dueñas por completo de la ermita, en donde tenían nidos subterráneos y en ellos sus graneros y despensa. Entraban y salían como mejor les parecía, y en sus paseos constantes por la ermita, algunas veces les sucedió subirse irreverentemente al altar y desde allí á la pierna desnuda del ángel santo que en actitud pacífica tenía en reposo su serpentina espada, con la punta baja y fija en el suelo. Ocurrió un día que una hormiga, más osada y más atrevida, picó al santo en su pierna, de la cual, como si fuese de humana carne, brotó una gota de sangre, y entonces el santo, cobrando vida y blandiendo por los aires su espada reluciente, abrió sus labios y con voz tonante condenó á las hormigas

por aquel desacato á morir cuantas se hallasen en la ermita y cuantas en ella entraran por los siglos de los siglos.

Desde aquel día quedó la gota de sangre en la pierna del santo, y éste con el brazo tendido y su espada levantada en actitud amenazadora, mientras que aparecían muertas las hormigas del santuario, muriendo instantáneamente, de aquella hora en avante, cuantas en él son osadas á penetrar. Así fué como la ermita tomó el nombre de San Miguel, *el de las hormigas*, que ya no perdió jamás.

Y tal es, lector, la leyenda del santo.

La cima en que San Miguel se asienta tiene la elevación de mil doscientos metros sobre el nivel del mar, y, como situada en el corazón de las Guillerías, no parece sino que es un observatorio levantado por el Gran Espíritu de estas soledades para desde él abarcar sus dominios todos.

Se ve gran extensión de terreno y se

disfruta el vasto panorama que ante los ojos se despliega. Sólo limita el horizonte por un lado la vasta cordillera de los Pirineos desenvolviéndose en anfiteatro hasta llcgar al Montseny que destaca imponente su gran magnitud. Por el otro lado sc cierra el horizonte con el mar azul, según con tanta propiedad se ha llamado al Mediterráneo. Á lo lejos se ven cruzar los buques en todas direcciones, y junto á la costa las barcas del pescador con su característica vela latina, parecidas á errantes garcelas marinas (y no *gacelas*, según me hizo decir un día el error de un cajista abriendo campo con ello á la caricatura y á la crítica). En el fondo, como una neblina, se ven las montañas de Mallorca. Más acá, á un extremo, las islas Medas y el golfo grandioso de Rosas.

Diversos pueblos y localidades, como motas del terreno, aparecen á la vista. Gerona la esforzada, la hoy pacífica Vich tan turbulenta y recelosa en la

Edad Media, y muchos pueblos y caseríos que vistos desde la cumbre no son más grandes que nidos de pájaros. El Monseny, que aquí se impone por todas partes, se adelanta para impedir que se vea la poderosa Barcelona, *la ciudad del diablo* según es llamada en la peregrina leyenda del Tibidabo; pero, en cambio, puede verse en toda su belleza el cristiano Montserrat asemejando un monte volcado con sus raíces por los aires, que aparece en su nimbo formado por el cielo y por vecinos montes, cada uno de los cuales es una tradición y una historia.

Y todo esto en medio de una caótica confusión de objetos y de cosas, de montañas altaneras que desde lo alto asemejan montoncitos de tierra que pudiera saltar un niño, de ríos soberbios que se desarrollan como cintas, de barrancos y abismos profundos que se divisan como livianas grietas, de abruptas sinuosidades que figuran ser correctas y graciosas

ondulaciones, todo para demostrar que las grandezas de la tierra son minucia y pequeñez en el espacio.

Y todo esto envuelto en grandes masas de árboles como no conocemos en las ciudades, como sólo se encuentran en el corazón de los montes y á orillas de los ríos; nogales, avellanos, hayas, encinas, robles, castaños, fresnos, álamos y pinos en revuelto tropel y en abigarrado montón con sus colores, sus voces, sus matices, sus tintas, sus rumores y sus murmullos.

Y la voz del río sube desde el valle; y el alma se desprende del cuerpo para elevarse en rapto de amor infinito; y todo aparece hermoso, y dulce, y armónico á los ojos de la mísera criatura que lo ve desde la cumbre; y todo estalla y esplende en bellezas: los montes en congerie, los valles en color, las selvas en sombras, los aires en perfumes, los ríos en rumores, en armonías los espacios y los horizontes en luz.

Algo desconocido y superior se apodera entonces del ánimo: todos cuantos se agrupan en la meseta de la ermita pasan por la misma emoción, recibiendo por igual idénticas impresiones; y cada uno siente cómo el alma se postra de rodillas en su interior; y todos oran y rezan, sin darse cuenta de ello, el creyente en su prosa preceptiva, el poeta en su poesía suma, el filósofo con la esperanzante candidez de sus doctrinas, y con la fe en sus propias negaciones el ateo.

Las sombras envolvían el valle cuando descendimos de la cumbre, y llegamos al Establecimiento á la hora aquella en que el viento se duerme y en que la luna sube al horizonte para ir á sorprender en el seno de las tinieblas los misterios latitantes de la noche.

FIN

LA TRAGICOMEDIA

DE

FERNANDUS SERVATUS

CARTAS AL

SR. D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER

Director del *Diario de Barcelona.*

CARTA PRIMERA

Sr. D. Juan Mañé y Flaquer

Casa Blanch en Arbucias, 8 *de Junio de* 1892.

Desde los valles del Monseny, mi antiguo amigo, medio siglo te saluda. Porque, en efecto, no lo parece, pero hace más de medio siglo que nos conocimos, siendo ya mozos entrambos de pelo en barba. Á tanto alcanza nuestra amistad.

Así como un día, desde las cumbres del Montserrat, que es el monte de las tradiciones religiosas, te remití la carta-dedicatoria del libro en que aplegué los recuerdos de aquella montaña, así hoy, desde lo alto del Montseny, que es el monte de las leyendas románticas, gigante de las dos cabezas, como aquí le llaman, te envío esta otra carta por el co-

rreo de *La Vanguardia*, generoso periódico que otorga hospitalidad á mis pobres artículos durante mis solaces veraniegos.

¡Qué solos nos vamos quedando, tú y yo, en ese vasto cementerio que se llama Barcelona, y por el cual pasé hace pocos días! Barcelona es para nosotros, para ti y para mí, una gran necrópolis. No hay calle en que no se encuentren una, tres, cinco casas que forzosamente deben hacerte el efecto de nichos y panteones, según á mí me sucede.

Quiso la casualidad que el año pasado me hallase en Barcelona el día de difuntos. Todos iban á visitar los cementerios, y yo con ellos, para llevar flores á sus muertos queridos. Á mitad del camino lo pensé mejor, y me volví. ¿Á qué iba yo? ¿Qué necesidad tenía de aquel viaje para cumplir mi piadoso propósito? Regresé á Barcelona, y paséme la tarde discurriendo por sus calles.

Allí estaban mis recuerdos; allí mis

muertos queridos; allí mi verdadero cementerio con todas mis ilusiones malgastadas, con todos mis amores idos, con todas mis esperanzas muertas, con las memorias de mis años juveniles: las de mi madre de quien *recibí el primer beso*, las de mi mujer á *quien dí el último:* las de aquella calle de Basea donde estaba la redacción del periódico literario en que hicimos nuestra primera campaña: las de aquel teatrito de Montesión, fundado para escuela del arte moderno en Barcelona y desaparecido al levantarse el grandioso Liceo sobre las ruinas del que fué convento de Trinitarios y de entre los escombros regados con la sangre de dos jóvenes patricios, á quienes allí se fusiló por el crimen de ser liberales, lo que hoy es ó puede ser todo el mundo sin peligro: las de aquel otro teatro llamado entonces de Santa Cruz en que vimos representar *La fatuchiera* de Vicente Cuyás, primer ensayo de ópera española, ó uno de los primeros al menos, y

al que iba yo frecuentemente, espoleado por mi amor á los dramas románticos de Jaime Tió y de Antonio Ribot, dos poetas injustamente olvidados: las de la Riera de San Juan con el histórico edificio donde se congregaban, y conocimos, á hombres que se llamaban Jaime Balmes, Pablo Piferrer, Juan Cortada, Manuel Milá Fontanals, Roca y Cornet y Luis Cutchet, Luis, mi maestro y mi amigo del alma, á quien la muerte acaba de arrebatarme, llevándoseme con él algo de mi vida: las del ex convento del Carmen, universidad y templo de nuestros estudios, como lo era de nuestras conferencias y goces literarios la morada de Pepe Coll y Vehí, que se alzaba á su linde: las de aquella otra calle de San Pablo, que fué mi cuna, y por la que, niño aún, vi pasar, arrastrados por turbas ebrias, los cadáveres del abogado Balmas y del general Bassa: y las de tantas calles, y casas, y lugares, y moradas donde fuí feliz ó desdichado, donde

aprendí á amar ó comenzé á sufrir, y donde de tantas ilusiones gocé para gozar luego en perderlas, que esta es la vida, desandar lo andado, añorar lo perdido: la engañosa ilusión de la esperanza, la sevicia fustigante del recuerdo.

¡Ah, si yo pudiera expresar mis sentimientos! Pero los grandes dolores, como los grandes goces de la vida humana, son inenarrables. Sucede como con los ruidos y como con los silencios de la naturaleza, como con los esplendores del cielo y de la tierra. No hay música que pueda dar idea de las armonías del bosque; no hay poesía que pueda explicar lo que el hombre siente; no hay pincel que alcance á pintar el agua en su despeño ni el fuego en su ardimiento. Pincel, instrumento ó pluma, por maravillosos que sean, son inválidos.

¿Qué mundo de recuerdos, no es cierto? ¡Qué de memorias las de nuestra juventud, y las de nuestra Barcelona de entonces!

Todavía la veo aquella Barcelona, la ciudad condal ó la villa de los condes, como con frase que tuvo fortuna é hizo camino la llamé un día en los artículos que bajo el misterio de otro nombre escribía semanalmente en el *Diario de Barcelona.*

Todavía la estoy viendo, con su torneo á usanza de la Edad Media, efectuado en las huertas de San Beltrán, del que fué heraldo el conde de Cheste, hoy nuestro presidente en la Academia Española, y en el cual el marqués de Villapalma alcanzó glorias y lauros que rendir á los pies de María Llauder al proclamarla reina del amor y gentileza: con sus innúmeros conventos que, durante una noche de fiebre popular, se erizaron en llamas amagando incendiar la ciudad toda: con sus *bullangas*, ya legendarias, en que se alzaban formidables barricadas donde se combatía, y se moría, por lo que ya hoy ni se combate ni se muere, por ideales políticos: con su juventud

romántica, y llorosa, y melenuda, y todo cuanto se quiera y plazca ahora decir, pero que tenía en alma, en fe y en patriotismo todo lo que hoy tiene de otras cosas la moderna: con sus *Jamancias* valerosas que enarbolaban la negra bandera de la muerte en el Baluarte del Mediodía, situado donde hoy se levanta la estación del ferrocarril de Francia, y asaltaban la poderosa Ciudadela en una noche de luto, de consternación y de sangre: y, finalmente, porque sería no acabar nunca, con aquellas huestes de *progresistas*, y también de *moderados*, que jamás se ocuparon de cruces, ni de empleos, ni de honores, ni de puestos retribuídos, sino sólo de procurar el bien del país por el camino de los grandes ideales á que les conducían sus honradas convicciones.

Todo desapareció ya. ¡Qué trascendente mudanza en medio siglo! Costumbres, usos, sucesos, ideales, todo se alejó sin saber cómo ni cuándo, lo mismo

que, sin saber tampoco cuándo ni cómo, nos vimos á nuestra vez alejados los dos uno de otro, marchando por opuestas sendas.

Vientos contrarios empujaron nuestras naves por derroteros distintos con distinta suerte, tocándome á mí la de ir á navegar por más procelosos mares. No fué ciertamente el mérito, ni la fortuna tampoco, quien me llevó á las alturas donde se forja el rayo, y á las cuales antes que yo, y mejor que yo quizá, y sin quizá, hubieras tú llegado, si, más previsor y cauto, no te hubieses detenido sabiamente.

Alturas son de las cuales se vuelve, y á las que se torna algunas veces, como yo torné; pero á las que no he de volver jamás, si Dios me otorga la gracia de mantener mi serenidad de espíritu, premiando con esta merced los pocos méritos que haya podido alcanzar en mi trabajada vida.

Empujadas nuestras naves por vien-

tos contrarios, fuimos á parar á bien distintos campos, y, tan unidos como estuvimos en nuestras mocedades, tan apartados nos vimos luego, hasta llegar á encontrarnos frente á frente en las luchas políticas, cada uno de nosotros guiado por la rectitud de sus intenciones y la fe de su conciencia.

Aun hoy nos encontramos así, y así de seguro nos encontraremos mañana todavía; pero esto ¿verdad tú? según dice el pueblo de Madrid en una de sus más bellas locuciones familiares, no amengua ni amenguará la amistad que nos hermana y que más estrechamente aun debe recogernos dentro del unitivo espíritu de nuestras voluntades, á medida que más solos nos vamos quedando y más aislados nos vemos.

Sigamos siendo adversarios, que á ello nos obligan empeños de honor jamás torcidos, premisas de voluntad siempre logradas, y arraigadas convicciones de una conciencia sana; pero im-

porta recordar que entrambos, uno y otro, si por diversos caminos y con ideales distintos, coincidimos en algo que es de esencia, y profesamos un mismo culto, el del amor á la patria; comulgamos con un mismo sentimiento, el de la integridad nacional; y hemos influído siempre para hacer respetar la lengua y las tradiciones, los usos y costumbres, la literatura y la historia de cada una de las provincias españolas á fin de que, sin uniformidad, pero con la solidaria unidad del haz macedónica, sean una para todas y todas para una, constituyendo juntas esta nuestra sagrada España, por quien y para quien vivimos.

Pero, en fin, dejemos esto. La pluma, como la imaginación, corre á veces más de lo que debiera, y emprende rutas á que no siempre se quiere ir.

Dejemos esto, repito, y vamos al objeto que puso en mi mano la pluma para escribir al decano de la prensa catalana.

Quiero comunicarte una nueva que es

de regocijo para las letras. Se trata del hallazgo de una comedia, ó tragedia, ó mejor aún y más propiamente, tragicomedia, representada en Roma nada menos que en 16 de Agosto de 1494, al finalizar el siglo XV, con tema y asunto de un triste suceso ocurrido poco antes en nuestra Barcelona, cuando al bajar el rey Fernando *el Católico* las gradas de la escalera de su Palacio Real, recibió de mano de un desconocido la alevosa cuchillada que, sin poner en peligro su vida, puso en alarma y también en recelo de traiciones á su esposa la reina doña Isabel *la Católica*, y fué motivo de una frase célebre pronunciada, al parecer, por quien era á la sazón conceller *en cap* de Barcelona.

Pero, como esta carta se prolongó por haber permitido á la pluma empresas y vuelos de fantasía, dejaré el asunto en toda su integridad para otro día y para otra carta en que procuraré ceñirme al tema, lo cual no supe hacer en ésta.

CARTA SEGUNDA

Casa Blanch en Arbucias, 12 *de Junio de* 1892.

Cumple á mis deberes y conciencia explicarte cómo tuve noticia de la tragicomedia *Fernandus Servatus*. Jamás había oído hablar de ella.

Tú conoces á Juan Facundo Riaño, ¿verdad?

También debes conocer á su ilustre esposa. Es Emilia Gayangos, hija de don Pascual Gayangos, uno de nuestros más doctos académicos, y señora de gran entendimiento y de gran bondad, en quien compiten y luchan en alteza los esplendores del alma, las hidalguías del corazón y las más sobresalientes dotes de inteligencia.

Por lo que toca á Juan Facundo Riaño, su esposo y mi compañero de

Academia, ya sabes que pertenece al número, no sobrado, de los que tienen instrucción maciza y normal, uniendo á sus excelencias de literato las prendas del caballero y las noblezas del amigo.

Á ellos debo la noticia del *Fernandus Servatus.* Diéronmela cuando más atareado andaba yo en diligencias y rebuscas para mi historia de los Reyes Católicos.

Y más hicieron aún. Cuando Riaño averiguó que me hallaba en estas soledades, adonde vine en demanda de salud y de reposo, envióme un extracto muy cumplido de la obra, con discretísimas observaciones, noticias del autor, copia de las más interesantes escenas y traduccción concienzuda de sus pasajes más importantes. Me comunicó cuanto servirme pudiera para el fin que yo me proponía; y es tan completo el trabajo, que no sólo me da idea del libro y me permite hacerme cargo de todo, sino que me parece tenerlo abierto sobre mi pupitre, ante mis ojos.

Y como para mi Historia, de índole singular, no me es posible aprovechar todo cuanto Riaño se tomó el trabajo, y me dispensó el honor, de remitirme, creí oportuno utilizar las noticias en estas cartas que te escribo, y que, por ir á ti, van también á los amadores de las artes y las letras y á los golosos de curiosidades y lindezas; que no es ciertamente cosa tan baladí, sobre todo para la historia del teatro, la noticia de una obra dramática representada á fines del siglo XV, tomando el autor por tema el de un suceso ocurrido en sus tiempos y días antes de aquel en que tiró de la pluma para escribirlo.

Paréceme que no puede haber nada más humano, según dicen ahora; aun cuando he de confesar, haciendo pregón de mi ignorancia, que no acierto á entender el vocablo *humano*, en el sentido, al menos, que ahora pretende dársele.

El título de lo que el autor llama tragicomedia es *Fernandus Servatus*, cuya

traducción literal es: *Fernando conservado* ó *Fernando salvado*, pero ninguna de las dos versiones me place, ni tampoco á Riaño, á quien consulté.

La obra consta de 561 versos exámetros, en su totalidad, y al final dice: *Representada en Roma año del Señor* 1494, *día* 16 *de Agosto.*

Está impresa, pero carece de pie de imprenta. El texto es latino, según ya te dije: la letra gótica, con muchas abreviaturas: forma parte de un tomo en 4.º de *opúsculos* con título de *Historia bética*, y se halla en poder del citado Riaño.

El autor es Cárlos Verardo, de Cesena, y considero justo decir algo de él lo primero de todo, reuniendo cuantas noticias he podido recoger, que no son muchas ciertamente, aun cuando tengo á mi disposición para estudio y consulta la biblioteca de casa Blanch, donde sus amables dueños me procuran hidalga hospitalidad.

Las noticias que pude conseguir, per-

tenecen á la *Biblioteca Latina* de Alberto Fabricio, á la *Storia della letteratura italiana* de Tiraboschi, á la *Storia critica de' teatri* por Pedro Signorelli y á mi correspondencia con Riaño.

Fué Cárlos Verardo natural de Cesena, arcediano, cubiculario y secretario de los cuatro pontífices Paulo IV, Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI. Escribió en elegante prosa 23 diálogos ó sea, escenas ejecutadas y representadas en Roma en las fiestas de Abril de 1492. Á más del *Fernandus Servatus*, compuso otra obra dramática, en verso latino, sobre la *conquista de Granada* por los Reyes Católicos, que tambien se representó en Roma, como el *Fernandus*. Se conocen tres ediciones de sus escritos, la primera, Roma 1492, la segunda Basilea 1533 y la tercera en Francfort, 1603. Nació en 1440 y murió en 1500. Sus restos existían en un monumento sepulcral en la iglesia de San Trifón de los frailes ermitaños de San Agustín.

Y esto es todo; todo lo que pude averiguar.

Y vamos á la obra dramática.

No ofrece los datos y pormenores históricos que yo esperaba y que me aguijonearon á pedir noticias detalladas cuando me dieron la de su existencia; pero así y todo, la considero curiosa y digna de ser conocida.

Es notable por su mérito literario, por la valentía de sacar á la escena personajes vivos, por la alta idea de su concepción, por el fin levantado que se propuso, y por el talento y habilidad con que salva el autor los obstáculos que no podía menos de ofrecer la referencia del suceso.

Está dedicada al célebre Cardenal Pedro González de Mendoza, aquel á quien se llamaba el tercer rey de España, y que tanta influencia y personalidad tuvo en la época de los Reyes Católicos como guerrero y capitán en los campos de batalla y como ministro y consejero cerca

del trono, siendo uno de los más constantes protectores de Cristóbal Colón y quien primero alzó sus proyectos á conocimiento de los monarcas. Verardo tiene el valor de presentar en escena, como uno de los personajes de la obra, al mismo cardenal á quien la dedica.

Los personajes, según aparecen en la obra son: *Plutón;—Alecto ó Alecton, Megera y Tisiphone,* que son las furias, —*Rufo (Ruffus),* que es el asesino;—*el Rey, la nodriza (Nutrix), la Reina, la visión de Santiago, el Cardenal Pedro de Mendoza* y *el Coro.*

El prefacio, como vas á ver por el extracto que te envío, tiene en mi sentir verdadero interés. Se puede apreciar por él la sensación profunda que debió causar en las cortes extranjeras la noticia del atentado contra el rey don Fernando, la creencia de que pudiera ser obra de los enemigos de la fe y de la religión, el sentido moral con que el autor aprecia el suceso, la revelación de un

sobrino del autor como poeta, y el conocimiento de personajes españoles protectores de las letras.

Comienza diciendo así: «Cuando supe que el invictísimo Fernando rey de España, estando en Barcelona, sin comprender la causa, fué herido por un loco, consternado con la noticia, comencé á discurrir cómo la Providencia había permitido que ocurriese un caso tan duro y luctuoso á varón de tanta virtud y probidad.»

Las meditaciones del autor le inducen á pensar que no debía ser realmente un loco el que *se empeñó á matar con el hierro* al rey de España. Y fíjate, amigo mío, en que ya el autor llama y titula *rey deEspaña* al que entonces no se llamaba ni llamaban más que rey de Aragón y de Castilla.

Á los ojos de Carlos Verardo el asesino no aparece como loco, sino como instrumento del demonio, entendiendo por demonio el espíritu que mueve y

empuja al perverso contra el bueno, lanzándole á envidiar, empequeñecer y destruir las grandezas del hombre. «No le quedaba al demonio otro camino, sino es el de quitar de en medio á Fernando, para que su muerte disuadiera á otros príncipes de imitar en lo futuro sus grandes proezas.»

Habla luego el autor de cómo estas meditaciones le dieron idea de contribuir á la gloria regia en lo que sus fuerzas alcanzasen, componiendo así su obra y ordenándola con varios personajes que apareciesen hablando en ella, «por cuyo medio, no solamente leyéndola, sino también vista con los ojos, cuyo sentido es vivísimo en nosotros, resultase de mayor agrado y deleite.»

Refiere que, luego de compuesta, entregó la obra á su sobrino y alumno Marcelino Verardo «que cultiva maravillosamente la poesía, para que la pusiese en verso y para que la pintase y adornase con colores poéticos, respetan-

do la verdad y la dignidad del asunto».

Á continuación de esto da una noticia que estimo como muy importante.

«Encontrándose aquí, en Roma, añade, los embajadores regios Bernardino Carvajal, Obispo de Plasencia, y Juan Medina, Obispo de Astorga, que ambos reunen á su grande bondad y prudencia singular doctrina en todo género de ciencias, determiné someter á su acendrado juicio este opúsculo, una vez terminado; los cuales, habiendo elogiado el argumento y el verso, me exhortaron á dar á luz la obra en pro del honor y de la gloria del ínclito Rey, y, según costumbre en comedias ó tragedias, cuidé que la dirigiesen y enmendasen sus mismos favorecedores.»

Explica en seguida el autor cómo llamó tragicomedia á su obra, imitando lo de Plauto en su *Amphitrion*, «porque la dignidad de las personas, y aquella violación impía de la majestad del Rey, pertenecen á la tragedia; mientras que

el éxito feliz del acontecimiento corresponde á la comedia».

Y ya, después de esto, Verardo se dirige al Cardenal Mendoza y habla del aplauso con que se recibió la representación, á que asistieron el sumo Pontífice, los Cardenales, los prelados, y las personas de más nota que á la sazón se hallaban en la capital del mundo católico.

En mi próxima carta te daré idea del drama en su fondo y en su forma.

CARTA TERCERA

Casa Blanch en Arbucias, 15 *Junio de* 1892.

Y vamos ya, mi querido Juan, á la tercera y última carta.

La curiosísima obra dramática que ofrece motivo á estas líneas, no está distribuída en actos ni en escenas, ni designa el lugar de ésta.

Aparece en ella *Pluton*, y dirigiéndose á las furias, visibles ó invisibles, pero que parece deben estar con él en escena, las exhorta en contra «de aquel rey poderoso de la Hesperia que intenta someter á su imperio nuestros confines, que no satisfecho aún con derrotar á Mahoma, sometió á Boabdil á su yugo, conquistó á Granada y entró en ella victorioso. Nuestras eran, dice, el África y el Asia y gran parte de Europa. Ahora

Fernando enarbola su bandera, y vamos á perderlo todo».

Al trasladarme Riaño este parlamento reclamó mi atención, pidiendo la fijase en un verso que dice así:

Optima none michi dudu pars cesserat (orbis).

Es decir: «¿Por ventura no me venció (Fernando) hace un momento, en la más excelente (optima) parte del orbe?»

Paréceme, mi buen amigo, que en este verso has de encontrar una marcada y directa alusión al descubrimiento de América, que aun no se llamaba América.

Pluton termina su parlamento implorando el auxilio de las furias en favor del negro Báratro.

Alecto responde al llamamiento de Pluton, manifestándose dispuesta á secundar sus deseos. *Megera* dice lo mismo, aunque con menos firmeza; pero *Tisiphone* se muestra decidida á todo, sin contemplaciones de ningún género. «Es preciso que corra la sangre. Yo vengaré

al Báratro: yo haré que gima el Orbe y tiemble y se estremezca Hesperia sobre sus cimientos: yo haré que el pavimento del alcázar regio se empape con sangre de Fernando.»

Terminado este diálogo, se queda *Tisiphone* sola y aparece *Ruffo.*

—«Este es el hombre, dice *Tisiphone*, que puede servir á mi proyecto. Pertenece á la progenie de los insensatos.»

Ruffo, sin ver á la furia que le acecha, ensimismado en sus meditaciones, se lamenta de su propia inercía en no cometer crímenes, y manifestando hondo pesar y hasta casi remordimiento, dice: «Hace ya mucho tiempo que mis manos no han derramado sangre.»

—«Este es el hombre que necesito, exclama *Tisiphone;* no puedo encontrar mejor instrumento. Me supera á mí, que soy maestra.»

Y dirigiéndose á él resueltamente, le habla de esta manera:

—«¡Oh gloria omnipotente! ¡Oh espe-

ranza mía! ¡Oh mi dulce alumno! ¿Por qué dejas que tus años se gasten y consuman sin honra y sin gloria?»

Y en este sentido va continuando hasta que le propone el asesinato del rey de España, diciéndole que, en cuanto lo haya ejecutado, dominará toda la región de Hesperia.

—«Oh tú, mujer, dice *Ruffo*, madre veneranda mía, tú que llevas rayos celestes en lugar de cabellos, inspírame, enséñame, dime lo que de mí disponen los hados.»

Tisiphone entonces le habla de manera sibilítica, dejando escapar estas frases: «Te mostraré tu camino... saciarás tu saña en sangre augusta... Veo lucir una diadema que ciñe tus sienes.»

Instada por *Ruffo*, se decide *Tisiphone* á revelarle todo su pensamiento, le explica quién es Fernando; y las ventajas que obtendrá con su muerte. «La España entera, le dice, te aclamará al instante por rey.»

Ruffo acepta, ofrece matar á Fernando, dice que ceñirá á sus sienes la corona húmeda de sangre del monarca, y se va, dejando sola á *Tisiphone*, que en un largo parlamento se felicita por el éxito obtenido, alegrándose de que á ella deba su triunfo el Tártaro. Se complace también en relatar las ventajas que resultarán para el reino de Plutón con la muerte de Fernando.

Sola ya la escena aparece la *Reina*, acompañada de la *Nodriza*.

Ha tenido noticia de la herida del Rey y demuestra su dolor diciendo que hubiera preferido que la tragase la tierra, ó que un rayo la condenase á sombras perpetuas antes que nadie violase el cuerpo del monarca.

La *Nodriza* procura consolarla rogándole que suspenda las lágrimas mientras no esté segura de que sea cierta la nueva; pero á esto contesta la *Reina* que no tiene duda, porque «en los tiempos calamitosos que corremos, di-

ce, ni la majestad del Rey está segura».

La *Reina* se arrodilla, y en hermosos y sentidos versos dirige una *Oración* al Altísimo pidiéndole la salud de su esposo, y demandando también su protección á Santiago.

La influencia mitológica llegaba en aquellos tiempos hasta el punto de llamar Olimpo al cielo, pues que la *Reina* comienza su oración diciendo:

«Oh padre omnipotente, oh director excelso del Olimpo.»

Al dirigirse la *Reina* á Santiago, pidiéndole su favor, la escena se ilumina repentinamente con celestes resplandores, y aparece la *Visión de Santiago*, que se acerca á la *Reina* para consolarla diciéndole que suspenda las lágrimas, que aparte el miedo de su corazón, que el Rey está ya salvo y que ella debe alegrarse y regocijarse.

Es una larga arenga en que también el Santo habla del Olimpo.

Desaparece la *Visión*, y la *Reina* al

quedarse sola manifiesta su júbilo, quiere quemar incienso, dar gracias en el templo, etc., etc., y cuando se dispone á salir, se presenta el Rey, quien cuenta á su esposa la manera cómo fué herido, diciendo que debe su salvación al divino Santiago que apartó la cuchilla del asesino haciendo que la herida fuese leve y curase sin dolor.

La *Reina* pide que el criminal sea castigado, y pregunta si pudo averiguarse quién armó el brazo del asesino.

Contesta el Rey que el delincuente está encerrado en obscura y tenebrosa cárcel, con duras cadenas en las manos y pesados grillos en los pies. «Todo lo demás lo ignoro, prosigue diciendo el monarca, pero Mendoza, que ha sido para mí de gran consuelo en mi dolor, y al cual nada se oculta, podrá referírtelo todo.»

Entra en escena el cardenal *Pedro de Mendoza*, y después de saludar á los Reyes y felicitarse, dice:

—«Cuantas veces vuestros próceres han preguntado al asesino cuál fuese la causa de cometer su delito, otras tantas ha respondido en seguida que carecía en absoluto de razón. Carece de ella, no hay duda. Cogió la cadena con los dientes y amenazó al triste pueblo que lo miraba. Es ciertamente una monstruosa criatura. Los ojos fijos en la tierra: el terrible rostro deprimido por una palidez nefanda: inclinado al suelo: nunca la mirada recta. Su lengua es venenosa: sus dientes enmohecidos y cárdenos: todo el cuerpo aparece deforme por lo extenuado. Nunca se ríe, constantemente suspira, y su horrenda cabeza está rodeada de negros cabellos: su aspecto duro impresiona al que le mira.»

El Rey se adelanta para decir que sólo debe al socorro divino el haberse librado; y en seguida habla de empresas y grandezas para el porvenir, terminando con encargar á la *Reina* que construya un templo de mármol Pario á Santiago.

Llega en esto el momento del *Coro* que comienza diciendo:

«La virtud intrépida es más fuerte que el duro hierro. No teme los furores de hombres insanos, ni los fuegos sículos, ni la ira del rayo veloz.»

De esta manera continúa el Coro para enaltecer al Rey y á la Reina, y concluye la obra.

Después del Coro hay una *invectiva* del propio autor y en igual clase de verso, en contra de *Ruffo*. Es de suponer que la recitasen á la terminación del drama.

Se titula. *Invectiva del mismo* (Verardo) *contra Ruffo, violador de la Majestad Real.*

«¿Quién fué tan miserable, oh Ruffo, que te infundiera sus furores? ¿Quién armó tu mano con la aguda cuchilla? ¿Qué ciego espíritu te sirvió de guía? ¿Quién te aconsejó tanta monstruosidad?»

Y así va discurriendo largamente el

poeta, citando nombres históricos de tiranos y traidores para demostrar que todos fueron inferiores á *Ruffo* en sus maldades. Recuerda después los grandes hechos de Fernando, sus victorias sobre los moros, la expulsión de los judíos, y concluye con dirigir alabanzas y loores al monarca.

Esto es todo, y á esto se reduce la tragicomedia de *Fernandus Servatus*, cuya existencia, como ya te dije en mi anterior, me reveló nuestro excelente amigo Juan Facundo Riaño. Holguéme de ello, y he gozado en comunicarte la noticia y en darte una idea de la obra, que es curiosa bajo todos conceptos, y vale la pena.

Una composición dramática del siglo XV, con gran aparato representada; teniendo por asunto un suceso ocurrido poco antes; sacando á la escena personajes, vivos y parlantes todavía; con todo el carácter de una obra humana, como á vivir en aquel tiempo hubieran

dicho los críticos que viven en éste, merece fijar la atención de los que cultivan y propagan el estudio de las letras.

Es un libro, por lo demás, si no desconocido, poco menos; singularmente aquí, donde más debiera conocerse. Verdad es que está impreso; pero quizá no exista ningún ejemplar en nuestras bibliotecas públicas, y solamente lo habrá en alguna privada y particular, como sucede con la de Riaño en quien priva la exquisita aunque costosa golosina de los libros raros y curiosos.

Paréceme, pues, que no habré hecho mal del todo en llamar tu atención, y con la tuya la de otros, solicitándola para esta obra dramática que sobre todos sus atractivos lo tiene singular para mí por ser especialidad de mis estudios.

Presentóse en escena esta obra, como ahora diríamos, cuando ya había desaparecido la escuela revolucionaria de los trovadores, tan poderosa que necesitó dos grandes fuerzas, ó, mejor aun,

dos grandes violencias para su total aniquilamiento: la del hierro en el campo de batalla, la del gentilismo en las aulas monacales. El latín se impuso al provenvenzal ó lemosín, y la gentilidad imperó en las letras; pero aun así y aun con todo su clasicismo olímpico y mitológico, el *Fernandus Servatus*, representado en el alcázar de los papas (lo cual ahora no sería sin escándalo), recuerda, á fines del siglo XV, los comienzos del XIII, y guarda reminiscentes vestigios de una época, de unas costumbres y de una literatura que debieran ser más conocidas y mejor estudiadas de los críticos á quienes, es decir, á los que *por mor* del oficio ponían paño en el púlpito celebrando de censores más que de críticos, llamaban los provenzales malos razonadores, *mals razonadors*, y hombres *de crueldad sin remordimiento*, que es una de las frases más duras que pueden decirse á quien nació de madre.

Y aquí, mi excelente amigo, concluyo

estas cartas que, por escasas que sean, habrán tenido el privilegio de ofrecer á tu memoria la de estudios de otros tiempos y con ella la del compañero de tus mocedades para quien, aun siendo cada vez más impenitente liberal, siempre conservó tu alma nobilísima dulzores de amistad y recuerdos de cariño.

FIN

LA NOCHEBUENA EN CATALUÑA

CARTAS AL

SR. D. MODESTO SÁNCHEZ ORTIZ

Director de *La Vanguardia*.

CARTA PRIMERA

Sr. D. Modesto Sánchez Ortiz

Casa Santa Teresa en Villanueva y Geltrú, 23 de Mayo de 1892.

Tuvo esta casa la honra y yo la gloria de recibir hace pocos días su grata visita, y con ella las de nuestros novelistas Pereda y Narciso Oller y la de nuestro poeta Ángel Guimerá, á quienes cito de esta manera y en montón, sin ceremonia ni adjetivo, porque basta escribir sus nombres para que aparezcan gloriosamente adjetivados.

Á la caída de la tarde ¿lo recuerda usted? nos reunimos en literario y fraternal agape en el comedor filipino que, como prora de buque, avanza por el jardín su ancho y abierto terrero, á quien

rinden la ofrenda de sus fragancias y aromas el frondoso cinamomo que á su linde crece y el canastillo de discolores rosas que se extiende á sus plantas.

Agradablemente pasamos el tiempo departiendo de todo, menos de política, en lo que me parece que no hubimos de andar desacertados; y dignándose usted escuchar benévolamente mis *Recuerdos del tiempo viejo*, como diría José Zorrilla, también sin adjetivo, oyéronme referir el suceso de aquel cuadro de Flaugier, que les enseñé, representando *la casta Susana* y á que va unido el triste recuerdo del general Carlos de España: el incidente de los dos esculturados tibores de bronce, cuya peregrina historia hizo á usted pensar en la necesidad imperiosa de tratados literarios con las nacionalidades de añoradas tierras americanas; y las memorias de usanzas y costumbres de nuestra antigua Cataluña, que no debieron sin duda parecerles muy mal cuando, con porfía halagadora para

mí, me invitaron á escribir aquellos recuerdos.

Y esto voy á hacer, escudado por la inmodestia de los viejos, comenzando con esta carta dirigida á usted, mi noble amigo, que tan grandes servicios está prestando con su periódico á la causa del progreso y de las letras patrias.

Aquellos que, como á mí me ocurre, dejaron ya de acariciar esperanzas para vivir sólo de recuerdos, tienen siempre algo que contar, si contarlo saben, para deleite y enseñanza de la juventud.

En la época á que mis recuerdos se remontan, y se remontan nada menos que á la quema de los conventos y matanza de los frailes, Barcelona vivía oprimida por lo que entonces se dió en llamar su cinturón de murallas, aprisionada detrás de sus muros y contramuros formidables, sus fosos y contrafosos, sus reductos, empalizadas, torreones y puentes levadizos, lo cual le daba todo el aspecto de un grandioso castillo feudal. Y

como era ciudad que de antiguo tenía fama por el carácter bravo, entero y levantisco de sus habitantes, hidalgamente afectos á conservar las honradas tradiciones liberales de sus mayores, los poderes públicos quisieron prevenirse contra sus bravezas, levantando á un costado la Ciudadela, que ocupaba todo lo que hoy es Parque; al otro el castillo de Montjuich, á quien en un día tristemente célebre llamó Jaime Balmes *el freno del indómito caballo;* y á cada uno de los extremos de su famosa Rambla las fortalezas de Atarazanas y Canaletas, verdaderas ciudadelas erizadas de amenazantes cañones, apuntados á la ciudad las más de las veces.

Así pues, como usted ve, Barcelona era una especie de plaza de armas, mitad cuartel y mitad cárcel, lo cual no impedía que, en ciertas ocasiones, el pueblo que dormía al pie de Montjuich se desperezara soñoliento, erizándose también en cóleras y en iras algo más es-

truendosas y terribles que los mismos cañones de sus fortalezas, proviniendo de ahí casi siempre una serie sangrienta de catástrofes y de víctimas. Ser liberal entonces, amigo mío, era un poquito más difícil y más peligroso que ahora. Los liberales y demócratas de hoy ignoran todo lo que costó de sacrificios, de horrores y de sangre el traerles las gallinas.

No pueden formarse idea de lo que era Barcelona aquellos que hoy la ven extenderse y llegar hasta los vecinos montes por medio de anchas calles é inmensas y suntuosas barriadas de casas y palacios. Era campo todo lo que hoy es nueva Barcelona y ensanche.

La primera casa que en éste se edificó fué la de Gibert, jefe político ó gobernador que había sido de Barcelona y cabeza del que entonces se llamaba partido moderado. Levantóse en la que es hoy plaza de Cataluña y tenía todas las apariencias de un castillo. La segunda, si no recuerdo mal, fué la de la señora viuda

de Samá, hoy marquesa de Villanueva y Geltrú. Se edificó con previsora inteligencia en el paseo de Gracia, esquina á la que hoy es calle de las Cortes ó Gran Vía, y tiene todas las suntuosidades de un palacio. Por cierto que, al erigirse esta casa, la gente se asombraba y hacía cruces de que su dueña hubiese ido á edificarla en lugar tan desierto y solitario. Aquel sitio es hoy, sin embargo, el centro de la ciudad.

Todo lo que era entonces desierto, soledad y campo, es ahora la población opulenta y soberbia que asombra al extranjero y se impone á la Corte con la animación en sus calles, la suntuosidad en sus casas, el esplendor en sus paseos, la vida en sus tiendas, la gala en sus carruajes, el arte en sus monumentos, el lujo en sus viviendas y la fiebre en sus teatros. Desde la ciudad antigua hasta la falda del mismo *Tibi dabo*, hasta las ruinas del antiguo alcázar de *Bell Esguard*, morada un día y castillo de los

condes de Barcelona, hoy puede irse en traje de visita, cómodamente, por espaciosas y ordenadas calles que las tiendas animan, que las casas embellecen, y que el gas alumbra. En otra época el paso por estos sitios era un riesgo; y una excursión al *Tibi dabo* todo un viaje, y un viaje peligroso á veces.

¡El *Tibi dabo!* ¡Qué de recuerdos trae á mi imaginación este monte, de quien casi puede decirse que forma parte de Barcelona! Somos antiguos y viejos conocidos. Allá en mis mocedades, cuando aún no existían excursionistas, ni medios tampoco, ni casi caminos para excursiones, yo las hacía frecuentes á este monte, que recorría en todos sentidos, y de cuyas leyendas y tradiciones andaba enamorado como buen romántico que entonces era, y soy aún, y espero seguir siendo, si Dios me otorga esta gracia.

En Pedralves, punto intermedio entre el *Tibi dabo* y San Pedro Mártir, y al pie de su incoronada torre, evocaba

los recuerdos de aquel poeta del siglo XV llamado Leonardo de Sors que allí, en público pregón y á toque de clarín, ofrecía una sortija esmaltada á quien le diera noticias de su corazón, que había perdido y que de seguro andaba oculto por los interiores de alguna celda de aquel claustro. Cuando mis asuntos me lo permitían ó lo toleraban mis escapes de estudiante, iba también á visitar las ruinas de *Bell Esguard*, donde aún viven las memorias de la reina Doña Violante que allí tuvo *Cortes de amor*, y las del antipapa Luna y San Vicente Ferrer, á quienes dió hospitalidad en aquel palacio el rey D. Martín *el Humano*.

Cierta vez, durante una larga temporada, viví en el valle de Hebrón. Habitaba la casa que había sido hospedería de los frailes y que hoy es fonda, mesón ó cosa así, junto á la carretera que conduce á San Cucufate. Aun entonces existía allí contiguo, el cenobio famoso llamado de San Jerónimo, del cual ya sólo

quedan los restos, con su torre cuadrada en la que vió un día aparecer el asombrado rey D. Felipe cierta bandera con la divisa de *Mis amores son reales*, la misma que un caballero encubierto había tremolado pocos días antes en una fiesta de Barcelona y que más tarde reapareció en Madrid y en su calle Mayor sirviendo de sudario al cadáver del marqués de Villamediana, cuando traidora ballesta arrebató la vida á este amantísimo poeta.

Ocurríame en ocasiones cruzar la montaña, siguiendo la menguada trocha, que con dificultad se abría paso entre malezas de aulagas y zarzales, para ir á descansar al pie del laurel centenario, que entonces había, y no sé si aun hoy existe, en el solitario claustro de San Cucufate del Vallés; deteníame alguna tarde en la que todavía se llama *Fuente tenebrosa*, donde es fama que en noches de tormenta iba el misterioso *Monje blanco* de San Genís á evocar los

espíritus infernales, y muchas veces me sorprendieron las luces del crepúsculo vespertino en la meseta del monte en que hoy se levanta el pabellón llamado de la Reina Regente. Refiere la leyenda que á esta cima llevó el Señor un día al mismísimo demonio, de quien deseaba saber los propósitos, y al contestar el espíritu maligno que su objetivo era poseer la ciudad de Barcelona, hubo de decirle el Señor: *tibi-dabo* (te la doy ó te la daré), con lo que se dió nombre al monte, y á Barcelona el de *la ciudad del diablo*, que no es ciertamente mal apropiado nombre si en cuenta se tienen los disturbios, revoluciones y revueltas, *bullangas y rebomboris*, de que ha venido siendo teatro la capital catalana.

Pero, en fin, dejemos esto para que no me llamen soñador y romántico, y vamos ya al objeto preferente de esta carta.

Iba diciendo, mejor, iba á decir que,

así como de fisonomía, también Barcelona ha cambiado de costumbres.

Como ha muchos años que me alejé de ella para ir á mariposear en torno á la candente llama de la política, ignoro si guarda todavía alguna de las costumbres de aquellos tiempos, pero pocas serán si acaso. Ninguna quizá, al menos en la sencilla y genuina expresión que entonces tenían.

Cuando yo era joven, el día de *Nochebuena* y los cuatro que le precedían, lo eran de júbilo, de animación y de gozo para la que entonces se llamaba ciudad de los Condes. Su población entera se vestía de gala convirtiéndose en una vasta feria. Desde la Puerta Nueva á la de San Antonio, desde los portales del Mar hasta el puente levadizo del Ángel, ya hoy desaparecidos, todo era vida y bullicio, movimiento y ruido; era aquello una gran exposición y un inmenso mercado en que todo se manifestaba y se vendía todo, desde la labor más rica

y la joya de más precio hasta el más tosco cacharro y el más humilde utensilio.

La multilud elegante, el buen tono barcelonés, se dignaba embellecer con su presencia el glacis de la ciudadela, donde estaba el gran mercado de los pavos, y donde era clásica y tradicional la costumbre de trasladar, desde el día de Santo Tomás, el paseo que en las demás festividades del año pertenecía por derecho inconcuso á la Rambla ó á la muralla del mar. Las tiendas se presentaban deslumbradoras de lujo y buen gusto y rivalizaban entre sí para ofrecer y ostentar mejor á los ojos de los paseantes sus géneros y productos, las obras admirables del arte y de la industria.

En las plazas de San Jaime y del Ángel se colocaban los puestos de loza y cristalería; las estrechas y entonces tortuosas calles de la Bocaría y del Call ocultaban los vetustos muros de sus an-

tiguos y venerables edificios tras las extensas colgaduras de blondas, telas, trajes, pañuelos, cintas, adornos, todo con gusto y artísticamente entrelazado; la calle de la Platería aparecía deslumbrante de oro y de plata; en la plaza de Santa María estaban las tiendas y cajones de juguetes; todas las demás calles y plazas se presentaban también de feria y de mercado, y era de ver, por entre la gran muchedumbre que lo invadía todo, cómo cruzaba, despierta y alegre, la airosa *pagesa del plá* con sus sayas semicortas, sus provocantes chinelas, su pañoleta de anticuelas y la inseparable cesta de mimbres colgando del desnudo brazo.

Llegaba á todo esto la víspera de Navidad, y con este día terminaba la feria, que iba á morir, durante la velada, en los mercados del Born y de la Bocaría con la venta de comestibles para el día siguiente, en el que estos mercados aparecían cerrados á fin de que la fiesta pudiera ser más completa.

En la época á que alcanzan mis recuerdos quedaban aún reminiscencias de más antiguas usanzas, de aquella época en que la pascua de Navidad era anunciada por alboradas de puerta en puerta, al són de tamboriles y violines, durando esto todo el mes que precedía al día del Natalicio del Señor.

Con la Nochebuena expiraban los odios y rencillas de familia que se reunían fraternalmente al rededor de la mesa presidida por el más anciano, y á esta costumbre hace referencia una copla de cierta antigua canción popular que dice, traducida del catalán al pie de la letra:

> Y si hoy los odios germinan,
> los odios se extinguirán,
> que ya viene á hacer las paces
> la noche de Navidad.

En estos días se hacían grandes distribuciones de pan á los pobres, y éstos hallaban su sitio señalado junto al ho-

gar de la casa; cada familia amasaba su parte de pan para los indigentes, y, durante cuarenta días, cierta cantidad de carne era enviada á los hospitales por las familias más distinguidas.

Mientras que por un lado velaba la caridad, el interior de cada familia ofrecía la imagen de la más perfecta unión.

Recuerdo perfectamente una antigua familia de menestrales catalanes, en cuya casa la cena de Nochebuena era una verdadera solemnidad. La mesa, colocada en el hogar, se cubría con tres servilletas que figuraban la Santísima Trinidad, y trece panes, uno mayor que los otros, quedaban colocados al rededor de la mesa con una rama de mirto cada uno, en memoria de Jesucristo y de sus doce apóstoles. El enorme leño que alimentaba el hogar representaba también á Jesucristo, y el vino, con el cual el más anciano de la familia rociaba el leño antes de sentarse á la mesa, significaba la multitud de nues-

tras iniquidades que debían ser consumidas en el fuego de la caridad.

Durante aquella noche clásica no cesaban ni un momento en las calles la animación y el ruido de tamboriles y gaitas, y á la una de la madrugada, con extraordinaria y no siempre ciertamente respetuosa concurrencia, se cantaba la *misa del gallo*, donde empezaban los organistas á ejercer la libertad que se les toleraba hasta el día de Reyes, de tocar en el órgano, durante el oficio mayor, cuanto les venía en gana, desde la más solemne composición de música religiosa hasta la gaita gallega y el fandango.

Pero donde la Nochebuena tenía un carácter especial, singular y característico, es en las comarcas de Urgel. Esta narración nos dará materia y asunto para otra carta, si es que á los lectores y á usted no ha parecido ésta molesta y enojosa.

CARTA SEGUNDA

Casa Blanch en Arbucias, 30 *de Mayo de* 1892.

Entre los piadosos recuerdos que las épocas pasadas nos legaron, hay algunos cuya práctica ha sido religiosa y escrupulosamente conservada. Así es como el aniversario de la Natividad de Jesús ha atravesado los siglos, embellecido con su aureola de poéticas y cristianas leyendas.

En aquellos pueblos,—y por fortuna es uno de ellos Cataluña—en que su fe vive todavía sagrada y pura, el solo recuerdo de esta festividad alegra el corazón, y todo cuanto á ella se refiere es motivo de júbilo y de dicha. Muchas son las familias que en semejante día se reunen y congregan junto á la mesa paterna. El anciano padre, al bendecir la mesa, bendice también á todos sus hijos,

á todos los miembros de la familia junto á ella congregados.

Al acercarse el día de Navidad, el anciano se rejuvenece, se acuerda de sus primeros años, y sonríe al niño, que contesta con amor á sus caricias.

Y esto sucede, no sólo en un pequeño é ignorado rincón de la tierra, sino en todas partes donde el cristiano ha plantado la cruz del Salvador del mundo. Desde el pueblo más civilizado hasta el más bárbaro se repiten los mismos cantos, los mismos rezos que con tanta majestad resuenan este día bajo las bóvedas de nuestras basílicas, y que con tanta sencillez se oyen en la humilde gruta donde el misionero, rodeado de los salvajes que ha catequizado, ofrece á Dios el santo sacrificio.

El día de Navidad se celebra en diversas comarcas conforme á tradicionales usos, pero acaso en ninguna con sello tan característico ni con sabor tan religioso y local como en la comarca de

Lérida y en sus llanuras de Urgel. En estas ceremonias tienen las mujeres una parte muy principal, y ellas son el alma de la fiesta.

Conviene decir, ante todo, para quienes lo ignoren, que el Urgel es en Cataluña la comarca de la fe, de la caballería, de la tradición y de la poesía. En su fortaleza de la Seo es donde comenzaron su heroica y homérica lucha los independientes que, palmo á palmo y pico á pico de sierra, iban reconquistando á los árabes el territorio catalán. Allí, en la Seo de Urgel, resguardados por la aspereza de los montes y natural fortaleza del sitio y castillos que se edificaron, fué donde los nueve *Varones de la fama*, tan renombrados en las crónicas catalanas, comenzaron la guerra de la reconquista: allí es donde dejaban á sus mujeres é hijas cuando partían para los azares y peligros de una gloriosa lucha; allí también echó los cimientos de su raza y de su casa aquella batalladora

prole de los condes de Urgel, que tantas páginas de gloria debía ocupar en nuestros anales y que tan alto había de remontar su vuelo, para después ir á terminar desastrosamente, con su último heredero don Jaime *el desafortunado*, en los insanos calabozos del castillo de Játiva.

La leyenda caballeresca, la canción popular, la crónica tradicional, embellecen todos los recuerdos de la leridana comarca de Urgel. El día de Navidad, que aun hoy se celebra de la manera que he de contar luego, recuerda una singular costumbre que los antiguos caballeros tenían en gran honor, y que los condes de Urgel introdujeron en Cataluña, tomándola de Provenza, cuyos gloriosos anales relatan á cada paso valiosas hazañas de aquella ilustre familia catalana, tan popular á orillas del Duranza como en las riberas del Segre.

La costumbre de Navidad á que me refiero es la llamada *Ceremonia del pavo.*

El pavo, lo mismo entonces que ahora, figuraba como parte principal en los banquetes de Navidad, sólo que daba lugar á una especie de ceremonia que hoy se encontraría perfectamente ridícula, y que entonces era grande y solemne por la fe de aquellos buenos y piadosos caballeros. El pavo, considerado en la Edad Media como un ave noble y como un manjar exquisito y delicado, era servido el día de Navidad en la mesa de los altos barones con un refinamiento de lujo y de ceremonias que atestiguaban el precio y la estima en que era tenido. No sólo aparecía en la mesa vestido de flores y lanzando por el pico una brillante llama, sino que el cuidado de servirle estaba reservado en semejante día á la señora del castillo.

Entraba ésta en el comedor precedida de dos pajes que la anunciaban, y seguida de escuderos con antorchas. Todos los convidados se ponían de pie, y la dama iba á depositar el pavo que lleva-

ba en una bandeja de plata ó de oro, ante el señor del castillo, ó bien ante algún huésped ilustre que se hallase en el banquete.

El huésped, honrado con esta elección, debía cortar el pavo con bastante destreza para que todos los presentes pudiesen recibir su parte. Esta operación se llevaba siempre á cabo en medio de aplausos y plácemes dirigidos al caballero que trinchaba, y relativos á sus pasadas proezas, á los hechos de armas que le dieron nombradía.

El caballero, en cuanto ya tenía trinchado el pavo, se levantaba, extendía solemnemente la mano sobre el plato, y prestaba el juramento de merecer mayores plácemes aún, ya fuese conquistando la palma en algún torneo próximo, ya ofreciéndose á plantar el estandarte de su rey sobre los torreones de una villa que se proponía asaltar, ya asegurando que en la primera refriega había de ser quien diera el primer bote de lanza, ya

comprometiéndose á sostener como la más perfecta, contra cualquiera que lo contrario mantuviese, la belleza sin rival de tal ó cual dama, etc.

—*Juro á Dios, Nuestro señor, á la Virgen Santa, á las damas aquí presentes y al pavo*, hacer tal ó cual cosa.

En seguida, cada uno, al recibir su porción, prestaba también *el juramento del pavo*, como se le llamaba, juramento que, dejándose de cumplir, arrojaba una mancha sobre el escudo del caballero que lo prestara. La dama del castillo tomaba nota de estos votos, quedando juez y árbitra de exigir su cumplimiento ó acusar al caballero que faltase á lo comprometido, para lo cual cada uno de los juramentados recibía una prenda de la dama, que ésta le reclamaba en la Nochebuena del año siguiente, reprochándole su conducta si no había realizado su promesa.

En la Nochebuena de 1065 tenía lugar una de las ceremonias que acabo de

describir en la gran sala de armas del castillo de Piltzan, morada de los condes de Urgel. Al llegar la Pascua de aquel año hacía ya dos meses que en los torreones del castillo flotaba una bandera negra en señal de luto, por el reciente fallecimiento de su dueño. En él moraban dos desconsoladas damas, una de ellas Constanza, por otro nombre Velasquita, madre del difunto conde Armengol de Urgel el VI, y la otra Adaleta, su reciente viuda.

Armengol VI había muerto al pie de los muros de Barbastro, en el momento mismo en que sus soldados vencedores tremolaban el pendón de la casa de Urgel en las torres de la ciudad sojuzgada. El emir de Zaragoza, que con los suyos había acudido en auxilio de los moros sitiados, tuvo tiempo, al retirarse, de hacer cortar la cabeza al cadáver de Armengol VI, cuya cabeza se llevó, haciéndola embalsamar y guardar en una caja de oro, para de entonces más ostentarla

como trofeo de victoria. En recuerdo de este hecho de armas y de esta desastrada muerte, la posteridad dió al conde de Urgel el renombre de Armengol *el de Barbastro*.

Á los dos meses de su muerte llegó el día de Navidad, y las dos damas del castillo quisieron, sin embargo, que se celebrase la fiesta del natalicio del Señor como de costumbre, sin prescindir de la ceremonia y juramento del pavo. Invitados fueron los barones catalanes aliados de la casa de Urgel, y dispúsolo todo bajo sus órdenes la condesa madre, Velasquita, de quien dice el cronista de la casa, Diego Monfar, «que era una de las damas *más bravas* y *varonas que fueron en su tiempo*».

Llegado el día de su festividad y el acto de la ceremonia, penetraron en el salón las dos condesas viudas, Velasquita y Adaleta, arrastrando luengas vestiduras de luto y llevando entre las dos el pavo, que fueron á depositar ante

el joven conde Armengol VII, niño de catorce años apenas, nieto de la primera de aquellas damas é hijo de la segunda y de Armengol *el de Barbastro.* Los caballeros asistentes al convite esperaban aquel momento y estaban preparados, pues creían que ante uno de ellos sería depositado el pavo para comprometerles á jurar que vengarían la reciente y triste muerte del conde de Urgel; pero no creían que esto pudiese exigirse á un niño de tan corta edad como el que se hallaba presente.

Esto fué, sin embargo, lo que hicieron aquellas dos nobles y esforzadas matronas. La abuela y la madre presentaron el pavo al joven adolescente, sin tener en cuenta su edad sino su cuna, y el niño Armengol extendió la diestra é hizo el voto de vengar al que debía el ser, no dando paz ni tregua á su brazo hasta que, en recuerdo de haber cortado un moro la cabeza á su padre, hubiese él empedrado con cráneos de moros el es-

tablo reservado en Piltzan para cuadra de caballos. Cuéntase que las dos matronas dieron entonces al joven una prenda, como era uso, y le conminaron con exigirle el cumplimiento de su voto el año venidero, declarándole mal caballero y felón si no lo llevaba á debido término. Así la tradición como la crónica cuentan que el niño cumplió, y que, pocos años después, la cuadra de Piltzan aparecía en un buen espacio pavimentada con cráneos y huesos de sarracenos.

Las costumbres de aquellos tiempos caballerescos, aunque modificadas y destruídas en gran parte, se conservan todavía en nuestra época. En Cataluña, donde los recuerdos religiosos vienen cada día á avivar la fe en los corazones, la fiesta de Navidad es una solemnidad popular. Aun cuando se esté lejos del techo paterno, se desafían los rigores de la estación y los percances de un largo camino para ir cada uno á buscar su plaza en el hogar doméstico, donde no

debe faltar ningún miembro de la familia: el noble, el menestral, el artista, el labrador, todos se retiran á su casa ó á su choza. Antiguamente, no hace muchos años aún, en todas partes, lo mismo en el fastuoso palacio del potentado que en la modesta morada del jornalero, se ofrecía á todas las miradas el humilde establo donde nació el niño Jesús: las lámparas brillaban ante las piadosas imágenes, y los niños danzaban ante el *pesebre*, cantando religiosos villancicos ó canciones populares relativas á la fiesta.

El Urgel ha sido siempre, y debe ser todavía, si no han variado por completo las costumbres de aquellos habitantes, una de las comarcas en que con más colorido popular se celebran la tradicional fiesta de Navidad y la Nochebuena. En todas las casas vive la alegría, un enorme leño arde en el hogar, y la velada se prolonga hasta media noche, hora á la que se celebra la piadosa ceremonia. Las campanas llaman á los fieles con triple

sonido; todos salen de su casa, con una velita ó un cirio de diversos colores, y se dirigen hacia el templo á través de las calles populosas, donde danzan las luces de los que van y de los que vienen, como una fiesta de fuegos fatuos.

Concluída la misa de media noche, todo el mundo se vuelve á su casa cantando villancicos, para tomar parte en la abundante cena que hallan dispuesta junto al hogar de sus abuelos, y repitiendo ó practicando aquel refrán, popular en toda Cataluña, *Per Nadal, cada ovella á son corral.* (Por Navidad cada oveja en su corral).

La costumbre exije desde remotos tiempos que en víspera del gran día, es decir, que en Nochebuena, el banquete nocturno vea expirar las disensiones de familia; y se considera como hombre prudente y generoso al que en esta noche corre el primero á abrazar á su enemigo é imprime en su frente el ósculo de paz y bienandanza.

La mujer de Urgel tiene reservado un papel importante para estos momentos solemnes, guardando la tradición del pavo de los tiempos caballerescos, aunque con distinta ceremonia. En el banquete de Nochebuena es ella la que anuncia la buena nueva, ella la que, al contrario de sus antecesoras las damas del castillo de Piltzan, que se presentaban á pedir juramentos de guerra y de venganza, aparece para pedir la terminación de los odios, la reconciliación de los enemigos, el abrazo de los hermanos. La mujer de Urgel, en el banquete de Nochebuena, es el mensajero de la caridad y de la concordia.

En el momento mismo en que la familia va á sentarse á la mesa, se presenta el ama de la casa, y dirigiéndose al esposo, al padre, al hijo, ó al hermano, según quien sea la persona cuyo perdón se trata de implorar, le anuncia que hay un huésped que demanda asistir al banquete de familia, y le ruega que le reciba

en memoria del Salvador del mundo, nacido aquella noche. La mujer va en seguida á buscar al individuo de la familia enemistado con su padre ó hermano, y llevándole de la mano entra en la sala del festín, teniendo lugar entonces una de aquellas escenas íntimas de familia que se sienten, pero que no se explican.

En estos días solemnes, la mujer es también la encargada de colocar, al amanecer del día de Navidad, montoncitos de trigo y migajas de pan y de verduras en las azoteas de la casa, para que los pájaros puedan tomar parte en la alegría general, participando de la fiesta. Es ella asimismo la que aquel día por su propia mano, distribuye el pan ó la limosna á los pobres.

Siempre, y en todo el año, y en todas partes, es la mujer el encanto y el alma de la familia; pero en estos días, en estas fiestas populares se convierte en el ángel cristiano del amor y de la paz.

CARTA TERCERA

Y vamos ya, amigo mío, á mi tercera y última carta.

Hablé en la anterior de los villancicos y canciones de Navidad, y sin decir algo más acerca de este punto no debe terminarse este ligero bosquejo de costumbres catalanas.

Cansó de Nadal, canción de Navidad, es como llaman los catalanes á lo que en Castilla es *Villancico*, en Francia *Noël*, y *Nouvé* en Provenza.

La literatura popular catalana, que es tan rica y espléndida en canciones amorosas, patrióticas, romancescas, históricas y de costumbres, no lo es tanto en canciones religiosas y menos todavía, dentro de estas últimas, en canciones de Navidad. Los provenzales, por lo con-

trario tienen en este género una verdadera y admirable profusión.

Sin hablar de los *Nouvés* tradicionales, de aquellos que pertenecen á la poesía popular y á ese gran poeta anónimo y desconocido que se llama pueblo, con solamente los de Nicolás Saboly se forma un grueso volumen, otro con los de nuestro ilustre contemporáneo José Roumanille, que ha poco bajó al sepulcro, y muchos si se reuniera en colección los de los modernos felibres Mistral, Aubanel, Roumieux, Taban, Bonaparte-Wyse, Bourelly, Boudin, Brunet, Adolfo Dumas, Crousillat, Canonge, etc.

El villancico es en Provenza una de las más frondosas ramas de la poesía provenzal, es todo un género de esta literatura, y en este género todo un tesoro.

Allí todo el mundo conoce, y todo el mundo canta, sin que sean nunca olvidados en las cenas fraternales de Nochebuena, los villancicos verdaderamente

admirables de Saboly, poeta del siglo XVII, de tanta reputación y popularidad que ha merecido estatuas á su patria, y al pueblo provenzal ese recuerdo en una de las más populares canciones:

Jamai mourrá,
toujour sará
Saboly, Saboly!
Dins dous censt an,
lei gent voudran
Saboly, Saboly!

«Nunca morirá, siempre vivirá Saboly. Dentro dos siglos aún gritarán las gentes: Saboly! Saboly!»

Nada más dulce ni grato que oir cantar á orillas del Ródano por grandes masas de aldeanos y obreros, como tuve ocasión de oirlo alguna vez, esos tiernos villancicos modernos de José Roumanille, tan llenos de unción religiosa y característica sencillez, como notables por su arte, su ingenio y su maestría.

Nada que más tiernamente pueda impresionar el ánimo como esas grandes veladas literarias de Nochebuena en Provenza, donde no se oye más que cantar ó declamar después de los villancicos de Saboly y de Roumanille, los de otros poetas eminentes como el *Magnificat* y *La Anunciación*, de Federico Mistral, *la Buena nueva*, de Crousillat, *Las dos pastoras*, de Anselmo Mathieu, *Los Inocentes*, de Teodoro Aubanel, y *Los trovadores en Belén*, del príncipe-poeta Guillermo Bonaparte-Wyse.

Al contrario de lo que sucede en Provenza, el género de los villancicos, realmente inagotable para la inspiración y la poesía, ha sido descuidado en la antigua y moderna Cataluña. La *cansó de Nadal* en Cataluña no tiene el genio, la elevación, la prócera y escultural magnificencia que posee, en sus otros géneros, así su brillante poesía tradicional como su inspirada poesía moderna.

No es que sus canciones antiguas de

esta clase, sus villancicos de Nochebuena, estén desprovistos de genio y de poesía en su fondo y en su forma, en ésta sobre todo; pero abundan tanto los anacronismos, la familiaridad excesiva, las ideas vulgares, los rasgos cómicos y á veces libres en demasía, que destruyen por completo el efecto de estas obras aun cuando se recomienden, como es así, por sus imágenes pastoriles, por su carácter alegre y por la bellísima melodía de su canto.

Basta, para convencerse de esto, dar una rápida lectura á las poesías catalanas de este género que insertan los señores Milá y Briz en sus colecciones de cantos populares.

Sin embargo, no hay regla general que no tenga excepción.

Seduce, por ejemplo, gracias á su colorido, llaneza y sencillez, el villancico de *Los tres reyes*, que mejor se podía titular *La estrella*, publicado en las *Cançons de la terra*, de D. Francisco Briz.

La llum de la estrella
ja de lluny se veu:
ni 'ls núvols la tapan
ni 'l sol la escureix.
Pastors y sagalas
vehins de Bethlem,
veniu, correu.
Pastors y sagalas,
mireu quina estrella
que brilla en lo cel.

Otra composición notable en este género es aquella en que José, dudando de María, se despide de ella para siempre y emprende su camino. La Virgen, confusa y ruborosa, sigue á su esposo, pero sintiéndose fatigada y falta de alimento, se detiene para pedirle á José que le dé una fruta de un manzano vecino. José se niega. El árbol entonces inclina su tronco y rama y deposita la deseada manzana en manos de María. Ante este milagro, José cae de rodillas y cree.

La Verge, vergonyoseta
va derrera 'l seu espós.

En sent á mitja costeta:
—Joseph: cansada estich jo.
—Senteuvos aquí, María,
sota d' aquest pomeró.
—Joseph, havéume una poma.
—María, havéuvosla vos.—
Las branquetas s' abaixavan
per virtut del Salvador.
Ja se li agenolla als peus
y li demana perdó.
—Ara si que veig, María
que porteu al Redemptor.

Otra hay de que debe hacerse muy especial mención, pues si está pobre y hasta deplorablemente escrita, obedece en cambio á una idea original y bella. El poeta hace hablar á todas las aves, desde el águila imperial hasta el humilde jilguero para celebrar el nacimiento de Jesús y cantar las glorias de María.

Aceptando la forma métrica de esta poesía para poder conservar el canto, y tomando pie de su idea creadora escribí yo la siguiente:

CANSÓ DE NADAL

Cantava lo pardal:
—«Avuy, nit de Nadal,
ne naixerá una estrella,
y ja may mes hi haurá
ni 'l mon may ne veurá
un altra de pus bella.»
Cantava 'l rossinyol:
—«No estrella, sino sol
de llum enlluernadora:
pels hómens y ciutats,
pels segles, pels Estats,
llum esdevenidora.»
Y l' oreneta diu:
—«Ne passaré jo 'l riu,
també la mar salada,
pels pobles aniré,
la nova 'ls portaré
al rómpre de l' albada.»
Y l' ona rodolant
ne diu, tot mormollant,
cuant son camí termina:
—«Escoltau be tothom:
lo Verbo s' ha fet hom,
la llibertat doctrina.»
Y l' ángel diu:—«¡Oh estel,
que enjoyas tot lo cel,
¡oh fill sant de María!
¿los homens, en la creu

veurán al fill de Deu
morir en la agonía?
Y diu la rosa:—«¡Oh sol,
por tu portaré dol
mentres ne dur' ma vida!
No vull mes color blanch,
que de color de sanch
per tu aniré vestida.»
Y onadas y aucellets,
floretas y angelets,
ensemps ne diuhen ara:
—«¡Oh pobres, rassas, reys,
¿teniu en vostras lleys
pena de mort encara?

Paréceme que esta composición puede traducirse así:

«Cantaba el gorrión:—Hoy, noche de Navidad, nacerá una estrella, y nunca más habrá ni nunca más ha de ver el mundo otra más bella.

Cantaba el ruiseñor:—No es estrella, sino sol de luz deslumbradora: para hombres y para villas, para siglos y naciones luz de porvenir.

Y la golondrina dice:—Yo pasaré el río, también la mar salada, recorreré los

pueblos y les llevaré la buena nueva con las primeras luces del alba.

Y la rodante ola dice murmurando al terminar su camino:—oid bien todos: el verbo se hizo hombre, y la libertad doctrina.

Y el ángel dice:—oh estrella que engalanas el cielo todo, oh hijo santo de María, ¿será posible que los hombres vean al hijo de Dios agonizar en la cruz?

Y dice la rosa:—Oh sol, por ti llevaré luto mientras viva. No quiero más color blanco, quiero ir vestida de color de sangre.

Y olas y pájaros, flores y ángeles, exclaman todos en coro:—oh pueblos, razas, reyes, ¿aún tenéis pena de muerte en vuestras leyes?»

Y al llegar aquí tendría yo ocasión propicia para decir algo que me importa y debo decir sobre la literatura catalana, pero esto será materia para otra carta el día que escribirla pueda.

Cierro con esta las que me permití dirigirle, comenzadas á orillas del mar y terminadas aquí, en este valle del Montseny, bajo los robles y encinas de la montaña.

Dios le guarde y conceda muchos años de salud y vida para su bien y para prosperidad de La Vanguardia.

FIN

LA TIERRA CATALANA

DISCURSO

PARA LOS JUEGOS FLORALES DE REUS

Este Discurso se había de pronunciar ó leer en los *Juegos Florales* ó certamen convocado para celebrar en la ciudad de Reus la inauguración de la estatua del general Prim; y se inserta aquí porque fué escrito este verano *Al pie de la encina*, como todo lo demás de este libro, durante la permanencia del autor en Casa Blanch, y porque se refiiere á cosas de Cataluña á que se ha consagrado especialmente este libro.

Madrid 20 de Octubre de 1892.

SEÑORES:

Debido á mis canas, que no ciertamente á mis méritos, vine á ocupar esta honrosa sede y á presidir este noble jurado, compuesto de ilustres y dignos compañeros. Sólo esta circunstancia pudo ofrecerme la ocasión y la honra de dirigir hoy mi palabra á la selecta sociedad que llena este local y que viene á favorecernos con su asistencia, á premiar con sus aplausos la victoria de los que sobresalen en estas lides del talento y del ingenio, y á conmemorar este día, que será para siempre célebre en lo venidero y en los anales de Reus, por ser aquel en que esta ciudad insigne levanta un monumento al caudillo de nuestras libertades, al general Prim, á quien pudiera llamarse *el Africano* como al caudillo de Roma, destinado por la gran-

deza de sus hechos á vivir en la historia, que es la patria de los muertos ilustres, y en la leyenda, que es la epopeya de los hombres extraordinarios.

Cada vez que, abandonando el vórtice de la corte y la fiebre de la política, vengo á respirar los aires de mi tierra natal, se ensancha mi corazón, mis pulmones se dilatan y la mente se encumbra con esos ambientes oxigenados de libertad y ante esos espacios refulgentes de nuestra esplenderosa Cataluña, noble y sagrada tierra española en que Dios me concedió la gloria de nacer y donde espero que me otorgue el consuelo de morir.

Aquí, ya otra vez lo dije en ocasión solemne y ante literario concurso congregado á orillas del Lérez; aquí, en esta nuestra Cataluña, es donde existen aquellos hombres de honor y aquellas tierras de libertad que de seguro conservarán siempre la respetabilidad de su conciencia los unos y las otras la integridad de

su gloria, mientras permanezcan en pie un solo resto y sólo un vestigio de aquellos antiguos monumentos cuyo destino es el de hablar con la fonográfica voz del pasado á las presentes y futuras generaciones.

Todavía aquí, Adelantado de las tierras catalanas y frontero al Pirineo, alza su ennegrecida frente el castillo de Monzón, vigilando la villa que por espacio de siglos fué cátedra, y tambien catedral, de usanzas y libertades parlamentarias; desde cuyos muros se descolgaban un día, favorecidos por la noche y la fortuna, dos ilustres y gallardos mancebos, uno, el conde Berenguer, para ir á Provenza que le debió su libertad y su grandeza, otro, D. Jaime, llamado más tarde *el Conquistador*, para ir á sentarse en el trono de la Corona de Aragón, que con él y por él dió comienzo á la epopeya pasmosa de sus empresas y conquistas.

Aquí florecen, ricas en luz y en vida, doradas por el sol y favorecidas con el

beso de las *marinadas* del Mediterráneo, las históricas comarcas que, obedeciendo á leyes de raza y de lengua, se extienden desde los Pirineos, donde es eterna la nieve, hasta los jardines de Valencia, constantemente embalsamados por el azahar, y hasta los africanos palmares de Elche y de Murcia. Aquí discurren por entre campos de flores y misteriosas umbrías, ya regando amorosamente valles amenos encerrados entre montes célebres, ya despeñándose en sonantes cascadas, ríos caudalosos de nombre latino, alguno de los cuales, como el Segre, tiene el triste privilegio de nacer en tierras donde aun existen las casas solariegas y las tumbas de nuestros padres, tierras que, gracias á convenios poco meditados, son hoy extranjeras para los hijos de aquellos que con su esfuerzo las conquistaron y con su valor y sangre las mantuvieron. Aquí, finalmente, se levantan villas y ciudades, cada una con la historia de un reino, grandes por sus

fastos consulares, por su gestas heroicas, por sus libertades municipales, por sus varones de raza independiente y sus Concejos de rectitud inflexible y de romanas virtudes.

Aquí Lérida, sede de la primera Universidad del reino, la que después de haber dado sus hijos para arrancar á Valencia de manos de los árabes, dió sus hijas para repoblarla y hacerla cristiana. Aquí Manresa, la Covadonga catalana, cuna de los *homens de paradje*, que son los hidalgos de Castilla. Aquí el historial Montserrat, con sus almenadas crestas y sus peñas caprichosas, algunas de las cuales, por singular acaso, tienen la misma forma que la *barretina* catalana. Aquí Gerona, en cuyas murallas, hoy convertidas en monumento nacional, se distinguen aún las manchas de sangre con que los catalanes sellaron su amor á la unidad de España. Aquí Barcelona, á quien un príncipe de la sangre, llamado Pedro *el Épico*, apellidaba «señora de

la mar y de los reyes», y un príncipe de las letras, á quien es inútil nombrar porque la creación de su *Ingenioso Hidalgo* hizo inmortal en todas las naciones y en todas las lenguas, llamaba «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia de las finas amistades». Aquí tambien, dejando á un lado á Sabadell, y Tarrasa, y Villanueva, y Mataró, que dan á la industria moderna ejércitos de obreros, la latina Vich, que, acaso por ser la más latina de las ciudades, fué en la historia la más turbulenta de las villas, llegando hasta dar nombre un día al partido defensor de las libertades patrias. Aquí, siguiendo la costa, después del riscoso Garraf, en cuyas entrañas nace el mármol, y más acá de la blanca Sitges, cuyas vides dan mieles en lugar de vinos, la monumental Tarragona, la de murallas megalíticas, la que dió su nombre á la mitad de Es-

paña, y que sólo en objetos romanos extraídos de su propio seno, tiene un museo tan superior como pueda tenerlo un reino con objetos recogidos en todo el universo latino. Y aquí, por fin y por último, la memorable Reus, la que es timbre de honor y de gloria en nuestros Anales, aquella que mereció ser llamada un día *la imperial* por su amor á la causa del archiduque de Austria, representante de las libertades catalanas, y otro día *la esforzada* por su valor y firmeza en defender la libertad de España: la que tanto brilló en las artes industriales, llegando sólo con ello á conquistar un nombre: la que es cuna de Próspero Bofarull, el vindicador de nuestros condes-reyes; de Pedro Mata, el poeta, el sabio y el filósofo; de Mariano Fortuny, el pintor orientalista; de Juan Prim, el caudillo legendario: la que vive en medio de un campo de flores, contigua á Salou de donde partió la flota de D. Jaime para la conquista de Mallorca; próxi-

ma á Montblanch, que fué sede de parlamentos catalanes; inmediata á las ruinas del castillo en que vió la primer luz Bernardo Calbó, el guerrero y el santo; frontera á las sierras de Prades, que fueron el postrer baluarte de los árabes; rival de Tarragona, que quiso ser en España la primada; teniendo en su comarca esos dos monumentales palacios del arte, de la leyenda y de la historia, que se llaman Poblet y Santas Creus, erigidos para tumba de héroes y de reyes; y reposando, tranquila y soñolienta, en el seno y á las plantas de su maravillosa virgen de la Misericordia, en torno de cuyo cenobio cantan día y noche los ruiseñores, y á cuyos umbrales llegan, también para elevar sus cantos, trovadores y poetas venidos de todos los ámbitos del reino.

Estas son las comarcas que, con Valencia, harén de seductoras mujeres, y con Mallorca, canastillo de flores que surge de entre las olas del mar, envían

cada año, con las primeras sonrisas de la primavera, sus gentiles y gallardos trovadores á esos Juegos florales de Barcelona que con sus tres ramas y su trilogiada divisa de *Patria*, *Fides*, *Amor*, parecen responder á un sentimiento común, producto de maravillosa conjunción y providencial sincretismo, pues que unen y agrupan los tres antiguos reinos con las tres palabras de su simbólico mote: la *Patria*, representada por la ingente Cataluña; la *Fe*, por Mallorca la cristiana, y el *Amor*, por la sensual y amantísima Valencia.

Hoy viene la ciudad de Reus á dar nuevos esplendores á estas comarcas y á las lides del saber y del ingenio con este certamen, al que se presentan fraternalmente unidas, como es y así debe ser, las lenguas castellana y catalana: el castellano, que es la lengua de la unidad y de la patria común, la única en que se lee como se escribe y se escribe como se habla; la lengua de la prosa escultural,

con su majestad, su pompa, su orientalismo, su magnificencia y su belleza, que la proclaman sin rival en el mundo: y la catalana, que es la lengua de nuestro hogar, la de nuestra familia, la de nuestros padres; que tiene su historia, su literatura y sus clásicos; que es de abolengo tan español y tan castizo como pueda ser el de la castellana; que, singularmente para el verso, tiene condiciones superiores á las que poseen, con ser muchas, sus hermanas la de Castilla y la del Lacio, y que ha sido apellidada por Víctor Hugo, «vivo y luminoso idioma» pero que, aun antes que Víctor Hugo, había ya llamado Cervantes «graciosa lengua con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable».

Deparóme Dios el placer de asistir á este certamen. Del fondo de mi corazón, señores, os doy gracias por haber honrado mis canas eligiéndome presidente de esta fiesta, á que con alma y vida asis-

to. Dios bendiga á los nobles hijos de mi país, que con tan singular constancia ofrecen un regocijo más á las letras españolas. Dios bendiga á los que aquí vienen á oir la lectura de las obras premiadas, para aplaudir y animar á sus autores, invitándoles así á seguir en sus levantados empeños. Á todos rindo el modesto tributo de mi admiración y de mi cariño, y cuando Dios bondadoso, á quien invoco, llame al viejo poeta á gozar de una vida más duradera, moriré con el consuelo de haber visto nacer, y crecer, y desarrollarse, y fructificar la regenerante semilla que, con otros compañeros, allá sembré en mis años juveniles, y que es hoy árbol frondoso que en nuestra tierra bendita á todos nos cobija y á todos nos ampara.

Y aquí pudiera terminar, y nada más que añadir tendría, si no me creyera obligado á cumplir un deber ineludible.

No puedo concluir sin pediros á todos, á todos, un recuerdo en honor del gene-

ral Prim y un tributo á su nombre y á su memoria, ya que en recuerdo suyo y en su honor y memoria se convocó y se ha realizado este certamen.

Y os pido este tributo á todos; á todos los que noblemente fuisteis sus amigos, á todos los que, no menos noblemente, pudisteis ser sus enemigos ó adversarios.

Fuí yo uno de sus amigos más adictos, uno de sus partidarios más fieles y constantes. Le tuve amor en vida, y, hoy, respeto y veneración en muerte. Pero ya en este último sentimiento nos encontramos unidos con los que fueron sus adversarios los que fuimos sus amigos.

La honrada memoria del general Prim pertenece á la patria, y, por consiguiente, nos pertenece á todos, y juntos vamos á descubrirnos ante su estatua y juntos á visitar su tumba.

Siempre se reconocerá en él al caudillo, al valiente, al bravo entre los bravos

que iba al combate como á una fiesta, con la sonrisa en los labios y las galas en el corazón y en el traje, pues que para él era un día de boda un día de batalla: siempre en él se hallará, junto al general y al guerrero, al político y al hombre sereno y hábil en las luchas del Parlamento, donde hay á veces contiendas más terribles que las del campo de batalla y en las cuales es preciso vencer con más prontitud, resolución y energía, y aun también con más valor; que es frecuente en aquellos combates jugarse la honra, más estimada ciertamente que la vida: siempre se verá al hombre de la revolución de Septiembre, que en momentos supremos y difíciles supo abrir grandes horizontes y trazar nuevos derroteros á la patria: siempre se recordará al que peleó como un bravo en la campaña de África, siendo el primero en avanzar y en salvar con su caballo las trincheras enemigas, y al que no quiso pelear en Méjico, ordenando la retirada, en lo cual

manifestó más valor y más firmeza que los que necesitar pudiera para el avance; que más valor que para acometer necesitaba Prim para retirarse.

¿Pues qué? ¿no es él por ventura el hombre de Castillejos? Cuando las balas caían á granel en torno suyo, y cuando le instaban á retirarse por temor de que pudiera ser herido y se perdiese la batalla al sucumbir el general, contestaba tranquilamente:—No, no hay cuidado. Siempre las balas traen sóbre y ninguna viene con sóbre para mí.

Y, sin embargo, ¡ay! en Madrid y en su calle del Turco todas las balas llevaron sóbre para él.

Miserables asesinos, en cobarde emboscada y al revolver de una esquina, acabaron con el hombre ilustre á quien las balas habían respetado en el combate, á quien la Providencia reservaba para el porvenir de España, en quien la patria esperaba con segura confianza, y cuya desastrosa muerte varió quizá por

completo los destinos de la nación española.

Pero olvidemos esta tristísima página de nuestra historia contemporánea, como no sea para llorarla con sangre, no con llanto, y para tener en cuenta que puede servir en lo venidero de lección y de recordanza.

Hoy es día de júbilo y de gala. Arden en fiesta las calles de la ciudad, y arden en gozo las almas.

La patria que coronó á Prim en Madrid con los honores del Panteón, le corona hoy en Reus con los honores del monumento. Grande enseñanza también para que todos aprendan á saber que quien en vida honra á su patria, honrado es por ella en muerte, dándole la vida eterna de la inmortalidad y de la gloria.

Quien tanto tuvo de soldado como de capitán, de guerrero como de político, de orador como de diplomático, de tribuno como de hombre de Estado, sobre-

saliendo en todo, es hoy encumbrado por su patria á las palmas del Capitolio; y allá le vemos, allá, vagar por los espacios, imagen querida y figura esplendente, que se ofrece á nuestros ojos luminosa y fulgurante, como así aparecerá en las páginas de la Historia, en un nimbo de luz, con arreboles de gloria, y con la sien ceñida por el laurel de España.

EL CASTILLO

Y LOS CABALLEROS DE EGARA

I

La antigua Egara es la moderna Tarrasa.—Cómo y cuándo ocurrió su ruina.—Opulencia de Egara —Concilio celebrado en ella.—Sus obispos.

Preguntóme un día la gentil dama á quien va dedicado este libro, qué castillo era ese de Egara á que hago referencia al hablar del de Montsoliu, y en qué se parecía la tradición del uno á la del otro.

La tradición á que me refiero se parece tanto que resulta ser exactamente la misma.

Y para demostrar esto, y también para dar una ligera noticia de lo que fueron Egara y su castillo, voy á reunir mis recuerdos, notas y apuntes del año 1857 ó 1858, que es cuando visité el castillo de Egara.

Comienzo por decir que la historia

debe importantes resultados á los estudios de la crítica moderna.

Ninguna duda puede caber al historiador, de que Tarrasa fué la antigua y famosísima Egara, siendo quizá la misma que Ptolomeo llama Egosa, y la que, sin duda por error ó equivocación de los copiantes, se ha llamado en diferentes escrituras Egra, Exara, Exabra y Exatera.

La existencia de Egara de todos era sabida. Nadie ignoraba que había existido una Egara, á la que Roma pagana había hecho municipio y Roma cristiana sede episcopal; pero discordes andaban los autores en señalar el sitio donde un día se levantara: así es que mientras unos la ponían en Narbona, otros la situaban en Berga, y otros, finalmente, en Egea de los Caballeros. Nuestro celoso y docto cronista D. Jerónimo Pujades fué quizá el primero que, sacando á luz el irrecusable testimonio de las piedras escritas, probó, por medio de la traducción de unas inscripciones halladas en

ciertas lápidas, que Egara había existido en el sitio donde hoy se levanta San Pedro de Tarrasa. Vinieron detrás de él á robustecer esta opinión, con el peso de su autoridad, los Flórez, los Masdeu, los Finestres y los Amat.

Ninguna duda queda ya del lugar en que se hallaba situada Egara; pero si bien los citados autores anduvieron afortunados en demostrar esto de un modo patente, no así en averiguar su origen, vicisitudes y ruina. Su historia yace oculta en el seno de las tinieblas amontonadas por los siglos que hemos convenido en llamar bárbaros, pero que no sabemos si lo fueron. ¿Quién la fundó? ¿Quién la destruyó? Se ignora completamente.

Pujades colige, de una carta de venta correspondiente al año 978, que esta ciudad no fué asolada en la general pérdida de España, cuando la venida de los moros, y cree que debió conservarse, dándose á partido como Bar-

celona. Sin embargo, las tradiciones están contestes en citar aquella época como la de la destrucción de Egara. Así lo asegura, entre otros, el Dr. D. José Ignacio Rodó, autor de un manuscrito titulado *Memoria de la antigua ciudad de Egara*, que pude examinar gracias al Sr. D. Miguel Vinyals, de Tarrasa, que era su poseedor. Para este autor no queda duda alguna que los moros, en la pérdida de España, después de asolada Tarragona, pasaron adelante conquistando otros pueblos hasta llegar á la ciudad de Egara donde hallaron tan fuerte defensa y resistencia de los naturales, que antes que entregarse prefirieron, cual otros saguntinos, perecer entre los escombros y ruínas de su ciudad nativa. Destruída hubo de quedar entonces la población, salvándose sólo su fortísimo é inexpugnable castillo, como luego veremos, y desde aquel momento lo que era Egara arrasada se llamó *Terra rasa*, de donde tomaron el nombre de Terrasa

ó Tarrasa las dos villas modernas que hoy se levantan en Cataluña en el sitio ocupado un día por la floreciente Egara.

Y que era rica y opulenta ciudad la de Egara, no cabe duda por las memorias que de ella se conservan. Florecía muchos años antes de la venida de Jesucristo, existiendo ya en tiempo de los fenicios, según parece, de quienes heredaron sus naturales la industria en la fabricación de sus manufacturas. Fué capital en tiempo de los cartagineses, y municipio en la época de la dominación romana.

Su posición, en medio de un suelo poco fértil, parecía destinarla únicamente para la industria y fabricación; así es que, desde tiempos antiquísimos, sus moradores se dedicaban con preferencia á la industria de lanería, habiendo sido siempre muy celebrados sus artefactos.

Á esto pudo muy bien contribuir la protección que le dispensaron los emperadores romanos. Sus productos eran te-

nidos en grande estima y exportados á las costas de Francia y de Italia, especialmente á Roma y á Sicilia, donde los magnates se preciaban de vestir sus manufacturas.

Algunas lápidas que de la época romana se conservan, prueban la importancia y esplendor de la antigua población.

Pero lo cierto es que reina una lamentable oscuridad en lo que atañe á la historia militar y política de Egara. Sólo tenemos alguna mayor luz tocante á su historia eclesiástica. En tiempo de los godos fué silla episcopal, y no cabe la menor duda que su iglesia catedral estaba donde hoy se hallan las tres iglesias de San Pedro, Santa María y San Miguel, las cuales se edificaron con las ruinas de aquélla.

Se sabe haberse celebrado en su recinto un Concilio el año 614. Este Concilio, que parece fué nacional, confirmó las decisiones del de Huesca, celebrado en 598, donde se establecieron dos cá-

nones, uno de los cuales era que los sacerdotes, diáconos y subdiáconos guardasen el celibato, y el otro que todos los años se celebrasen sínodos. Fué presidido este Concilio por el metropolitano Eusebio, y asistieron, entre otros obispos, los de Barcelona, Zaragoza, Gerona y Calahorra.

Á fuerza de grandes trabajos de investigación, gracias, sobre todo, á un importante manuscrito que existía en el convento de padres recoletos de Tarrasa, se ha logrado saber que ya en 313 había obispo en Egara, y que fueron 25 los que ocuparon sucesivamente la sede, desde dicha época hasta 684, por el orden siguiente:

Terentius, 313; Literinus, 350; Joannes, 393; Celius, 420; Irineo, 465; Faticlus, 472; Félix, 503; Nebridius, 512; Taurus, 523; Nebridius II, 538; Félix II 563; Joannes II, 586; Sofronio, 589; Ligridio, 589; Petrus, 597; Ilergio, 599; Celius II, 613; Eugenio, 633; Deoda-

tus, 633; Godón, 643; Bacaudos, 650; Secua, 655; Vicente, 655; Justus, 670; Joannes III, 684.

No habiendo memoria de más obispos desde 693, en que acabó Juan III, hasta 928, en que fué electo San Julio, benedictino de Montserrat, se cree que hubo de ser extinguida la sede por la irrupción de los moros, acaecida á principios del siglo VIII.

Queda ya dicho que la tradición supone que la ciudad de Egara fué destruída por los moros, después de haber opuesto sus naturales una vigorosa resistencia á aquellos invasores. Hasta fija la tradición el año de su ruina, poniéndola en el de 714, según unas memorias manuscritas del Dr. D. Segismundo Font y Parés, de que me permitió disfrutar su poseedor el notario D. Felipe Soler. Pero si los moros acabaron con la ciudad de Egara hasta dejarla arrasada *(Terra rasa)*, no sucedió lo propio con el castillo, fortísimo almenar, baluarte inex-

pugnable, donde se refugiaron los héroes de la independencia catalana.

Y este es el castillo de que voy á ocuparme, recogiendo antiguos recuerdos, para satisfacer la curiosidad de la dama á quien tengo el honór de dedicar, con el pobre fruto de mi trabajo, las páginas de este libro.

II

Invasión de los árabes.—El castillo de Egara.—Los caballeros de la patria.—Sitios sostenidos por el castillo.—La tradición igual á la de Montsoliu.—Ludovico Pío llamado por los mantenedores del castillo.—El documento que lo acredita.

Apoderados de Cataluña los moros, muchos habitantes se doblegaron al yugo de los invasores á fin de no abandonar sus hogares, mientras que otros muchos, templado su corazón en el fuego del patriotismo, corrieron á refugiarse en los Pirineos con sus mujeres, sus hijos y sus tesoros, para esperar la aurora de un porvenir mejor, y criar allí á sus hijos, educándolos en el triple culto de amor á la religión del Crucificado, de cariño á la tierra de sus padres y de odio á los invasores de su patria. Los grandes

valles de Cerdaña, Arán, Andorra y Pallás, llenos de espesos bosques, de fragosas cavidades, de ignoradas cuevas y de ásperas cumbres, ofrecieron un asilo seguro á los proscritos. Refugiados allí, como los aragoneses en Uruel y como en Covadonga los astures, fortaleciendo su espíritu con el aire de libertad que se respira en las montañas, robusteciendo sus miembros con las fatigas, las penalidades y los rebatos, esperaron á que llegase el día en que poder arrojarse de pronto sobre aquellos hombres de extraña patria, de extraña religión y de extraños usos, que habían invadido su país.

Los naturales de Egara y de sus inmediaciones no tuvieron necesidad de ir á ampararse de los Pirineos. El vasto castillo de Egara les ofreció á todos un asilo seguro. Allí se refugiaron también con sus mujeres, sus hijos y sus tesoros, los que hasta el último trance defendieron la ciudad, y muchos habitantes del

Vallés y de los pueblos vecinos, arrojados de sus casas por los invasores. De Egara y de los Pirineos debía partir á un tiempo el primer grito de patria é independencia.

La tradición da el nombre de *caballeros de Egara* á los catalanes que en aquel castillo se hicieron fuertes y temidos, consiguiendo que jamás dejase de ondear el pendón de la cruz en sus almenas, y que fuese aquella fortaleza un baluarte inexpugnable, á cuyos pies se estrellaron siempre las muslímicas armas. Es fama que los bizarros caballeros de la patria, como con más propiedad debiera llamárseles, no sólo resistieron en aquel castillo cercos y asaltos, sino que dieron imprevistas acometidas contra los pueblos vecinos en que estaban los moros, metiéndose de continuo con ellos en escaramuzas, cerrándoles el paso, apoderándose á veces de sus convoyes y rompiendo á menudo sus huestes.

Así se mantuvieron, según tradición,

por espacio de ochenta años, sucediendo los hijos á los padres, y heredando los menores la inquebrantable fe y la bélica fortaleza de sus mayores.

No faltará quien ponga en duda el mantenimiento por espacio de tantos años de una fortaleza en medio de un país ocupado casi totalmente por el enemigo; pero la misma tradición se encarga de explicarnos esto.

Varios sitios se vió obligado á sostener el castillo de Egara; pero siempre los moros, viendo impotentes sus esfuerzos, acababan por levantar el campo y retirarse á Barcelona ó á otra de sus plazas fuertes, dejando entonces ciertas épocas de respiro á los valientes egarenses, que aprovechaban aquellos momentos para reforzar sus muros y proveer la fortaleza con auxilio de las poblaciones vecinas, cuyos habitantes, al reconocer el yugo de la morisma, no renunciaban á favorecer á sus hermanos, siempre que para ello se les presentaba ocasión.

Cuéntase que una vez el sitio puesto á Egara por los moros duró muchos meses. Ya que no era posible rendir por la fuerza á aquellos bravos, se trató de rendirles por hambre. Llegó un día en que el jefe de las fuerzas sitiadoras, creyendo que los egarenses estarían ya extenuados y desfallecidos por el hambre, les envió un parlamento ofreciéndoles honrosas condiciones de capitulación. Las condiciones fueron rechazadas, y el embajador moro pudo enterarse por sus propios ojos de que los almacenes estaban llenos de víveres y los establos llenos de ganado de todas clases. La abundancia reinaba en el castillo. El parlamentario no pudo menos de mostrar su asombro. Los sitiados le llevaron á la capilla del castillo, y enseñándole la imagen de la Virgen, esplendentemente rodeada de luces, le dijeron:

—No os admiréis si, después de tantos meses, se halla tan bien provisto nuestro castillo. Todo se lo debemos á

la Reina de los Cielos, que está obrando para nosotros este milagro.

Sin embargo, allí no había más milagro que el del patriotismo. Á fuerza de grandes trabajos y de muchas penalidades, los sitiados habían abierto una mina ó camino subterráneo que iba á salir á dos ó tres horas de distancia, en un punto completamente ignorado de los conquistadores del país. Por aquel conducto recibían las provisiones y las tropas de refresco que á veces les enviaban sus hermanos de los Pirineos, con los cuales estaban en constante comunicación.

Así cuenta la tradición que por espacio de ochenta años se fué sosteniendo el castillo. Lástima grande que la carencia total de documentos y memorias escritas haga reinar tan profunda oscuridad en los anales de aquellos tiempos. Ni sabemos los nombres de los héroes egarenses, ni cómo se gobernaba aquel pueblo allí refugiado, ni cuáles fueron sus hechos.

Sólo una cosa se sabe, y está afortunadamente confirmada por un documento auténtico que viene en apoyo de la tradición para que no pueda caber duda de haberse mantenido inexpugnable el castillo de Egara durante el período de la invasión muslímica.

Más de tres tercios de siglo hacía ya que imperaban en nuestro país las armas de los infieles, cuando, puestos de acuerdo los catalanes de Egara ó Tarrasa con los que vivían libres en los valles pirenaicos y los que gemían cautivos en Barcelona, decidieron ponerse bajo la protección de Ludovico Pío, hijo de Carlomagno, ofreciéndose á reconocerle bajo ciertos pactos y condiciones, si les ayudaba á arrojar de esta tierra á los invasores. Así consta en los preceptos de los emperadores francos, existentes en el archivo de la catedral de Barcelona. En este documento, fuente primera de la historia catalana á datar de la época de la reconquista, la existencia

de los caballeros de Egara está reconocida en aquellas palabras de *gothos sive hispanos intra Barchinonam famosi nominis civitatem vel Tarrasium castellum,* etc.

Llamado, pues, por los defensores de Egara vino Ludovico Pío, al comienzo del siglo IX, á poner su campo sobre Barcelona, pasando los bravos catalanes que se habían mantenido fuertes en Tarrasa á ayudarle en el cerco y conquista de la que debía ser muy luego corte y cuna de los condes barceloneses.

Tal fué el origen que tuvo la guerra de la reconquista y de la independencia catalana. Veamos ahora lo que hoy ha quedado de aquel castillo célebre, cuna de heroicos al par que desconocidos varones.

III

Visita á las ruinas del castillo.—El valle del Paraíso.—Lo que es y lo que debió ser el castillo. — Cómo fué convertido en Cartuja.

Tanto en Aragón como en Asturias existen grandiosos monumentos que atraen al viajero y fijan la atención del artista, indicando el sitio que fué cuna de la patria independencia. En Cataluña sólo señalan este lugar unos paredones ennegrecidos que se van desmoronando. Lo que se enseña en Tarrasa al forastero como castillo de Egara no es más que un resto mísero, imperfecto y reformado de aquel célebre propugnáculo, donde acreditaron su fe y su constancia fuertísima nuestros ínclitos mayores.

Visité las ruinas de este alcázar ó fortaleza el año 1857, si mis recuerdos no

me engañan. Diré lo que vi entonces. No sé lo que hoy existe, pues en tantos años pasados no tuve ocasión de volver.

Las venerables ruinas se levantan á orillas del pintoresco torrente llamado *Valle del Paraíso*, y por lo que toca á su exterior se conservaban algunas paredes negras y sombrías en donde, esparcidas acá y acullá, se veían las hendiduras de varias saeteras, algunos restos de ventanas góticas, algún arranque de muro. Era ya imposible conocer la forma de las murallas coronadas de almenas, ceñidas de torreones y flanqueadas de torres circulares. Se enseñaban los que decían ser vestigios del foso, y en la puerta de entrada dos hendiduras ó largos tragaluces abiertos en la pared que, al decir de las gentes, indicaban el sitio donde estuvo el puente levadizo. Sin embargo á mí me pareció que nada de esto debía ser, porque ni allí podía estar el foso, ni allí tampoco el puente levadizo. Como este castillo ó la parte que de él

quedaba fué monasterio de cartujos en el siglo XIV, según luego diré, debió sufrir grandes alteraciones á fin de ser habilitado para su nuevo objeto. Lo que hoy se conserva son restos del monasterio más que del castillo.

Por lo que toca á su interior, he aquí lo que puede verse: un patio en cuya parte superior corría una galería, que estaba entonces interrumpida por recientes hundimientos, y que debió ser cuadrada y compuesta de veinte toscas ojivas apoyadas sobre columnas de iguales bases y capiteles. La escalera que conducía á esta galería debió ser ancha y espaciosa, pero en la época á que me refiero, era sólo un montón de escombros, por sobre los cuales acerté á trepar para ir á ver desde lo alto el lamentable aspecto que presentaban aquellas ruinas. Permanecían aún en pie los cuatro paredones del que fué santuario ó capilla, convertido entonces en corral de conejos. La piedra que servía de

clave á la bóveda, y en la cual se distinguían aún tres figuras de muy buen dibujo representando, al parecer, á Cristo azotado por dos sayones, servía de abrevadero para las gallinas.

Muros agrietados, arranques de arcos, escudos de armas destrozados, ventanas rotas, capiteles partidos, vestigios de almenas y de torres, arcos muy antiguos cegados por modificaciones hechas en el edificio, ruinas y escombros, he aquí lo que quedaba del inexpugnable baluarte de la milicia cristiana. El viento penetraba por todas partes en el interior del venerable recinto, silbando de un modo lúgubre y quejumbroso por aquellas desiertas galerías, como si lamentara su ruina.

En un ángulo, y en una miserable habitación arreglada con restos antiguos, vivía una pobre familia, á cuyo cuidado estaba la conservación de las ruinas, las cuales pertenecían entonces á la familia Mauri.

Idea muy equívoca tendría el que formase opinión de lo que era el antiguo castillo por los restos existentes en el día. La fortaleza de los caballeros de Egara debía extenderse en vasto radio por los campos vecinos á las ruinas, y de seguro que el arado y la azada del labrador remueven hoy tierras amontonadas sobre los cimientos del castillo.

La tradición, única antorcha con la cual pueden disiparse un tanto las tinieblas que reinan en todo este asunto, nos dice también que el castillo estaba rodeado de profundos fosos, los cuales se llenaban de agua cuando convenía, y que en cada uno de sus ángulos tenía una fuertísima torre, de las cuales una cayó, otra fué destruída por un rayo, y las dos restantes, en época más reciente, fueron mandadas derribar hasta la mitad, á causa de amenazar ruina, por el marqués de Senmanat, á cuyo dominio había ido á parar el edificio.

También asegura la tradición, reco-

gida de boca de los ancianos por el autor de un viejo manuscrito, que en cierta época sobrevino una gran tempestad, á consecuencia de la cual la *Riera de las Arenas*, vecina á Tarrasa, se salió de madre, inundando los campos de la parte Norte de San Pedro, y dividiéndose en dos brazos, aisló la calle é iglesia de San Pedro, abriendo dos profundos barrancos colaterales que luego vinieron á formar uno solo, y derribando con la avenida gran parte de los muros del antiguo castillo. Este barranco es el que después se llamó y continúa llamándose todavía *Valle del Paraíso.*

Estas alteraciones sufridas por el tiempo acaban de desorientar completamente, y, unido esto á la carencia total de memorias escritas, hace que no pueda formarse cabal idea de lo que era el antiguo castillo, el cual, sin embargo, debía tener gran extensión y abrazar un vasto radio.

Las noticias que tenemos de haber

servido este edificio para monasterio de cartujos se deben al Dr. D. José de Vallés, y se hallan en su libro titulado *Primer instituto de la sagrada religión de la Cartuja*, impreso en 1792.

Según este autor, por los años de 1344, habiendo quedado viuda sin sucesión de D. Ramón de Calders la nobilísima señora doña Blanca de Centellas (hija que fué de D. Bernardo de Centellas, señor de la villa de Tarrasa, y de doña Alemanda, su mujer, de la casa de los marqueses de Quirra), deseosa de ofrecer parte de sus bienes á Dios, resolvió fundar una cartuja, y para ello cedió el castillo que poseía en Tarrasa y era el mismo donde por espacio de tantos años se habían mantenido fuertes los caballeros de Egara.

Cumplido quedó el deseo de doña Blanca, y aquel mismo año, después de grandes reparaciones en lo que del antiguo castillo se conservaba, quedó convertida la antigua morada de los bata-

lladores héroes de la independencia en pacífico asilo de solitarios cartujos, dándose á la nueva fundación el título de Cartuja de San Jaime de Vallparaíso, por haber ocurrido ya la inundación de que acabo de hablar y hallarse situada junto al profundo barranco, abierto por la avenida de las aguas, al que el vulgo había comenzado á llamar *Vall del Paradís.*

Vivió sólo cuatro años la noble doña Blanca después de su donación, y sólo durante estos cuatro años moraron en aquel sitio los cartujos; pues, hallándole reducido por el creciente desarrollo de su fundación, decidieron trasladarse á Montealegre en el lugar que había sido de religiosas agustinas, y donde permanecieron hasta quedar extinguidas las órdenes religiosas en 1835.

Ya nada más se vuelve á saber de esta fortaleza sino que pasó al dominio de los marqueses de Senmanat, de quienes la adquirió recientemente la familia Mauri, hoy día su propietaria.

Tales son las noticias que, no sin trabajo, pude recoger concernientes al que fué baluarte de la catalana independencia. De este lugar ignorado, de entre estas ruinas olvidadas y de aquellos héroes, por desgracia no conocidos, arrancan los fundamentos de la moderna historia de Cataluña.

RECUERDOS HISTÓRICOS

Guerra de sucesión.—Carlos III y Felipe V.—La comarca de Vich se declara contra Felipe.—Desembarco del Archiduque Carlos.—Quién era el conde de Peterborough.—Asalto del castillo de Monjuich.—Muerte del príncipe Darmstad.—Sitio de Barcelona.—Sucesos en la ciudad.—Conferencia del conde de Peterborough con el Virrey Velasco.—Rasgo épico de Peterborough.—Brillante campaña de este general.—Abandona la causa del Archiduque.—Llegada de Lord Stanhope, que le sucede en el mando.—El paje de Stanophe.—Emilia de Mucie.—Entra el Archiduque en Madrid.—Su retirada.—Stanhope en Brihuega.—La venganza de una mujer.—El Asalto de Brihuega.—Derrota de Stanhope.—Batalla de Villaviciosa.—Quién pudo ser la penitente del Montseny.

Ya que esta tarde nos encontramos todos reunidos al pie de la encina centenaria, y estáis todos en vena de oir narraciones históricas, lo cual no sucede todos los días, permitidme que os cuente dos *Episodios* rigurosamente históricos, que no hallaréis en nuestras crónicas, pero de cuya autenticidad responden ciertos documentos que existen en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

Y sin más exordio, voy á mi asunto.

Corría el año de 1705 cuando estalló aquella larga y porfiada lucha que debía llamarse *guerra de sucesión*, y que tan sangrienta fué para nuestra España.

Felipe V de Borbón había venido á ocupar el trono de España, despedido por su abuelo Luis XIV con aquellas palabras, tan célebres como impolíticas, de: *No hay Pirineos*.

Los catalanes, en general, no eran afectos al nuevo rey. Creían que el derecho y la justicia estaban en favor del archiduque Carlos de Austria, mejor que en el del duque de Anjou (Felipe V). Á más, con el primero tenían seguridad plena de guardar y conservar íntegros sus fueros y libertades, que con el segundo corrían peligro de perderse. Venía Felipe V adiestrado por su abuelo, y bien á las claras indicaban sus primeros pasos que pronto había de quitar de en medio, como cosa para él inútil, las libertades de Cataluña.

Era virrey del Principado D. Francisco de Velasco cuando estallaron los primeros síntomas de descontento entre los naturales de este país.

El foco principal de la conspiración contra el duque de Anjou (que era como se llamaba á Felipe V) estaba en Vich. Allí era donde se hallaban los principales jefes del partido de acción, los Puig de Perafita, los Puig y Sorribes,

los Cortada de Manlleu, los Regás, los Bach de Roda y otros que seguían secreta correspondencia con el príncipe de Darmstad, antiguo virrey de Cataluña y partidario decidido del archiduque Carlos.

No ignoraban los vicenses que se había formado una liga europea, en la cual entraban Austria, Inglaterra y Portugal, para impedir que el nieto de Luis XIV fuese rey de España; no ignoraban tampoco que se había decidido que el archiduque Carlos, proclamándose Carlos III de España, saliese personalmente á campaña; y menos ignoraban aún que, habiendo prevalecido en los consejos del pretendiente la opinión del príncipe de Darmstad, se había resuelto presentarse con la armada de los aliados ante Cataluña, desembarcar en ella y fijar la corte en Barcelona.

Sabedores de todo esto, y de acuerdo con los aliados, los vicenses se lanzaron resueltamente al campo, alzando ban-

dera por Carlos III al grito de *¡Vivan las libertades catalanas!*

Este fué el primer movimiente que en Cataluña tuvo lugar á favor del archiduque, y de aquí provino el que á los partidarios de éste se les aplicase en idioma del país el nombre de *viguetans* ó *vigatans* con que desde entonces fué conocido el partido austriaco, en recuerdo de haber sido los de Vich los primeros en pronunciarse.

Á los del bando de Felipe V se les dió el nombre de *butiflers*, palabra intraducible en castellano.

La armada de los aliados, con el archiduque Carlos al frente, se presentó á últimos de Agosto de 1705 ante las playas de Mongat, desembarcando 8.000 infantes y 260 caballos, que acamparon por el momento desde la orilla del mar hasta el pueblo de San Andrés de Palomar. Los catalanes partidarios del pretendiente fueron á prestarle su homenaje y á engrosar las filas de su ejército.

El virrey Velasco se encerró en Barcelona con las pocas tropas que tenía, y el ejército aliado fué á poner sitio á esta ciudad, en cuyo seno contaba con numerosos é influyentes amigos.

Las fuerzas aliadas llegaban bajo el mando del general inglés conde de Peterborough, que es principalmente de quien voy á ocuparme ahora y á quien consagro este recuerdo.

Era lord Peterborough uno de esos hombres extraordinarios cuya vida tiene algo de novelesco. Hablando de él Voltaire en su *Siglo de Luis XIV*, dice que en todo se parecía á esos héroes que la imaginación de los españoles ha hecho protagonistas de tantos libros.

La verdad es que el conde de Peterborough era singular, excéntrico, caprichoso, de raras costumbres, pero siempre valiente y héroe siempre. Á los quince años había partido de Londres para ir á hacer la guerra á los moros en África; á los veinte años, de regreso á

Inglaterra, fué el primero en comenzar allí la revolución contra Jacobo II, formando un núcleo de partidarios del principe de Orange y pasando á Holanda para juntarse con el mismo príncipe, cuando tuvo su plan combinado y sus partidarios dispuestos: sólo que por temor de inspirar sospechas sobre la caúsa de su viaje, se embarcó para América, dirigiéndose luego al punto que deseaba en un buque holandés.

Cuéntase de aquel hombre extraordinario que más de una vez había perdido y restablecido su fortuna; que fué el principal promovedor y el agente que con más actividad contribuyó á que la Inglaterra entrase en la liga para apoyar las pretensiones del archiduque; que, rico, generoso y pródigo, vino á Cataluña haciendo la guerra casi á sus costas, y que, al principio, él era quien mantenía de su propio peculio al archiduque y á su servidumbre toda.

Tal era el hombre que mandaba como

general en jefe las fuerzas aliadas, y él fué el héroe de la anécdota que voy á contar.

El primer acontecimiento notable del sitio de Barcelona fué el asalto del castillo de Montjuich.

Se cuenta que el conde de Peterborough fué quien ideó apoderarse por sorpresa del castillo.

Sin comunicar á nadie su plan, ni aun al mismo monarca, tomó las precauciones necesarias, hizo sus preparativos, y el 13 de Septiembre por la noche mandó formar un destacamento de 1.200 hombres y 200 jinetes; pero antes de ponerse á su frente, pasó al cuartel del príncipe de Darmstad, á quien participó su designio pidiéndole su cooperación.

Parece que desde tiempo antes estos dos caudillos rivales no cruzaban su palabra, mirándose como enemigos; pero en aquel momento todo quedó olvidado. Darmstad y Peterboroug se dieron la mano, y llenos de ardor aquellos dos va-

lientes, marcharon juntos al combate, del cual uno no había de volver.

El ataque del castillo se efectuó, pero con el triste resultado de ser funesto para los sitiadores.

El cañón de alarma de Montjuich dió aviso al virrey Velasco; éste envió un refuerzo al castillo, y la columna de los aliados hubo de retroceder, dejando el monte lleno de muertos y heridos y llevándose el cadáver del príncipe de Darmstad, á quien una bala de cañón dejó sin vida.

No obstante este suceso, á los cuatro días, el 17 de Septiembre, el castillo de Montjuich se rendía á los aliados.

Barcelona no tardó en seguir la misma suerte.

Imposible le era á Velasco mantenerla por más tiempo, teniendo á la población hostil, á Montjuich enemigo y á Cataluña casi por completo sublevada.

El 4 de Octubre, cuando se iba á dar á la ciudad el asalto general y estaba ya

formada la fuerza que debía subir á la brecha, Velasco pidió capitulación, que se firmó el 9 de Octubre, entrando en Barcelona los aliados y siendo proclamado conde de Barcelona y rey de España Carlos III.

Pero en este intermedio, y mientras se estaban pactando las bases de la capitulación, tuvo lugar la anécdota que me ofrecí á contar.

La víspera del día en que se debía firmar el tratado, por la noche, una compañía de los sitiadores tuvo medio de introducirse en Barcelona por la brecha, gracias al auxilio eficaz de parte del pueblo catalán, que casi en su mayoría estaba por la causa de los sitiadores.

Ruidoso alboroto y grande estruendo se promovió en la ciudad. Mientras el pueblo amotinado corría á invadir las cárceles poniendo en libertad á los presos y entregando á las llamas las casas de los más conocidos partidarios de Felipe V, los soldados de la hueste sitia-

dora corrían sin freno por las calles como audaces vencedores, saqueaban algunas casas, se entregaban á todos los desórdenes, y de todo se apoderaban atropellándolo todo. Oro, mercancías, joyas, mujeres, todo caía en sus manos.

Barcelona presentaba el aspecto de una ciudad tomada por asalto.

El virrey Velasco iba á perecer con todos los suyos, pero pudo refugiarse en el monasterio de San Pedro, en donde se hizo fuerte, enviando un mensajero al conde Peterborough para pedirle cuenta de aquel suceso, de aquella violación del derecho de gentes, de aquella invasión de las tropas aliadas en Barcelona, precisamente cuando se estaban pactando las bases de la capitulación y cuando se había mandado suspender por lo mismo las hostilidades por ambas partes.

Lord Peterborough acudió á conferenciar con el virrey.

—Nos estáis vendiendo, le dijo Velasco. Nosotros capitulamos de buena fe,

y vuestros soldados, entrando por la brecha, se entregan á los más repugnantes excesos.

—No son mis ingleses, respondió Peterborough, sino los alemanes del príncipe de Darmstad, que murió en el asalto de Montjuich y cuya muerte quieren vengar.

—Pues qué, ¿no sois vos el que mandáis en jefe y no podéis por lo mismo impedir estos desórdenes?

—Sin duda, pero no veo ahora más que un medio de salvar la ciudad y de detener á esos frenéticos en su obra de destrucción. Dejadme entrar con mis ingleses en Barcelona y os respondo de todo.

—Pero, general, ¿quien me garantiza que las condiciones verbales de nuestra capitulación serán respetadas?

—La palabra de un oficial inglés.

—Ya; pero en la guerra...

—En la guerra, como en otra parte, el que tiene palabra no falta á ella. Un

inglés no ha violado nunca la palabra que ha dado. Entraré en la ciudad, recorreré las calles, restableceré el orden y me volveré con todos mis soldados al campamento para firmar mañana la capitulación.

Hablaba Peterborough con un acento tal de verdad y de grandeza, que, unido al peligro que se corría, persuadió al virrey. Éste le hizo abrir una de las puertas de la ciudad.

Peterborough entró con su tropa y halló á los alemanes que, unidos á la plebe de la ciudad, saqueaban algunas casas. Les sacó de Barcelona, apaciguó el tumulto, hizo soltar á los saqueadores el botín que se llevaban; encontró á la duquesa de Pópuli en poder de unos soldados frenéticos, próxima á ser deshonrada, y la salvó, haciendo pasar por las armas en la misma calle á los que se habían apoderado de ella; salvó también á su marido el general duque de Pópuli, que tenía su vida en peligro, y gra-

cias á él pudieron librarse los marqueses de Aytona y de Risbour, amenazados por la cólera popular.

Calmado el tumulto y el desorden, restablecida la calma, presos muchos de los soldados invasores, fusilados los otros y ahuyentados todos, el conde de Peterborough formó su gente y á la cabeza de ella salió de Barcelona.

Las puertas se cerraron tras él.

Al día siguiente se firmaba la capitulación, con las mismas honrosas bases para el ejército sitiado que de antemano habían sido convenidas.

Es un verdadero rasgo épico el de este general.

Sólo un año más permaneció en Cataluña este noble extranjero, que es una de las más bellas figuras de aquella época.

Felipe V, mal inspirado, decidió marchar sobre Barcelona tan pronto como tuvo noticia de que en esta ciudad había sentado Carlos III su corte.

En los primeros días de Abril de 1706 se presentaba ante los muros de Barcelona el ejército franco-hispano, compuesto de 37 batallones y 31 escuadrones, al mando del mismo Felipe V, que tenía por general en jefe al mariscal de Tessé.

Carlos III no se movió de la capital del Principado, cuya defensa fué encomendada al conde de Peterborough.

El general inglés desplegó todos sus talentos militares. Brillantemente secundado por los caudillos catalanes, hizo una gloriosa defensa.

Acudió en auxilio de la plaza la escuadra aliada; desapareció entonces la francesa que mandaba el conde de Tolosa; y Felipe V vióse obligado á levantar con precipitación el sitio, abandonando en su campamento víveres, artillería, bagajes y 1.500 heridos que recogió la humanidad del conde de Peterborough.

Libre por el pronto de enemigos Carlos III, se decidió á marchar á Madrid

por Aragón, llevando siempre á lord Peterborough como general en jefe; pero no tardó ya éste en separarse del lado del monarca.

Habíase originado una violenta rivalidad entre él y otro general inglés, el conde de Gallovay, y de ello resultó que Peterborough, irritado un día al ver desatendidos sus consejos para seguir los de su rival, hizo dimisión del mando y abandonó la guerra de España y la causa de Carlos III, retirándose á Inglaterra, y desapareciendo para siempre del teatro de nuestra historia.

Con él pareció eclipsarse la estrella del archiduque, pues con la ausencia de Peterborough comenzaron los reveses y los infortunios.

Y vamos ya al segundo episodio.

Varios generales se sucedieron en el mando de la división inglesa hasta la llegada de lord Stanhope, que es de quien ha llegado ya la ocasión de hablar.

Pasaba Stanhope por ser, y era en

efecto, uno de los mejores generales de su siglo.

La noticia de su nombramiento y de su próximo arribo fué recibida con júbilo por los catalanes y por los partidarios todos de la casa de Austria, pues aun cuando entonces no le faltaban al ejército de Carlos III buenos generales, entre ellos el alemán Guido de Staremberg, lord Stanhope era una figura sobresaliente, en cuyo nombre y reputación se fiaba mucho para contrarrestar el crédito que iban ganando por su nombradía europea los generales franceses de las huestes de Felipe V.

Llegó lord Stanhope á Barcelona precedido por la fama de su gloria, y fué recibido poco menos que en triunfo.

Un dietario de la época habla de su llegada con grande entusiasmo, y concluye con las siguientes líneas el recuerdo que le dedica:

«Lord Stanhope ha llegado en compañía de otros dos oficiales ingleses, y de

un joven paje que ha llamado la atención general por su gallarda presencia y por su extraña manera de vestir.»

Ahora bien, este paje de gallarda presencia y de extraña manera de vestir era una mujer.

Cuando Stanhope pasó de incógnito por París, en 1709, nombrado para ir á tomar el mando de las tropas inglesas en Cataluña, conoció en aquella capital á una de esas frágiles beldades parisienses, como tantas había en la corrompida corte de Luis XIV.

Se llamaba Emilia de Mucie, y era una mujer bella, espiritual y galante, amiga de fausto y de lujo, de intrigas, de movimiento y de vida aventurera.

Prendóse de ella lord Stanhope, y apresuróse Emilia á aceptar la proposición que su amante le hizo de acompañarle á Cataluña vestida de hombre.

Este era el paje de gallarda presencia que acompañaba al general inglés cuando llegó á Barcelona.

Stanhope tomó el mando de la división inglesa; estuvo en varias acciones, y singularmente en la batalla de Almenar, donde contribuyó poderosamente al triunfo alcanzado en aquel campo por la bandera de Carlos III, y de victoria en victoria llevó á este monarca hasta las puertas mismas de Madrid.

El rey electo por los catalanes entró el 27 de Septiembre de 1710 en la corte de España; pero sólo algo más de un mes permaneció allí.

Madrid parecía decididamente fatal para la casa de Austria.

Acababa de llegar á Felipe V un poderoso refuerzo con el mariscal francés el duque José Luis de Vendome; la causa de los Borbones se reanimaba; el pueblo castellano era hostil á Carlos III, y se decidió que este príncipe se retirase otra vez á Barcelona, la ciudad que siempre le había permanecido fiel, y que, por su causa, tan generosos sacrificios venía haciendo.

Emprendió, pues, el archiduque la retirada, tomando de nuevo el camino de Cataluña, y dirigiéndose á Barcelona, donde llegó el 15 de Diciembre.

Tras de Carlos III debían abandonar á Castilla el general alemán Guido de Staremberg y el general inglés lord Stanhope, que sólo se habían quedado para proteger la retirada de su rey.

Pero, por desgracia, la discordia se había introducido entre aquellos dos caudillos, y, para mayor desgracia aún, la traición vino á completar la obra que había comenzado la discordia.

Cuando Staremberg y Stanhope se alejaron de Toledo, emprendiendo su movimiento de retirada, el general inglés cometió la gravísima falta, hija de la desunión en que estaban, de quedarse algo atrasado con su división de retaguardia, compuesta de ocho escuadrones ingleses, un regimiento de dragones, siete batallones de la misma nación y otro de portugueses.

El 6 de Diciembre de 1710 entraba en la villa de Brihuega esta división de retaguardia, y allí decidió Stanhope hacer noche, creyéndose más seguro que en campaña abierta.

Brihuega, que es una villa situada á cinco leguas de Guadalajara, era entonces un lugar ceñido de un sencillo muro antiguo, ó dicho con más propiedad, de una tapia, y con un castillejo de no más fuerza y en mal estado, incapaz por estas circunstancias de resistir largo tiempo si era combatido por fuerzas numerosas.

No creía Stanhope tener que defenderse allí, ni creía ser allí atacado; pero era porque, habiéndolo previsto todo, no había previsto que la traición pudiese velar junto á él.

No recordaba que junto á él se hallaba una mujer, y una mujer ultrajada.

El paje de gallarda presencia y de singular vestimenta, según el *Dietario* de Barcelona, se había ya convertido en una mujer al llegar á Madrid.

Luego que estuvieron en la corte de España, Emilia de Mucie, que hasta entonces había seguido por todas partes á su amante vestida de hombre, recobró sus hábitos y costumbres, volviendo á usar su traje femenino y comenzando una vida de disipación y fausto.

Parece que Emilia sólo guardaba dudosa fidelidad á Stanhope, y parece que éste, que comenzaba á tener sospechas acerca de la lealtal de su querida, sorprendió en Madrid una intriga galante de Emilia con un oficial del ejército.

Irritado y celoso lord Stanhope, mandó castigar al oficial é injurió públicamente á Emilia de Mucie, á quien trató, delante de toda la oficialidad reunida, como á una intrigante y á una aventurera. Sintióse herida en su amor propio la cortesana, y como estas heridas son profundas en el corazón de las mujeres, juró vengarse.

Al siguiente día Stanhope lo había olvidado todo, y su amor hacia su que-

rida había vuelto á ser el mismo. No pasaba, sin embargo, lo mismo en Emilia.

Desde aquel día la cortesana buscó medio de entenderse secretamente con el duque de Vendome; desde aquel día el general de las tropas de Felipe V tuvo un espía constante y un auxiliar seguro en aquella mujer; desde aquel día, sin saberse cómo ni por dónde, muchas operaciones, muchos planes, muchos proyectos del ejército austriaco llegaban á conocimiento del caudillo del ejército borbónico, que sabía perfectamente aprovecharse de aquellos avisos.

En semejante estado las cosas, se efectuó la retirada de las tropas de Carlos III, y lord Stanhope, en disensión abierta con Staremberg, se retrasó imprudentemente, y también imprudentemente se decidió á pasar la noche en Brihuega el 6 de Diciembre.

Es de creer, sin embargo, que esta imprudencia no hubiera tenido ningún fatal resultado, si el general de Felipe V

no hubiese recibido aviso directo de que durante aquella noche podía fácilmente cortar el camino á los ingleses, separándoles del general Staremberg.

En el aviso se le indicaba además: que aquella noche se procuraría que los oficiales ingleses se entregasen á los placeres de una fiesta, y que por lo mismo podría caer de sorpresa sobre ellos, si así convenía á sus planes.

Ya se comprenderá que fué Emilia quien dió el aviso.

Todo salió á medida de los deseos infames de aquella traidora beldad.

Durante la noche del 6 al 7, el marqués de Valdecañas pasó por orden del duque de Vendome á ocupar el pueblo de Torija con toda la caballería y los granaderos, cortando así las comunicaciones entre la retaguardia austriaca y el resto del ejército.

Mientras tanto Vendome, con lo restante de sus tropas, entre las cuales iba el mismo Felipe V, se adelantó, á

favor de las sombras de la noche y con toda la prudencia conveniente, hasta Brihuega.

La cortesana no le había engañado.

Tenía lugar una improvisada fiesta, y los gritos de algazara y los clamores de júbilo, llevados por la nocturna brisa, llegaron á oídos de los soldados de Vendome, que en silencio y á favor de las tinieblas envolvieron á Brihuega como si fuesen un ejército de fantasmas.

La población, ya lo hemos dicho, no tenía más murallas que unas simples tapias, y los descuidados centinelas no advirtieron el movimiento del enemigo, pero la operación de éste no terminó hasta que rasgueaba el alba.

La luz del día 7 de Diciembre nació para advertir al general inglés que estaba cercado por todas partes.

En cuanto á Emilia de Mucie, había desaparecido, yendo á refugiarse en el campamento de Vendome.

Stanhope se vió perdido, pero se dis-

puso á hacer una desesperada resistencia.

Tal fué ésta, que de ella hablan con admiración las mismas crónicas de los partidarios de Felipe V.

Conociendo el caudillo inglés que no podía salir sin mucho peligro y sin comprometerse, se fortificó en Brihuega lo mejor que pudo; pero se hallaba sin artillería, con pocos víveres y casi sin municiones.

Calculó, sin embargo, que podría sostenerse por espacio de dos días, y por distintos puntos envió seis hombres de los más esforzados que tenía en su división á Staremberg, avisándole del peligro en que estaba, y diciéndole que si por todo el día 9 no era socorrido, se vería obligado á rendirse.

El día 7 lo pasaron por completo batiéndose, pero sin que los sitiadores obtuviesen ningún resultado favorable, y sin que produjesen gran efecto las piezas de campaña con las cuales se batía el muro.

El 8 la villa fué atacada y asaltada por dos lados.

La acción fué de las más sangrientas que habían tenido lugar en aquella guerra, pues todos los soldados eran veteranos.

Los oficiales ingleses eran excelentes: Stanhope, uno de los generales más acreditados de su siglo; y su segundo, el teniente general Carpenter, era de un valor extraordinario y uno de esos hombres raros que son por naturaleza audaces é intrépidos y que, dominados del deseo de la gloria y del amor de su nación y de su causa, desprecian la vida y no cesan hasta triunfar ó morir abrazados á su bandera.

Los ingleses no tenían cañones, y hubieron de servirse de todos los medios de defensa. Al lado de los muros hicieron fosos anchos y profundos; aportillaron las brechas con leña y piedras; hicieron cortaduras en las calles; en una palabra, no omitieron ninguna diligencia, y se

dispusieron á pelear con desesperación para salvar sus vidas, dando tiempo á que les llegase el socorro.

Las tropas de Felipe hallaban una dificultad á cada paso que daban, y muchos morían en la demanda.

Llegaron, después de grandes pérdidas, á salvar los muros, pero se encontraron entonces con que Stanhope y los demás oficiales les disputaban el terreno á palmos con las bayonetas.

El combate duró hasta la noche, y entonces se hizo más sangriento, porque los ingleses, conociendo mejor el terreno, combatían con más acierto, hasta que, puesta la artillería enemiga en las calles, disparaba con bala menuda, y les obligó á retirarse á la torre.

Dos horas después de entrada la noche, cesó el combate.

Stanhope, desde lo alto de la torre que ocupaba con sus tropas, pidió capitulación en términos tan arrogantes como si estuviera en la mejor fortaleza y

provisto de todo para su defensa. Quería salir libre con sus soldados y con todos los honores que se conceden en la guerra á las tropas que se defienden con valor.

Merecía que se acordase su petición. Es casi seguro que en la historia de España no hay ejemplo de que se haya hecho mejor defensa en un pueblo de tan escasa fortificación.

Pero el duque de Vendome, picado por lo mismo, habiendo perdido tanta gente, no quiso oir en su corazón otra voz que la de la venganza y del amor propio, y respondió á Stanhope que *si no se rendía dentro de una hora, serían todos pasados á cuchillo.*

Stanhope entonces, por no sacrificar á tantos hombres valientes, dignos ciertamente de mejor suerte, cedió á la dura ley de la necesidad, y se rindió á discreción.

Las tropas de Felipe V hicieron 4.800 prisioneros, entre los cuales se contaron

los generales Stanhope, Hill y Carpenter, y una infinidad de oficiales.

Los ingleses tuvieron 500 muertos y otros tantos heridos; pero esta victoria costó á Felipe V más de 2.000 hombres entre ellos la pérdida de algunos bravos oficiales, como el marqués de Rupelmond, D. Gonzalo Quintana y D. Bartolomé Urbina, coronel el primero y capitanes los segundos, muertos al frente de sus compañías.

Cuando Staremberg tuvo aviso de la apurada situación de Stanhope, corrió en su auxilio; pero ya era tarde.

Vendome le presentó batalla en los campos de Villaviciosa; y si bien esta jornada no fué del todo perdida para Staremberg, el resultado fué tal, que bien puede decirse que en los campos de Villaviciosa volvió á recoger Felipe V la corona que había caído ya de su frente.

Tal fué el resultado funesto que tuvo la venganza de una mujer para la causa

tan heroicamente defendida por los catalanes.

Las historias en general pasan por alto este incidente, y no hablan una palabra de Emilia de Mucie, pues no parece adecuado á la gravedad de la historia dar por origen pequeñas causas á grandes acontecimientos.

Sin embargo, todas las noticias que pude recoger afirman la traición de la cortesana.

Podrán abrigarse dudas sobre el hecho; pero es lo cierto, y sobre esto no puede caber la menor duda, que Felipe V de España y Luis XIV de Francia aseguraron una pensión á la manceba de Stanhope.

Por algo sería ¿no es verdad?

Emilia de Mucie se retiró más tarde á Bruselas, donde se sabe que murió en 1722.

Terminé con esto la narración de los dos episodios que contar quería.

Y ya sólo me falta decir como punto,

ó mejor, como sorpresa final, que si llegan á publicarse ciertos estudios que alguien ha tenido ocasión de hacer para averiguar quién fué aquella misteriosa penitente del Montseny, de que largamente hablo en la primera parte de este libro, resultará que la desconocida, la extranjera, la que se hacía llamar Bernardina Flores, la mujer misteriosa de la cueva de Santa Fe, era una Lady Stanhope, nieta del general tan villanamente traicionado en Brihuega por una miserable cortesana.

Y aquí termino ya, señora mía, aquella á quien estas páginas van destinadas, aquí termino ya el libro compuesto con todo lo que aplegué y escribí este último verano al pie de la encina cuyas ramas centenarias dan sombra á la morada que posee usted en los valles del Montseny, orillas del sonoroso Arbucias.

En montón va todo, señora mía, en montón y á granel, aturbonado y revuelto, como obra escrita por una parte con la levedad de la prisa y por otra con el descuido del ocio, deseando solamente que reconozca al autor en voluntad lo que no tenga en calidad el libro.

FIN DEL LIBRO «AL PIE DE LA ENCINA»

OBRAS COMPLETAS

DE

D. VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, fundación del autor.

Los que deseen adquirir estas obras, en totalidad ó en parte, podrán hacerlo dirigiéndose al señor bibliotecario de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, ó al propio autor.

POESÍAS CATALANAS

Un tomo, que es el primero de la colección

Precio: 6 pesetas.

Contiene las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros: *El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanías*, ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la independencia italiana.—*Lejos de mi tierra*, poesías escritas durante su emigración.—*Ultimas poesías.*

TRAGEDIAS

Un tomo, el segundo de la colección.

Precio: 8 pesetas.

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa por el mismo.

LOS TROVADORES

Cuatro tomos, que son III, IV, V y VI de la colección

Precio: 30 pesetas.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS

Un tomo, VII de la colección

Precio: 7 pesetas y media.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DE MONSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONSERRAT

Un tomo, VIII de la colección

Precio: 7 pesetas y media.

HISTORIA DE CATALUÑA

Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección

Precio: 110 pesetas.

LAS CALLES DE BARCELONA EN 1865

Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección

Precio: 30 pesetas.

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña.*

EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR

Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección

Precio: 10 pesetas.

Es la historia de lo proyectado y realizado por el autor en la tercera época que fué ministro de Ultramar.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde Octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.º de Enero á 14 de Junio de 1888.

MIS RECUERDOS DE ITALIA

Un tomo, que es el XXV de la colección

Precio: 7 pesetas y media.

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la independencia italiana.

En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

NOVELAS

Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección

Precio: 10 pesetas.

TRAGEDIAS

Dos tomos, XXVIII y XXIX de la colección

Precio: 12 pesetas.

Nueva edición de esta obra, añadiendo la titulada *Los Pirineos*, que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en

prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por poetas ilustres.

POESÍAS CATALANAS

Dos tomos, XXX y XXXI de la colección

Precio: 12 pesetas.

Es una nueva edición, la sexta de estas Poesías, escrupulosamente corregida y aumentada con nuevas composiciones inéditas, con el poema *Lo romiatge de mon ânima* (La romería de mi alma), con notas de carácter íntimo y autobiográfico, y con la traducción castellana de todas las poesías, unas en verso y otras en prosa por distintos autores.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

QUE ESTÁN PREPARADAS PARA PUBLIC'R Á CONTINUACIÓN DE LAS CITADAS

Poesias castellanas, la mayor parte inéditas.

Obras dramáticas, contendrá este volumen los dramas del autor: *Yagoub el sarraceno* (traducción en verso de Alejandro Dumas): *Los amantes de Verona*, tragedia: *En 1830*, drama en prosa: *Un corazón de mujer*, también en prosa: *Don Juan de Serrallonga*, en prosa y verso: *Ausias March*, en prosa y verso, un tomo.

Los frailes y sus conventos, tres tomos.

Don Juan de Serrallonga, novela, dos tomos.

Impresiones de viaje, con los apuntes y memorias de las excursiones y viajes hechos por el autor por Cataluña, Francia, Bélgica, Holanda, Países Bajos, Alemania é Italia, dos tomos. (Obra inédita en gran parte.)

Bellezas de la historia de Cataluña, lecciones pronunciadas

en la antigua *Sociedad filarmónica-literaria* de Barcelona, y que prepararon la publicación de la *Historia de Cataluña*, dos tomos.

Estudios políticos, un tomo.

Misceláneas literarias, dos tomos.

Discursos parlamentarios y políticos, dos tomos.

La libertad constitucional, un tomo.

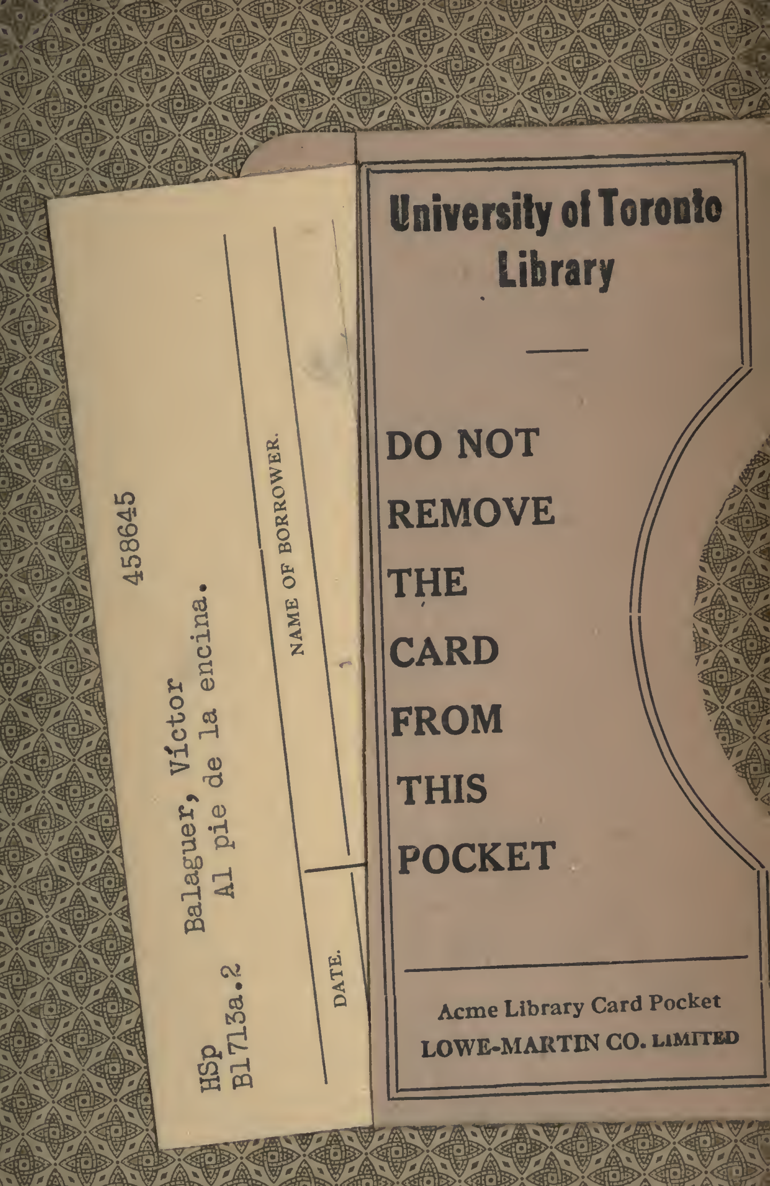
OBRAS FUERA DE COLECCIÓN

PUBLICADAS POR EL PROGRESO EDITORIAL

Los Reyes Católicos, en publicación: forma parte de la *Historia de España* redactada por Sres. Académicos de la Real de la Historia.

Cristóbal Colón, un tomo........... 5 pesetas.
Al pie de la encina, un tomo...... . 5 —




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
458645
Balaguer, Víctor
Al pie de la encina.
NAME OF BORROWER.
DATE.
HSp
B1713a.2

